
CARLLA ARINE
El bebé del
Príncipe
que nunca me
amó
SERIE DINASTÍA DE PODER 3

El bebé del Príncipe que nunca me amó

SERIE DINASTÍA DE PODER 3

CARLLA ARINE

Copyright © 2025 – Carlla Arine
Portada: Sarom Designer
Lectura Beta: Carla Freitas
Maquetación Digital: Carlla Arine
Revisión: Alves Souza
Traducción: Antonia Maria

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con nombres, fechas o hechos reales es mera coincidencia.

EL BEBÉ DEL PRÍNCIPE QUE NUNCA ME AMÓ

1.ª Edición
2025

Todos los derechos reservados.

Está prohibido el almacenamiento y/o la reproducción de cualquier parte de esta obra, por cualquier medio — tangible o intangible — sin el consentimiento escrito de la autora.

La violación de los derechos de autor es un delito establecido en la ley n.º 9.610/98 y sancionado por el artículo 184 del Código Penal.

Sinopsis
Dedicatoria
Nota de la Autora
Mapas De Los Reinos
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo Extra
Epílogo 1
Epílogo 1
Agradecimientos
Sobre La Autora
Otras Obras

Sinopsis

De todas las convicciones del príncipe Lindon Stell, la más firme de todas era que no había nacido para casarse, y mucho menos para formar una familia. Su pasado dejó cicatrices profundas y, actualmente, a sus veintisiete años, vive sus días entregado a placeres sin compromiso, siendo considerado el soltero más codiciado de todos.

En uno de esos encuentros, se involucra con una hermosa y misteriosa enmascarada, lo que lo lleva al clímax del placer, pero al final de la noche descubre que se ha acostado con la única mujer que jamás debería haber tocado.

Catherine Aurum es una princesa que descubrió tardíamente que poseía sangre real. Hace poco que cumplió los dieciocho años, pero desde el instante en que asumió su corona, ha alimentado un amor platónico por el encantador príncipe Lindon Stell. Por eso, cuando surgió la oportunidad de tener una oportunidad con el hombre que siempre soñó, no la dejó escapar.

Él nunca la quiso, pero ella siempre deseó al príncipe nueve años mayor que ella.

Sin embargo, debido a los caprichos del destino y a una consecuencia inesperada, se ven obligados a compartir el mismo techo. La cercanía entre ellos empieza a derribar barreras, y nace un sentimiento arrollador. No obstante, secretos revelados y fantasmas del pasado podrían destruir para siempre lo que los une.

Dedicatoria

Para todas las mujeres que alguna vez soñaron con conquistar al amor de su adolescencia, aun sabiendo que era imposible.

Nota de la Autora

"El Bebé del Príncipe que Nunca Me Amó" es el libro 3 de la serie Dinastía de Poder, que contará la historia del príncipe Lindon Stell y de la princesa rescatada Catherine Grace Aurum.

Él es el hermano del príncipe Liam Stell, del libro 1, Los Gemelos Rechazados por el Príncipe Mujeriego, y de la princesa Lindsey Stell, del libro 2, Enamorada y Engañada por el Príncipe Vengativo. Sobre nuestra Catherine, muy pronto descubriréis su linaje. En un futuro muy cercano, será publicado el último libro de la serie. ¡El más joven de los príncipes de Diamántia está por llegar, mis amores! Esperadlo.

Vamos entonces a las aclaraciones. Diamántia, Aldonora y Safovia son reinos ficticios que imaginé ubicados en el continente europeo, al norte de Italia, pero son únicamente fruto de la imaginación de la autora. (Tenéis un mapa ahí abajo con todo dibujado). Sobre el funcionamiento de cada reino, tendréis más información al leer la historia.

Importante: la historia es una novela contemporánea que aborda temas relacionados con clubes nocturnos, con contenido adulto y secuestro. No obstante, todos los temas se tratan de manera ligera, como lo hago en todos mis libros.

Si alguno de los temas mencionados os resulta incómodo, por favor, no leáis.

¿Todo bien?

Entonces, vamos con otra historia maravillosa y emocionante.

Autora Carlla Arine.

Mapas De Los Reinos



Prólogo
Lindon

Hay mujeres que parecen haber nacido con fuego en el cuerpo, y eso fue lo que pensé cuando la vi paseando por los pasillos del baile de máscaras. Absolutamente preciosa, sobre todo con esos labios rojos perfectos y usando la única máscara negra con dorado.

No sé decir si vino o no acompañada, pero como se trata de un evento de libertad sexual, sé que será a ella a quien me follaré antes de que termine la noche. Se mostró curiosa con respecto al *dark room* y llevaba una falda corta. Me será imposible resistirme a llevarla y tocarla justo donde más deseo. Sus labios rojos me están volviendo loco y ya estoy duro y sediento por su cuerpo.

Veo a otro hombre acercarse, pero sé que será fácil alejarlo. Solo me aproximo y un viejo conocido, que sabe quién está detrás de la máscara, desaparece de nuestra vista.

—Creo que es tu primera vez aquí, ¿no es así?

Ella solo asiente con la cabeza mientras bebe un cóctel rosado.
Miro su rostro y podría jurar que se parece a alguien, pero como he estado con muchas, tal vez sea una antigua amante que conoce la regla de las cinco folladas y no quiere que la rechace.

Por eso, me acerco a su rostro y le hablo al oído:

—Estás jodidamente buena y no necesitas preocuparte por las palabras. Lo único que quiero oír de tus labios es cómo gimes y me pides más.

Parece sobresaltarse con mi forma directa de hablar, pero la muy pervertida no se aparta. Entonces, toco su rostro y la beso con

deseo. Tarda un poco en entregarse, pero resiste. Es evidente lo que quiere y voy a concederle su petición muda.

—¿Quieres conocer el *dark room*?

Ella sonríe con los labios manchados de rojo y entonces la guío, llevándola hacia una esquina y colocándola contra la pared.

—Como no quieres hablar y aquí está demasiado oscuro para ver tus gestos, aprieta fuerte mi brazo dos veces si quieres que pare, ¿de acuerdo? —pregunto.

Ella asiente, apretando mi brazo una sola vez.

¿Qué mujer tan misteriosa es esta?

Capítulo 1
Lindon

Algunos años antes.

—Un día maravilloso para Diamántia —comienza mi padre, el rey Henry—. Perfecto para cerrar los asuntos del pasado e iniciar con alegría tiempos de paz entre nuestros reinos…

Estamos en una cumbre en la sala del trono de Diamántia. Todos los príncipes, reyes y reinas de los reinos de Diamántia, Aldonora y Safovia, en busca de solucionar los conflictos del pasado.

Todo comenzó hace algunos años, cuando mis hermanos terminaron causando enemistades entre los reinos fronterizos a Diamántia. En su gran mayoría, motivadas por enlaces matrimoniales. Liam y Lindsey ahora se encuentran felices con sus cónyuges, pero las consecuencias e incluso las motivaciones de esos matrimonios crearon tensiones que, hasta hace poco, casi provocaron una guerra que ninguno de nosotros deseaba.

—Según las cláusulas, yo, Leónidas Ironwood, rey de Aldonora, acepto los términos y sellamos la paz.

El suegro de mi hermana habla, levantando una copa de vino.
Todos celebramos, pero... aún queda un rey que sigue pensativo. El rey Adolfo Aurum, monarca de Safovia.

—Necesitamos añadir una cláusula más al acuerdo —dice el rey de Safovia.

—¿Qué desean? —pregunta Liam, que está al lado del rey.

—Habláis de no levantar armas, de mantener la paz, pero no se menciona el honor. Mi hijo Stephan vio su honor manchado por

culpa de la antigua princesa de Diamántia. Fue necesario un enlace repentino para que todo se reparara con la mayor brevedad…

Stephan Aurum, hijo del rey de Safovia, intenta hablar con él, pero el rey no se lo permite.

—Por eso digo que, de ahora en adelante, el honor debe preservarse. No deben volver a ocurrir tales hechos en el futuro. Si hay otro enlace con uno de los príncipes, debe suceder de forma digna, no como Diamántia tiene por costumbre, saltándose las convenciones.

Mi padre y Liam se miran.

—Pensad en los hijos de vuestras majestades —continúa el rey Adolfo—. ¿Os gustaría que tuvieran el honor manchado como me ocurrió a mí hace pocos meses?

Veo al rey de Aldonora hablar con su hijo James y con su nuera.
Desde Diamántia, mi padre y Liam conversan. Entonces, Wendy se acerca y me llaman para hablar con ellos.

—Lindon, creo que el rey Adolfo tiene razón —comienza Liam—. Sabemos toda la verdad sobre el matrimonio de mi hermana, pero… si algo así ocurriera con una de mis hijas, me sentiría aún más indignado que él.

—Estoy de acuerdo. Cuando Lindsey hizo lo que hizo, me rompió el corazón de padre, pero ese acuerdo aún no existía. Digo que debemos aceptarlo, hijos míos —dice mi padre.

—Yo no tengo ningún interés en casarme algún día, y mucho menos con una princesa —aclaro.

—Solo tendremos que vigilar más a Lucius, que adora cruzar las fronteras —comenta Wendy con una leve sonrisa.

Suspiro, pensativo.

—Esa es la más pura verdad.

Nos apartamos y vemos que Aldonora ya tiene una respuesta.

—En favor de los príncipes de Aldonora y hasta de mí mismo, ahora que me encuentro viudo, acepto los términos de honor de Safovia —dice el rey Leónidas.

Mi padre se levanta.

—Tras conversar con mis hijos, Diamántia acepta los términos de honor.

El rey Adolfo asiente y la reina Madelyne le sonríe, animada.

—Con ello, yo, el rey Adolfo Aurum, acepto el acuerdo de los Tres Reinos y sellamos la paz entre Safovia, Diamántia y Aldonora.

El momento de tensión se disipa y todos celebran con una gran fiesta los nuevos tiempos.

Capítulo 2
Lindon

Meses después.

—Vaya. ¿Entonces esa es la nueva princesa? —pregunta mi cuñada, Wendy, mirando una foto en el móvil de Lucius.

—¿No es guapa? —pregunta él, casi echándose encima de mi cuñada.

Wendy entrecierra los ojos, girándose hacia él.

—Lucius, no te atrevas a cruzar la frontera para...

—¿Qué? —replica, indignado—. ¿Por qué haría eso?

—Recuerda el acuerdo que tu padre firmó con los otros reinos —continúa ella, instruyéndolo.

Me acerco, entrando en la conversación.

—Wendy tiene razón, Lucius —comento.

—¿Tú también, Lindon? ¡Joder!

—Cuida tu lengua —le recuerdo.

Él resopla, irritado.

—¡Solo mostré la foto de la princesa rescatada y me castigan como a un niño!

Wendy y yo nos miramos y es imposible no reírse. Han pasado menos de seis meses desde el acuerdo de los Tres Reinos y la mayor preocupación de la familia Stell es contener los impulsos del más joven de los príncipes de Diamántia.

—Tenemos un buen motivo, Lucius —dice la futura reina de Diamántia.

Él pone los ojos en blanco.

—No lo he vuelto a hacer, y me avergüenza muchísimo saber que papá me vio sin ropa en aquella situación —explica—. ¿Por qué no vigiláis a Lindon? Él ya pasó la edad de casarse y hace mucho más que yo…

—Pero yo soy responsable de mis actos —rebato su argumento—. Sé con quién me involucro y todos saben que he elegido quedarme soltero.

Él suspira.

—Díselo al harén de mujeres que te miran y llenan la bandeja de entrada del palacio —recuerda Lucius.

—En eso tu hermano tiene razón, Lindon —añade Wendy, mirándome—. Aquella joven viuda siempre te mira de una forma...

No termina la frase, y ni siquiera hace falta. Sé que habla de la vizcondesa Ester Silver, una mujer que fue obligada por su familia a casarse joven con un hombre mucho mayor, incluso en los tiempos actuales. Su marido sufrió un infarto fulminante, lo que la dejó libre y lista para salir del interior de Safovia hacia las tierras de Diamántia.

Cuando nos encontramos por primera vez, la vi sola en una de las plazas de Diamántia llorando. No tenía intención alguna de perturbar su tranquilidad, pero al menos quería consolar a una mujer hermosa. Así que solo conversamos. Claro que, en cuanto reconoció el tono azul Stell en mis ojos, inmediatamente le saqué de la cabeza la idea de que podría ser su nuevo marido. Sin embargo, no había impedimento alguno para que tuviéramos unos cuantos momentos placenteros juntos.

Es una mujer inolvidable y confieso que disfruté de su bello cuerpo. Si las paredes de su nueva casa hablaran, estarían gritando mi nombre en gemidos de profundo placer. Sin embargo, perdió por completo mi interés hace poco.

—Podrá desearlo mucho, pero nunca pasará de eso —afirmo a mi cuñada.

En ese momento, Liam entra acompañado de sus hijos mayores, Aidan y Sabrina. La niña se acerca a su madre, pero el niño se queda al lado de mi hermano, observando todo como si ya fuera un adulto.

—¿Otra vez mi hermano hablando de su proyecto de no tener hijos? —comenta Liam.

Suspiro.

—Quien necesita casarse y generar un heredero al trono eres tú, hermano —le recuerdo.

—Sí, pero… —Mira a Aidan, un niño pelirrojo que se parece mucho más a su madre que a su padre—. Ya tengo. De hecho, tengo a Aidan y a Tyler.

Mi hermano y yo sonreímos, pensando en su hijo menor. Si algún día Aidan decide no asumir el trono, Tyler va a implosionar Diamántia. Desde el día en que nació, ese niño ha dado dolores de cabeza a sus padres y a todos los empleados del palacio. Es respondón y muy listo. Se parece un poco a Lucius en su infancia, pero físicamente es todo Liam.

—Tú sigue con tus hijos. No tengo la menor intención de tener los míos —le digo, intentando terminar la conversación.

Sin embargo, antes de que me vaya, me sujeta del brazo.

—Pero practicar cómo se hacen, sé que no lo has dejado.

Lo miro, entrecerrando los ojos.

—Otra cosa: no dejes que esa viuda vuelva a entrar aquí.

—No lo permitiré. Y menos ahora que ya no estoy con ella —afirmo.

Y es la pura verdad. Lo máximo que permití de Ester en el palacio fue pasear por el jardín. Pero tengo la casa del duque, que

recibí de mi padre por ser el segundo hijo. La llevaba allí. Es mucho mejor que aquí.

—Entonces encárgate de tu ex amante, porque está claro que aún quiere cambiar su título de vizcondesa por el de princesa de Diamántia.

Respiro hondo, bien irritado con esta historia.

—Iré ahora mismo —informo a mi hermano.

—Hoy no se puede —me informa, alejándose—. Familia, hemos sido invitados a la fiesta de presentación de la princesa rescatada de Safovia. El rey Adolfo Aurum solicita nuestra presencia y el rey de Diamántia ha dicho que debemos asistir todos.

—Amor, ¿estás seguro de eso? —pregunta Wendy.

Liam se acerca a ella.

—El rey lo exige —informa—. Mi padre también pidió que lleváramos a los niños. Aldonora también irá. Será bueno que todos se presenten y se conozcan en Safovia.

Lo que me faltaba. Tengo que encargarme de los avances de Ester, pero toda la familia real debe pausar su vida para ir a conocer a la hija perdida de los Aurum.

—¿Cuándo será el evento? —pregunto a mi hermano.

—Por lo que sé, empieza esta noche, pero nos quedaremos allí un tiempo —explica Liam—. Será uno de los últimos eventos del rey Henry.

Me pongo tenso con su comentario. En cuanto mi padre entregue la corona a mi hermano, yo también asumiré un nuevo cargo: el de consejero real de mi hermano.

Ese cargo ya ha causado numerosos perjuicios a nuestra familia, pero claro que, debido a nuestra complicidad de años, eso jamás volverá a suceder. Liam y yo no solo somos hermanos, somos verdaderos amigos. No existe avaricia ni disputa de poder.

Un hecho: nunca quise ser rey. Sé que antes de que nacieran los hijos de Liam existía la posibilidad de que, si le pasaba algo, yo tendría que asumir, pero solo pensar en una vida sin Liam ya me resultaba doloroso. Sin embargo, después de que él y Wendy se reencontraron, me alegré por la familia que formaron.

Después de cuatro hijos y dos varones, sé que la probabilidad es aún menor y, por eso, me siento cómodo sin tener que ampliar la línea Stell. No solo eso. No creo en todo ese sentimentalismo del que habla mi hermano. Para mí, se trata simplemente de deseo que se resuelve con una buena follada placentera para ambos.

Por supuesto que he follado con muchas mujeres, y pocas han logrado mantener mi atención hasta la quinta noche. Algunas son expertas en sexo oral, otras saben hacer cosas distintas con el coño, pero después del quinto encuentro, simplemente me canso y les digo que no seguiré.

Obviamente, algunas se enfadaron, pero mi voluntad vale mucho más. No existe mujer que cambie mi forma de pensar. Por eso sé que no nací para el matrimonio y, como no quiero hijos, mejor seguir follando con cuantas quiera por un plazo indefinido.

Capítulo 3
Lindon

—Majestades, sean bienvenidos a Safovia. La tierra de las zafiras más espléndidas de todo el mundo —dice una funcionaria que nos recibe.

Mis padres, el rey Henry y la reina Joan, van al frente por el pasillo del Palacio Reluciente de Safovia. Luego siguen Liam y Wendy. Detrás, Lucius y yo, y al final, cuatro funcionarias que llevan a los hijos de mi hermano.

El reino de Safovia, al noroeste de Diamántia. Siempre fueron nuestros aliados, sin embargo, debido a un problema con un matrimonio no concretado, fue necesaria una gran reforma para que pudiésemos restablecer la paz.

—¿No es Lindsey con el Ironwood? —pregunta Lucius, señalando el final de la alfombra roja.

Con solo ver las puntas rosadas del cabello oscuro de la mujer, ya puedo decir con certeza que es mi hermana.

—Sí, luego tendremos tiempo para hablar con ella.

Hablando de la persona, fue gracias a mi hermana, Lindsey Stell Ironwood, que cambió de prometido a las puertas del altar, que tuvimos un gran roce en las relaciones con Safovia.

Fue algo bastante complicado en su momento, pero hoy, al verla embarazada de su segundo hijo, sonriente la mayoría del tiempo, deja claro que es feliz al lado de James Ironwood, el príncipe heredero al trono de Aldonora.

Veo a mi hermana abrazar a la princesa consorte de Safovia, Annelise, que en realidad también vivía en Diamántia. Cuando mi hermana cambió de opinión el día de su boda para casarse con

Ironwood y no con su prometido, como represalia, Stephan se casó la mañana siguiente con la mejor amiga y antigua empleada de mi hermana.

Sin embargo, indiferentes a todo, la pareja y Lindsey son buenos amigos. En cuanto al esposo de mi hermana... aún lo estamos asimilando. Es un cuñado algo complicado, pero mi hermana lo ama, así que mantenemos una relación amistosa.

—Está tardando. ¿Qué estará pasando? —pregunta mi hermano.

—No lo sé —respondo, ajustando un poco mi ropa—. Lo único que quiero ahora mismo es agua. Aquí el clima es mucho más seco que en Diamántia.

Lucius mira a los lados.

—No te alejes —lo advierto—. Estamos en tierra aliada, pero no quiero que te metas en problemas ni que bebas alcohol.

—¡Cumplo dieciocho en menos de dos semanas, Lindon! —protesta mi hermano menor.

—Aún falta, Lucius. En muchos países solo podrías beber a los veintiuno. Tienes suerte de que en nuestra tierra no sea así.

Él suspira.

—¿Entonces qué puedo hacer? ¿Quedarme parado todo el tiempo mirando el techo?

Lo abrazo, despeinando su cabello.

—Puedes disfrutar de la vida, pero recuerda que bajo ninguna circunstancia debes involucrarte con una princesa —explico —. Si es necesario, pídele su documentación. ¿Recuerdas los apellidos prohibidos?

Asiente con la cabeza.

—Memoricé la mayoría.

—Te mandé la lista por el móvil, hermanito. No hagas como Liam, que embarazó a alguien con diecisiete años —digo en voz alta, llamando la atención de nuestro hermano mayor, que suelta el brazo de su esposa y se gira hacia nosotros.

Habla en voz baja:

—Lucius, te daré un consejo —baja el tono—. Sujétate la polla y espera al coño correcto. A aquel que realmente valga la pena. Créeme.

—¡Joder, Liam! —me quejo.

—No sigas los pasos de soltero de Lindon —continúa—. Solo cuenta esa historia de follar hasta cinco veces con una y luego pasar a la siguiente porque...

—¡Cállate, Liam! —le exijo.

Mi hermano se ríe y vuelve con Wendy.

—¿De qué estaba hablando? —pregunta Lucius.

—De nada importante —respondo.

Finalmente somos recibidos por el rey Adolfo y la reina Madelyne. Nos llevan al salón de baile. Una de las cosas que más me gusta de Safovia es la organización dictada por la reina. Reservó algunas mesas para las monarquías en una esquina y dejó el resto libre para el público general. Mis padres se sientan en el centro de nuestra mesa y mis hermanos y yo nos acomodamos tranquilamente, observando el movimiento.

Pocos minutos después, siento unas manos pequeñas en mi rostro, y no necesito mirar para saber que es mi hermana.

—¡Lindon!

Me levanto para abrazarla.

—Mira qué hermosa está la princesa de Aldonora —digo, elogiando su belleza.

Ella va saludando a nuestros padres y hermanos.

—Qué ganas tenía de veros. Diamántia ya no es mi hogar, pero vosotros sois mi familia —confiesa, emocionada.

—Lindsey, trae a mi nieto. Hace semanas que no veo a ese niño tan guapo —pide mi madre.

—Está con James. Se durmió hace poco, mamá. Ya te lo traigo —explica.

—Hija, llama al rey Leónidas para que se siente con nosotros —dice mi padre—. Solo sois tres y un bebé. Podéis estar con nosotros sin problema.

Ella sonríe, animada.

—Voy a hablar con mi suegro. —Se aleja.

—Papá... —empieza Liam.

—Liam, después de la boda de tu hermana y del acuerdo de los Tres Reinos, las familias Stell e Ironwood son una sola. Espero que no lo olvides cuando seas rey.

Bien, el esposo de mi hermana no es el más querido de todos los tiempos, pero... por ella, aceptamos su presencia.

Pocos minutos después, mi cuñado y el rey Leónidas saludan a mi padre y se acomodan a su lado. James se sienta junto a su esposa y claramente se ve que la ama con devoción.

Mi madre vuelve a mimar a su nieto menor, de cabellos rubios, pero que también heredó los intensos ojos azules característicos de la familia real de Diamántia. El bebé, Leónidas II, es aún muy pequeño, pero mi hermana ya nos contó que está embarazada de su segundo hijo y avisó que su objetivo es llenar el castillo real de niños.

Me parece una exageración, pero ¿quién soy yo para opinar? Yo no quiero ni casarme, mucho menos tener hijos. En realidad, toda esta charla de niños me está aburriendo demasiado. Prefiero

mil veces la presencia de una mujer en mi cama que hablar de pañales y cuidados infantiles.

Así que me levanto y me despido de mi hermana, diciendo que tengo que hacer una llamada. Liam, que fue igual a mí hasta su épico reencuentro con Wendy, sabe perfectamente lo que voy a hacer. Me hace un gesto sutil, indicándome que tenga cuidado, y le respondo con un simple movimiento de cabeza.

En realidad, ya tengo un objetivo, y me está mirando desde el momento en que bajé del avión. Sí, puede parecer repentino, pero se trata de una mujer que ya había conocido en mis visitas anteriores a Safovia. Ya me la follé un par de veces, y esta será la tercera.

Cuando me trajeron una bebida, venía un mensaje suyo acompañado de una nota con su posición, seguido de un texto picante:

"Tardaste mucho en volver, Alteza. Solo con verte de nuevo, mi cuerpo se encendió deseando sentirte dentro de mí. ¿Serás capaz de calmar este deseo de la forma maravillosa que solo tú sabes?"

Tuve que esconder el móvil para que nadie viera el mensaje. Pero fue por ella que salí del espacio reservado para la realeza.

"Dime el lugar y te daré lo que tanto deseas, señorita. Pero ya te adelanto que tengo poco tiempo."

En pocos minutos me llega el lugar: **La Biblioteca Real de Safovia**.
Pregunto a los empleados como si fuera un príncipe curioso, pero pronto entro en el ambiente oscuro y poco iluminado, claramente por el evento de hoy. Puedo ver su melena rubia clarísima. Me acerco a ella, hacia una zona más sombría, y no tarda en que la tome por la cintura, la gire hacia mí y la bese con intensidad, poniéndome aún más duro solo de pensar en su cuerpo.

—¿Me echaste de menos, Alteza? —pregunta ella.

Si dijera la verdad y respondiera "no", sé que se pondría furiosa, así que decido decir lo que sé que quiere oír.

—Claro, deliciosa.

Paso la mano por su vestido, subiéndolo hasta su cintura y la acomodo sobre una mesa cerca de los libros.

—Extrañé demasiado tu aroma delicioso.

¿Sería mucho decir que no recuerdo su nombre? Solo sé que tiene que ver con una ciudad o algo así. Alaska, Georgia, o algo por el estilo.

—¿Estás lista para mí? —pregunto, abriendo el broche de su sujetador.

Ella baja los tirantes, dejándome chuparle los pezones uno por uno. Sus dedos despeinan mi cabello, pero enseguida bajo a su coño. La ayudo a quitarse la braguita y literalmente me zambullo entre sus piernas, lamiendo lentamente su lubricación.

Ella va gimiendo mientras la follo con los dedos. No quiero que se corra todavía, solo al final, conmigo. Por eso me detengo, me aparto y saco la polla del pantalón. Ella entiende el mensaje y se arrodilla para chupármela. Esta es una de las mejores memorias que tengo de nuestras dos veces anteriores.

Cómo me encanta el sexo oral que sabe hacer esta guarra. Tengo que apretar los dientes para contener mis gemidos. Mi polla llega a su garganta y ni mis huevos se salvan de sus caricias. Follo su boca con los ojos cerrados y ella responde con gusto, excitándome aún más.

Entonces la levanto, la coloco sobre la mesa. Saco el preservativo de mi bolsillo, me lo pongo rápidamente y la penetro de una sola embestida. Ella gime con placer, tirando de mí. Empujo con fuerza y firmeza.

—¿Así te gusta, guarra?

—Fóllame rico, Alteza.

Me encanta cuando saben mi título y me llaman así. Por eso la pongo de espaldas, con el culo bien alzado para mí, y entro de nuevo. Empujo rápido, hasta que los dos nos corremos juntos.

—¿Princesa Catherine, está aquí? —Oímos una voz a lo lejos, y eso basta para que ella se vista a toda prisa. Para mí, solo es cuestión de quitar el preservativo y cerrar el pantalón.

—No, señor —responde mi acompañante, justo mientras termina de cerrarse el vestido, indicando que debe irse.

—Hasta la próxima, señorita —digo, besando sus dedos.

—Espero que sea pronto, Alteza —responde ella en voz baja. Luego se aleja hacia la voz y yo salgo por la puerta por donde entré.

Camino hasta uno de los baños abiertos, pensando que ahora será mucho más fácil soportar la parte aburrida de un evento de presentación real.

Capítulo 4
Catherine

—Creo que me he enamorado —le digo a mi prima en cuanto me detengo frente al espejo.

—Ya estás con eso otra vez, Caty —comenta Raíssa, también arreglándose—. ¿Quién es? ¿Tienes foto?

—¡No! —exclamo—. No sé quién es, pero... es muy guapo. Tiene un aire formal y…

—¡Catherine! Deberías estar lista —informa mi tía, Inessa, abriendo la puerta de mi habitación y cortando nuestra conversación —. En cualquier momento, la reina aparecerá reclamando por tu retraso.

Suspiro, pensando en cuánto ha cambiado mi vida en los últimos meses, cuando cumplí quince años. Lo más complicado fue cuando llegamos al reino de Safovia, mi tía, Raíssa y yo, pero el cambio más drástico fue el mes pasado, cuando cumplí los quince.

Hasta donde sabía, había nacido y crecido en Estados Unidos, en la ciudad de Filadelfia, en el estado de Pensilvania. Éramos una familia sencilla, sin muchas posesiones. Éramos mi madre, mi tía, mi tío, mi prima y yo.

Pero antes de cumplir tres años, ocurrió un gran accidente de autobús y mi madre, Ivana, falleció. Entonces me criaron mis tíos. Años después, cuando ya tenía unos trece años y mi prima, doce, una noche empezó una pelea intensa entre el matrimonio. Fue tan grave que tuvieron que llamar a la policía. Después de eso, mi tío Boris se fue y nunca más volvió, ni siquiera para ver a su hija.

El dinero, que ya era escaso, fue disminuyendo aún más. Sin embargo, eso no nos impedía sonreír. Al menos a mi prima y a mí. Tía Inessa casi siempre disimulaba las lágrimas y, un día, nos dijo

que, aunque estuviera sola, haría todo lo posible para que las dos tuviéramos un buen futuro.

Así que comenzó a trabajar casi todo el día para darnos lo que podía. Raíssa y yo hacíamos todo lo posible por no generar más gastos, pero era difícil ver las cosas bonitas de las demás chicas y no querer tenerlas.

Hasta que, pocos días antes de mi cumpleaños de quince, mi tía me llamó para una conversación. Creo que nunca olvidaré ese día. Tía Inessa entró en mi habitación y me entregó una carta de mi madre, revelando que, en realidad, soy una princesa que fue llevada siendo bebé del reino de Safovia. Es decir, una niña secuestrada.

Claramente me desesperé con la noticia y me llené de rabia. Pasé días encerrada en la habitación e incluso hice huelga de hambre. Sin embargo, con el tiempo, surgió la gran pregunta: ¿por qué esa mujer me sacó de la tierra donde podría haber tenido el mejor futuro de todos y me llevó a América? Y también me sigo preguntando: ¿cómo pudieron sacar a un bebé real del palacio?

Aún no tengo respuestas, pero en ese momento comprendí que no las encontraría en mi antiguo hogar. Pero había un gran problema: ¿cómo iba a ir al lugar al que pertenecía sin tener dinero alguno? Entonces, días después del gran impacto, comencé a investigar sobre Safovia y busqué información sobre mí. La princesa perdida que ni siquiera había sido nombrada.

Lo más difícil fue lidiar con mi tía y tratar de perdonarle su mentira de tantos años. ¿Por qué guardó un secreto que podría haber cambiado nuestras vidas? Nunca lo entendí, pero di gracias al cielo cuando no se opuso a mis intentos de revelarme a Safovia mediante mensajes y correos electrónicos.

Entonces, en un día cualquiera, cuando Raíssa y yo regresábamos del colegio, recibí mi respuesta.

Decían que había habido numerosos intentos de impostoras haciéndose pasar por la princesa, por lo que me pidieron que pagara

un análisis de sangre en un laboratorio en una fecha específica. Después de eso, se pondrían en contacto conmigo.

El nuevo desafío fue juntar mi dinero con el de Raíssa, salir de casa de madrugada, saltarme las clases y hacer un viaje en autobús yo sola para llegar al laboratorio elegante, bastante lejos de mi antiguo hogar.

Al cruzar la puerta, con un vestido claro, desgastado y viejo, con mis rizos de cabello castaño claro despeinados por las horas de viento en la cara, claramente me vieron como una cualquiera. Sin embargo, tenía guardada la carta de mi madre que afirmaba la verdad. Recuerdo haber levantado la barbilla y haber dado el nombre de Catherine Smith, mencionando el correo electrónico que había recibido. Tardaron en atenderme, pero como pagué el servicio, lo hicieron. Volví rápidamente a casa, pero ya era demasiado tarde para ir a clase. Una semana después, como el amanecer de un nuevo día, todo cambió drásticamente.

Despertamos con la guardia de Safovia en la puerta. Luego vino un representante real diciendo que ese no era mi lugar y que debía dejarlo todo para asumir mi lugar legítimo.

Acepté de buen grado mi destino y, en menos de dos semanas, hicimos la mudanza de Filadelfia a Safovia. Me presentaron a mis padres biológicos y ahora, después de un tiempo haciéndome análisis y firmando documentos para cambiar mi nombre, aún estoy intentando entender cómo se es una princesa, ya que viví todos mis días como una chica común y sin riquezas.

—Aún no sé cómo ser una princesa. ¿Será que la reina querrá que...?

Ella suspira.

—Catherine, tú buscaste este destino. Ahora debes afrontar las consecuencias de tus actos.

Cierro los ojos, respiro hondo y me contengo para no responder con rudeza.

Ni hace falta decir que mi relación con mi tía no es la mejor. Sin embargo, como solo tengo quince años, no podía venir sola. Además, está el hecho de que, si no fuera por mí, ella habría sido condenada por la corte de Safovia.

La reina explicó que solo por mi misericordia está aquí, porque podría haber revelado quién era yo, y hace muchos años. Aún no sé por qué ocultó todo, pero a pesar de estar en una especie de guerra fría, todavía la amo como a la madre que me crió, indiferente a que esté enfadada conmigo por haber logrado sacarnos de nuestro antiguo hogar.

—Mamá, ¿por qué no dejas en paz a Caty? —pregunta Raíssa.

—Hija, ese asunto es entre tu prima y yo.

—Lo sé, pero…

—Ya no aguanto más esto, tía —digo, levantándome—. Si no fuera por mí, estaríamos por debajo del umbral de la pobreza en Estados Unidos, contando monedas.

—¡No era para tanto, niña!

—¿De verdad querías que ignorara mi linaje y siguiera sufriendo junto a la familia, ignorando que fui una niña secuestrada?

—¡Catherine! —me reprende.

—Busqué a Safovia porque era mi derecho, y también porque ahora tenemos comida y dinero en un palacio real. ¿Lo entiendes?

—¿Acaso tu familia no te bastaba?

Suspiro, nerviosa.

—¡Tú no eres mi madre!

Se lleva la mano al pecho y, en ese momento, me doy cuenta de que la herí con mis palabras. Sin embargo, no puedo detenerme ahora.

—Caty, ¿por qué dijiste eso? —se queja Raíssa.

Me alejo y salgo corriendo por los pasillos del castillo de Safovia. Mi habitación está en una de las alas principales, rodeada de guardias. Pero lo único que quiero en este momento es huir lo más lejos posible.

Me siento en una situación en la que no sé quién soy. Mi nombre, que antes era Smith, ahora es Aurum. A quien creía que era mi madre, hoy sé que fue mi secuestradora.

Ni mi tía es realmente mi pariente, ni Raíssa es mi prima de verdad. Son extraños. Pero ¿cómo le digo a mi corazón que olvide a quienes he amado toda mi vida? Son la única familia que conocí, pero me siento tan confundida con todo esto...

—¡Princesa! —me llama un guardia.

Mi primer impulso es huir de él, principalmente porque no estoy en el mejor momento para ser presentada. Me dirijo a la biblioteca, que está cerrada al público, y me acomodo en un rincón donde nunca hay nadie. Me permito pensar en mi vida.

Me siento en el rincón donde están los artículos de limpieza y me dejo llevar por mis pensamientos. Especialmente porque, dentro de unas horas, seré presentada y…

—Alteza...

Hay alguien dentro. Me levanto, intentando ver qué ocurre, y se escuchan gemidos y murmullos. Camino con cuidado por el pasillo para averiguar qué está pasando y me topo con un hombre de ojos cerrados. Más abajo, noto una melena rubia en su cintura, haciendo algo que... sé muy bien qué es.

Lo que me sorprende es que es el mismo del que me enamoré esta mañana. Entonces, el hombre la coloca sentada en la mesa, empujándose contra la mujer. Puedo ver sus manos en su espalda y me quedo hipnotizada, observando a los dos. Él la toca de

una forma intensa y posesiva, pero lo que podría parecer algo muy malo, a ella claramente le encanta. Incluso lo llama Alteza.

Debe de ser un príncipe. Sé que no debería estar aquí, pero quiero seguir mirando. No solo eso. Aunque esté completamente mal estar aquí, lo que más deseo... es ser ella.

Ambos terminan sus movimientos con gemidos y yo tengo la respiración entrecortada, quieta en una posición desde la que no pueden verme y además...

—¿Princesa Catherine, está aquí? —me llama un guardia.

Me quedo paralizada unos segundos y luego corro hacia la salida para que no me descubran. Sin embargo, nunca olvidaré lo que acabo de ver.

Capítulo 5
Catherine

—Hija mía, ¿por qué tienes la cara tan roja? —me pregunta la reina Madelyne, sujetando mi barbilla.

—Está todo bien, maje… —me corrige con la mirada—, mamá.

—¿Estás segura? —pregunta, clavando sus ojos castaños en los míos—. ¿Nadie te ha importunado en el palacio?

Niego con la cabeza.

En cuanto huí de la biblioteca, corrí de vuelta a mi habitación y me metí en la ducha al instante, pensando en las escenas ardientes que presencié. El agua estaba tan fría que me congelaba los huesos, mientras mi cuerpo ardía de un modo... totalmente inusual.

Tuve que salir y peinarme de nuevo. Menos mal que aún no me había puesto el vestido, o no sé cómo habría reaccionado la reina. Los empleados siempre dicen que la rai… digo, mi madre, es muy detallista. Así que me puse el vestido y traté de secar lo mejor posible mis rizos castaño claros, que, por lo que he notado, son bastante parecidos a los de mi hermano Stephan.

Sí, esa es una de las novedades. Antes era hija única y ahora tengo un hermano mayor que ya está casado y vive aquí. Lo he visto muy poco, sobre todo porque llegué justo el día en que viajó con su esposa, Annelise.

Por lo que he visto, parece una buena persona, pero creo que después de hoy, cuando me convierta oficialmente en princesa de Safovia, las cosas cambiarán y nos acercaremos más.

—Aún recuerdo cuando crecías en mi vientre. Me sentí tan feliz al saber que eras una niña. Incluso te puse un nombre. Si... —pausa— si nada de aquello hubiese pasado, te habrías llamado Grace. Por eso decidí dejarte la decisión final, pero si lo aceptas, tu nombre será Catherine Grace Aurum. Entonces, ¿qué dices?

No tengo mucho que decir. Si voy a quitar el Smith de mi nombre, ¿por qué no usar el que la reina siempre quiso darme?

—Lo acepto, majestad. Seré la princesa Catherine Grace. Ella sonríe con lágrimas en sus ojos castaños y me abraza, emocionada.

—Doy gracias todos los días por tener de nuevo a mi niña hermosa conmigo. Estaremos unidas para siempre, mi bebé —susurra en mi oído.

—Yo soy quien se siente feliz por haber regresado con ustedes.

Ella acaricia mi rostro.

—Eres tan linda. Serás una princesa maravillosa. Pero ahora ha llegado el momento de tu ceremonia de coronación.

Le sonrío y caminamos hacia el gran salón. Como mi historia es conocida, se ha convocado a todos los reinos vecinos para conocerme.

—Los reyes y príncipes de varios reinos están aquí, pero los principales son los de Aldonora y Diamántia —explica la reina—. Tenemos un gran tratado entre nosotros, y será maravilloso que vean que logramos encontrarte. Después de tantos años sin esperanza, hemos hallado a nuestra princesa Catherine Grace.

Me lleva a su lado, pero noto que, aunque la reina me colma de mimos, mi padre no actúa de la misma forma. En realidad, siempre se mantiene distante y lo máximo que ha dicho es que soy bienvenida en el palacio.

Siento que hay secretos. No sé si es por mi edad, pero no me cuentan nada. Espero que, con el tiempo, descubra lo que tanto

me ocultan.

—Todos saluden a nuestro rey Adolfo Aurum y a la reina Madelyne —anuncia el consejero real.

—Ya voy, hija —dice ella, besándome en la mejilla—. Te espero en el trono.

Mi madre se aleja, caminando junto a mi padre hacia el trono de Safovia. Al ver cómo están vestidos, puedo decir que todo esto es real, como un cuento de hadas. Llevan capas de terciopelo y coronas, además del azul que lo ilumina todo frente al mármol blanco del suelo, que da un aire aún más refinado al evento, incluso siendo al atardecer.

—Todos saluden al príncipe Stephan Aurum y a su princesa Annelise Aurum.

Entonces, mi hermano y su esposa se acercan al trono, donde han colocado otras sillas de madera oscura.

Según el ensayo y todas las instrucciones de la reina, luego será mi turno. Mi corazón sube hasta la garganta de lo nerviosa que estoy. Mi boca está seca y lo único que quiero es huir en dirección contraria. Sin embargo, las zafiras del collar que llevo en el cuello y las pulseras elegidas para contrastar con mi vestido azul claro parecen pesar una tonelada.

Miro hacia el público abierto y veo a mi prima y a mi tía observándome. Raíssa me sonríe con entusiasmo, pero mi tía está claramente preocupada por algo. Sin embargo, antes de que...

—Presentamos a todos a la princesa de Safovia, Catherine Grace Aurum.

Mi nombre resuena en las paredes del palacio y cierro los ojos, contengo la respiración unos segundos y comienzo a caminar con paso firme, equilibrándome en los tacones.

Cuento uno, dos, tres, esforzándome por no mirar a nadie salvo a mi madre, que me sonríe con aliento. Cuando estoy a pocos

pasos, tal como me instruyeron, me inclino ante mi padre, el rey.

—Como todo el reino de Safovia sabe, así como nuestros estimados aliados, la princesa fue llevada de su hogar pocos días después de su nacimiento y pasamos años sin saber nada de su paradero. La reina y yo nunca perdimos la esperanza de que un día regresaría, y así ha sido. Nuestra hija ha vuelto y Safovia ha recuperado a su princesa.

Escucho el sonido de los aplausos.

—Para que conste, todas las verificaciones fueron realizadas y está comprobado que, efectivamente, esta joven de quince años es mi hija. Por lo tanto, continuemos con el procedimiento de coronación.

Siento una mano en mi hombro y levanto el rostro, mirando al rey.

—Hija mía, por un gran infortunio, hemos perdido algunos años de tu vida. Por ello, será necesario que prestes tu juramento ante Safovia. ¿Estás de acuerdo?
—Sí, padre mío —respondo.
—¿Juras proteger y honrar la tierra de las zafiras y nunca actuar de forma que nos perjudique, para que sigamos siendo prósperos en el futuro? ¿Juras conocer, respetar y preservar las tradiciones de nuestra tierra? ¿Velar por la paz y el bienestar del pueblo? ¿Proteger nuestros secretos durante toda tu vida?
—Lo juro —respondo.

Entonces, mi padre toma de una caja de madera una hermosa y delicada corona de princesa, repleta de diamantes y zafiros.

—Yo, Adolfo Aurum, rey de Safovia, te corono como mi hija, princesa Catherine Grace Aurum.

La coloca en mi cabeza y luego me ofrece su mano. A continuación, me abraza, provocando una lluvia de aplausos.

—Bienvenida a tu hogar, hija mía.

Intento no sentirme extraña, pero me confunde la forma en que está actuando. ¿Tendrá algo que ver con el juramento? Estas cosas me molestan, pero no es momento para pensar en eso. Ahora soy una princesa coronada de Safovia. La tierra más hermosa de todas. Mi hogar.

***

—Os deseo sabiduría, rey Adolfo —dice un hombre de edad cercana a la de mi padre—. Tener una hija joven y hermosa es motivo de preocupación. Lo digo porque Joan me dio un hijo menor que aún no ha alcanzado la mayoría de edad.

—Lo comprendo, rey Henry —responde mi padre—. Pero aún hay tiempo para eso. Catherine solo tiene quince años. Madelyne y yo sabremos cuidar de la niña.

Ahora estamos en la fiesta de celebración por mi coronación. He estrechado muchas manos en este tiempo. Algunas del pueblo, pero la gran mayoría de la realeza. He visto pocas personas comunes como yo, pero con solo ver sus miradas emocionadas, siento que estoy en mi lugar. Solo quieren ayuda para sus necesidades, pero lamentablemente, como nueva princesa, ni siquiera sé cómo hacerlo.

Sin embargo, lo convertiré en una meta. Sé muy bien lo que es tener poco, pero...

—Venimos a saludar a la princesa de Safovia —dice una voz femenina que llama mi atención.

Me giro y me encuentro con una mujer de cabello casi negro con las puntas rosadas, que tiene unos ojos increíblemente azules. Está acompañada de un hombre rubio de ojos verdes y lleva en brazos a un hermoso bebé.

—Hola, soy Catherine —comienzo.

—Sí, soy Lindsey Stell Ironwood, princesa de Aldonora, y este es mi esposo, James Ironwood.
—Un placer conocerlos —respondo.

Luego, el príncipe Liam y la princesa Wendy vienen a presentarse. Después, llega el príncipe Lucius, que es guapo. Y, en un momento más que esperado, el hombre de la biblioteca aparece hablando con Lucius, pero lo único que hace es mirarme durante dos segundos y alejarse.

¡Qué decepción! Esperé tanto para que se presentara, pero ni se molestó. Aun así, me acerco a Lucius, que es algunos años mayor que yo, y le pregunto por el hombre que ocupa mis pensamientos.

—¿El que se fue? —pregunta Lucius—. Es mi hermano, el príncipe Lindon Stell.

Lindon. Jamás habría imaginado que se llamaba así, pero ahora tengo un nombre para recordar todo lo que vi. Debería haberlo grabado para no olvidarlo, pero la verdad es que ver todo aquello solo me hizo decidir una cosa:
Por más que pasen días o años, algún día seré yo la mujer en los brazos del príncipe de los libertinos.

Capítulo 6
Lindon

Años después.

—Tendrás que ir a Safovia otra vez, hermano mío —avisa Liam, firmando un documento en la sala de reuniones del Palacio de Diamántia.

Suspiro.

Ya han pasado algunos años desde que Liam se convirtió en rey de Diamántia, y debido a todo nuestro pasado, me convertí en su consejero real. No era necesario que lo hiciera, sobre todo porque tengo un ducado y, además, sigo siendo príncipe, pero no quise arriesgarme a que algo como lo de antes se repitiera y causara los mismos estragos.

—¿Qué es lo que tanto quieres de Safovia, Liam?

—Han empezado a aceptar algunos establecimientos fundados en Diamántia, así que estamos en negociaciones con el rey Adolfo para obtener las licencias.

Resoplo, resignado.

Después del acuerdo de los Tres Reinos, muchas cosas cambiaron. Las fronteras ahora están abiertas y la gente puede cruzar como si fuésemos una sola tierra. Claro que existen normas, pero cualquier persona nacida o que haya establecido residencia en uno de los tres reinos tiene libre acceso a los otros y puede disfrutar de lo mejor que cada uno ofrece.

Aquí en Diamántia tenemos minas de diamantes que exportamos, además de nuestra gastronomía típica y algunos puntos turísticos creados por la reina Wendy, que atraen a muchos visitantes. Aldonora tiene minas de platino y, debido a su clima más

frío, se especializa en la producción de vinos. Mi hermana Lindsey siempre nos envía una de las primeras botellas de cada cosecha. Podrán decir lo que quieran, pero Aldonora produce el mejor vino de todos.

Safovia, como bien se dice, tiene grandes minas de zafiros, pero no solo eso: el príncipe Stephan decidió invertir en eventos nocturnos y fiestas. Por eso, cuenta con algunos casinos regulados y las mejores discotecas. Hay clubes nocturnos que constantemente hacen eventos exclusivos que me hacen querer tomar vacaciones allí. Las noches son las mejores. Mientras nosotros tenemos turismo diurno, lo nocturno es todo de Safovia. Por eso dicen del cielo colorido de esa tierra: "si quieres colores, solo en Safovia los encontrarás".

—Entonces, ¿el rey aún está evaluando si acepta o no? —pregunto, incrédulo—. Eso ayudaría muchísimo al desarrollo comercial diurno de ese reino.

—Sí, lo sé —responde mi hermano—, pero recuerda quién fue el único que casi no aceptó nuestro tratado, ¿verdad?

—Claro que lo recuerdo —respondo—. E incluso impuso la cláusula del honor.

Mi hermano suelta una carcajada.

—A veces me pregunto: ¿lo habrá hecho por la princesa Catherine? —pregunta—. ¿Todavía creía que, después de quince años de su desaparición, su hija regresaría? Claro que como padre yo habría hecho lo mismo, pero... no sé si ese era el tipo de pensamiento que tuvo el rey Adolfo en esa situación.

—Creo que tiene más que ver con el asunto de nuestra hermana y la cagada colosal que hizo para casarse con Ironwood.

Él asiente con la cabeza.

—Solo de pensar en ese día, me dan unas ganas tremendas de darle un puñetazo en la cara. Lástima que nunca pude hacerlo

por razones obvias —confiesa.

Me río, recordando el momento en que el marido de Lindsey impidió el golpe.

—Sin embargo, sabemos que lo que une a Aldonora con Diamántia es nuestra hermana. El rey Leónidas es una gran persona, pero... Lindsey siempre será el vínculo.

—Creo que estamos hablando demasiado y tú, viajando muy poco, mi querido consejero real —dice mi hermano, entregándome un documento sellado con el escudo real de Diamántia.

—Iré, pero... no creo volver tan pronto como esperas, Liam —le informo.

Él me lanza una mirada y suelta una risa.

—Sigues sin poder resistirte a un coño, hermano mío.

Golpeo la mesa con el documento.

—Deja de hacerte el santo, Liam —le acuso—. Tú, antes de reencontrarte con Wendy, eras igual que yo o incluso peor.

Veo cómo frunce el ceño.

—¿Yo? ¿Cuándo?

—Eras más mujeriego que muchos, rey Liam —ironizo—. Solo porque ahora estás casado, ¿pretendes insinuar que siempre fuiste puro y casto? ¡Vete a la mierda!

—Lindon, yo no era así —miente descaradamente—. Eres tú quien siempre tiene una mujer tras de ti.

—Eso es porque la gran mayoría de las mujeres se obsesionan con tener más de cinco encuentros conmigo, que es mi regla. Pero afirmar que tú solo follabas por amor es una mentira como una catedral.

Cruza los brazos.

—Dame pruebas. Solo estás hablando sin base...

—Tengo muchas, pero solo diré una palabra: Barcelona —afirmo, viendo su expresión de susto—. Me invitaste a esa fiesta después de dos días y todavía te acostaste con...

—No digas eso cerca de Wendy o me buscarás problemas —me pide en voz baja.

—Entonces deja de fingir que eres un santo, ¡joder! —lo acuso.

Nos quedamos en silencio un instante, mirándonos con seriedad. Hasta que, de pronto, comenzamos a reírnos, recordando nuestras aventuras por el mundo.

Lo mejor de todo es que no solo somos consejero y rey. Somos hermanos y también amigos. Confío plenamente en Liam, y sé que él siente lo mismo por mí.

—Ahora me voy. La vida nocturna de Safovia me espera —digo, saliendo de la sala de reuniones del ala real.

Voy a mi habitación y preparo una maleta pequeña con lo esencial, ya que hoy es viernes y mi intención es regresar a Diamántia el lunes. Hay un club nocturno que se inauguró hace unos días. Ya había pensado en ir, pero tenía otras obligaciones aquí. Ahora que el rey me envía allí... ha llegado mi momento.

***

Desciendo en tierras de Safovia acompañado de Lucius. Desde que Alex empezó la universidad en Roma, él vive aquí para ver a la nueva princesa y a su prima.

Se han hecho grandes amigos en los últimos años. Sí, amigos. Por lo que él mismo me ha contado, ella nunca lo miró de esa forma y además, estaba el tema de que era menor de edad, lo cual ya no es un impedimento, ya que hace pocos meses cumplió la mayoría de edad. Al menos, por fortuna, mi hermano no rompió el pacto de honor entre príncipes de la realeza.

—¿Cuándo vuelves? —me pregunta Lucius.

—El domingo, pero tú regresas hoy. Nada de quedarte demasiado tiempo cerca de la princesa. Sabes que es prohibida.

—Lindon, no soy un niño —empieza—. Puedo ser el menor, pero dejé de ser un crío hace mucho. Y otra cosa, para que lo entiendas, Caty y yo jamás estaríamos juntos.

Entrecierro los ojos.

—¿Cómo así? —pregunto.

—Caty es muy guapa, y lo es aún más desde que cumplió los dieciocho. Tiene curvas que llaman la atención de muchos y un culo precioso que da envidia, pero... no es el tipo de mujer que me interesa. También sé que no tiene el menor interés en mí.

Suspiro. Estos jóvenes de hoy, rechazando solo porque no es su tipo... Cuando tenía su edad, jamás habría hecho eso con una joven así. Sabía muy bien lo que quería. Siempre elegía a la más bonita. Y como sé que la princesa tiene buena apariencia, especialmente después de fijarme en ella en su fiesta de dieciocho años, jamás habría dejado que se me escapara si tuviera su edad.

Un hecho: mi hermano nunca estará a mi altura. Mucho menos a la de Liam. Pero confieso que eso no está mal. O acabaría con una esposa con esposas de oro... por el resto de una vida que apenas empieza.

—Entiendo, hermanito. Pero no te quedes solo de amigo, disfruta tu tiempo lejos de los palacios —digo, saliendo del jet de la familia real—. Ahora tengo que trabajar.

Él baja después de mí y seguimos al interior del Palacio Reluciente de Safovia. Yo me dirijo a la sala del rey y mi hermano sube las escaleras para hablar con la princesa.

Pero, antes de llegar a la sala, es ella misma quien viene a mi encuentro.

—Buenos días, Alteza —me saluda con una leve inclinación.

Poco me había fijado en esta chica desde que llegó, hace unos tres años y medio, pero puedo afirmar que la vi en su fiesta de cumpleaños de dieciocho y se ha convertido en una mujer muy guapa. Tiene el cabello rizado de un tono castaño claro, ojos color miel y una bonita sonrisa. Su cintura es fina, sus caderas amplias y sus pechos medianos.

Podría decir que parece hacer todo para ser deseada. Lo digo por su vestido azul, ajustado, que resalta sus curvas, y que puedo afirmar es corto, pues le llega a la mitad del muslo. Para mí, está claro que esa carita de inocente esconde su verdadero rostro, que está deseando ser revelado.

Sin embargo, no seré yo quien lo descubra. De hecho, ni debería estar observándola de esa manera. Es muy joven y, lo más importante, completamente prohibida por razones obvias.

—Buenos días, princesa Catherine —respondo a su saludo, alejándome y entrando en la sala del rey Adolfo.

De princesas... quiero la mayor distancia posible.

Capítulo 7
Catherine

¿Él me ha visto, verdad?

Me lo pregunto mientras corro apresurada hacia mi habitación. El maravilloso príncipe Lindon me ha mirado por primera vez y... se podía ver el calor en sus ojos.

¡Dios mío!

Son años alimentando una fantasía sobre cómo sería mi vida al lado del príncipe más guapo de todos, y parece que... hoy las cosas están empezando a avanzar. Deseo con todas mis fuerzas el día en que me llamen princesa de Diamántia, pero... Lindon nunca me ha visto de esa manera. Lo máximo que ha hecho ha sido dirigirme saludos; incluso en mi cumpleaños número dieciocho, nunca hizo algo diferente.

La verdad es que quien me presta atención es Lucius, pero... solo somos amigos y...

—¡Lucius! —exclamo, sin aliento, al verlo frente a mi puerta, esperándome.

—También me alegra verte, Catherine —dice él, y nos abrazamos—. ¿Por qué estás tan agitada?

—Yo...

Pienso en una mejor respuesta. Lucius no sabe de mis sentimientos por Lindon. En realidad, lo supo cuando nos conocimos, pero luego cambié de tema, conocí a otros chicos de mi edad y creo que incluso lo olvidó.

En cuanto a mis novios, claro que nunca pasó de los besos, principalmente porque solo hay un hombre al que sueño con entregarme, y ninguno de ellos se acercó al dueño de mis sueños.

Deseaba tanto sentir esas cosas en los besos de los únicos dos novios que he tenido, pero ellos tenían tanto miedo por el hecho de que yo fuera princesa que me resultaba aburrido. Otra cosa que también me molestaba eran los sermones de mi madre. La reina siempre hablaba de la importancia de guardar mi virtud para casarme casta, pero después de ver lo que hacen los hombres solteros, lo que más quiero es hacer lo mismo sin tener el peso de una alianza en mi dedo.

Pero... ¿cómo escapar de la imagen de princesa rescatada, si todos en Safovia saben quién soy?

—Corrí un poco. Dicen que es buen ejercicio —digo, abriendo la puerta—. ¿Vamos a conversar?

Claro que no metí a un chico en mi dormitorio. En realidad, hay una antesala antes del dormitorio —sin contar que mamá no me deja estar en la antesala con la puerta cerrada si estoy acompañada. Por eso, siempre hay guardias pasando para vigilarnos, como si hubiese algún peligro.

—¿Vas a poder salir hoy? —pregunta—. Hay una fiesta genial esta noche.

Suelto un bufido, molesta.

—Mamá organizó una reunión de damas para presentarme ante ellas. Es muy aburrido, pero una princesa adulta debe asistir y además, tengo que ayudar a mi cuñada a lidiar con la suegra.

Él tuerce la boca.

—Complicada la situación de ellos —comenta.

En verdad, Stephan y Annelise no tienen momentos de paz. Como mi cuñada está teniendo dificultades para quedar embarazada, mi madre está considerando que su matrimonio no tiene validez. Por lo que me contó mi cuñada, si la princesa no da un heredero, el matrimonio debe anularse y el príncipe debe buscar otra princesa que pueda tener hijos varones. Me parece tan de la Edad

Media... sobre todo porque ellos se aman muchísimo. Sin embargo, como Anne perdió dos bebés en los últimos años, eso ha causado innumerables desacuerdos.

—Realmente espero que un día ella dé a luz a dos hermosos niños y ponga fin a esta fase tan tortuosa —afirmo.

—Yo también. Ellos son muy buenos con nosotros.

Saca del bolsillo algo que parece una entrada.

—Pero... —dice Lucius, sonriendo—. Volviendo a nuestro tema, mañana por la noche hay un baile de máscaras. Oportunidad perfecta para una princesa que no quiere ser reconocida.

Le sonrío a mi amigo, muy animada. Lucius sabe perfectamente lo que quiero. He vivido buena parte de mis días como una chica común. Estar obligada a vivir atada a convenciones que existen desde antes de que yo naciera es muy fastidioso. Por eso, Lucius y yo nos hicimos amigos. Él siempre consigue las mejores escapadas del palacio a lugares inusuales y poco comunes para la realeza.

—Eres el mejor príncipe de todos, Lucius —digo, tomando las dos entradas de su mano.

—El mejor y el más guapo —afirma.

Frunzo los labios, en desacuerdo.

—Estás ciega, Caty —responde, haciéndome reír—. Pero no soy médico y no puedo resolver tu problema.

—No voy a discutir contigo sobre eso, porque quiero mucho ir a ese lugar. ¿Es aquí en Safovia?

—Sí, y lo mejor es que ese mismo día habrá una gran inauguración de un museo. Podemos decirle a tus padres que iremos allí y luego vamos al baile de máscaras.

Le sonrío, muy entusiasmada. Ya es el tercer evento al que vamos juntos desde que cumplí dieciocho. Lástima que mi prima

todavía no puede ir conmigo, pero le encanta escuchar mis relatos. Los lugares a los que vamos son clubes nocturnos de entretenimiento para adultos. Claro que nadie puede imaginar que una princesa frecuenta un lugar así.

—Me parece increíble cómo todos tienen la costumbre de copiar los eventos de la reina —comento—. ¿Recuerdas que hace menos de dos meses tuvimos un baile de máscaras?

—Sí —afirma él—, no necesitaremos muchas cosas, pero creo que deberías poner una cinta bien firme en tu máscara. Si alguien sospecha que estoy llevando a la princesa por el mal camino...

—¿Qué mal camino? —pregunto, indignada—. Estoy yendo por mi propia voluntad y soy plenamente responsable de mis actos.

Reímos, cómplices.

—¡Príncipe Lucius! —Annelise pasa por la puerta, viéndolo parado cerca de la entrada, y aprovecho para entrar en la habitación y guardar las entradas en mi cofre de secretos, para más tarde.

Cuando regreso, los dos están entretenidos en una buena conversación.

—Diamántia no ha cambiado mucho. Mis padres aparecen de vez en cuando. Liam, como rey, no ha hecho muchos cambios. Wendy sigue trabajando con el pueblo, Lindon se mantiene en la casa del duque, que también podríamos llamar casa de los placeres...

—¿Cómo así, casa de los placeres? —pregunto, entrando en la conversación.

—Sabes que Lindon no quiere casarse, pero eso no le impide... —hace una pausa, levantando las cejas de una sola vez— relacionarse con mujeres... Si es que me entienden.

Annelise empieza a reír, pero no me gusta lo que escuché. Sé que no puedo hacer nada, pero... cuando tenga mi oportunidad,

no permitiré que se aleje ni que tenga a otra que no sea yo.

***

—Princesa Catherine Grace, está cada día más guapa —dice una señora.

—Agradecida, duquesa Alfrei —respondo, inclinando la cabeza.

—Reina Madelyne, ¿ya ha pensado en algún pretendiente para casar a su hija? Es muy hermosa para quedarse soltera tanto tiempo.

Miro a mi madre.

—Duquesa, los tiempos han cambiado. Mi hija todavía es joven para tener un marido. ¿Quién sabe dentro de unos años? O... puede hacer como el príncipe de Diamántia, que decidió pasar sus días soltero, viviendo con sus padres dentro del castillo.

Frunzo el ceño, sin entender.

¿Cómo que mi madre quiere que permanezca soltera eternamente?

—Mamá...

—Catherine Grace debe pasar más tiempo con la familia. Perdió años de su vida creciendo lejos de nosotros. —Mi madre se gira hacia mí, acariciando mis rizos—. Ya hablé con su padre sobre la no necesidad de presentarle pretendientes.

Estoy en shock. Imaginaba que tenía cierto miedo de que me alejara, pero... ¿impedirme encontrar a alguien porque fui secuestrada durante la infancia...? Me parece demasiado.

—Con permiso, voy a buscar otra copa de champán...

—Siempre con moderación, mi niña —me recuerda mi madre.

Me dirijo a la mesa de bebidas y mi cuñada se acerca a mí.

—Ni yo esperaba escuchar eso de la reina Madelyne —comenta Annelise, en voz baja.

La miro, algo aterrorizada. ¿Cómo puede mi madre desear que pase el resto de mi vida sola en este castillo? No es que quiera casarme mañana, pero... no quiero ser una eterna soltera. Recuerdo cuando mi prima y yo estudiamos sobre personas que prefieren solamente su propia compañía, pero yo no soy así. Deseo tener a alguien, y no solo eso, planeo tener hijos algún día. Dar herederos a la realeza de Safovia.

—¿Pero qué hago, Anne? —pregunto.

Ella toma mi mano.

—¿Recuerdas lo que conversamos cuando llegaste? —me pregunta—. Sé fuerte y no repliques en público. Espera el mejor momento y trata de hablar en privado. Hasta entonces, tendrás una idea de cómo escapar de las tramas de tu madre.

Sutilmente, asiento con la cabeza.

—Gracias —le digo al oído.

Luego, tomo una copa de champán y la bebo de un solo trago.

—Que la reina no te vea —dice ella.

—Catherine Grace. —Escucho su voz reprendiéndome.

—Claramente, me ha visto, Anne.

Respiro hondo, empino el pecho. Compongo la sonrisa de princesa que he aprendido en los últimos años y regreso al encuentro con mi madre y sus tediosas amigas.

Capítulo 8
Catherine

—Qué vestido tan bonito, prima —comienza mi prima al verme frente al espejo, con un vestido negro con detalles blancos. La parte superior está hecha completamente de un corsé en forma de corazón negro, decorado con dibujos de arabescos blancos. Es la parte inferior la que más me gusta. Es una falda muy corta por delante y larga por detrás, lo suficiente como para arrastrarse por el suelo, con decoraciones en el borde del mismo estilo que el corsé. Voy a llevar unas sandalias de tacón aguja del mismo color que el vestido. La única diferencia será el color de mi máscara: negra con dorado.

También cambié un poco mi apariencia. Mi cabello castaño claro fue alisado con un cepillado y recogido en un moño alto y elegante. En el cuello, usaré el regalo que me dio la nueva reina de Diamántia, un hermoso collar de oro blanco con un diamante solitario.

Como no quiero parecer una princesa, llevaré pendientes pequeños y nada más. Ya me maquillé, destacando los labios con un precioso pintalabios rojo escarlata, y ahora falta poco para estar lista.

—Me encantaría ir con ustedes —murmura.

—Sí, pero la tía Inessa jamás lo permitiría. Detesta la vida nocturna de Safovia.

Después de unos meses desde que llegamos, mi madre estaba cansada de lidiar con el mal humor de mi tía y por eso le dio una casa a ella y a mi prima en los alrededores del castillo. La verdad es que su mayor deseo era que yo estuviera cerca de ella sin que nadie se interpusiera.

—Sí, lo sé. Pero... ¿crees que la reina te dejará salir con ese vestido? Dependiendo de cómo te sientes, se te ve la ropa interior.

Me río.

—No es para tanto —respondo, tirando del tejido corto hacia abajo—. Solo es sexy.

Ella pone los ojos en blanco.

—No pongas esa cara —me quejo—. Solo voy a salir en compañía del príncipe Lucius para ir a la inauguración de un museo. Eso es todo.

La veo sonreír a través del reflejo del espejo, sabiendo muy bien que estoy mintiendo. Entro en el baño para ponerme crema en las piernas, y en ese momento escucho que se abre la puerta.

Me calzo las sandalias y voy al encuentro de mi amigo, llevando un bolsito y una caja con la hermosa máscara que usaré más tarde.

—Claro que cuidaré de tu prima, Raíssa. Va a ser mi acompañan... ¡Guau! —exclama al verme—. ¿Quién eres tú y qué hiciste con la princesa que vive en esta habitación? —bromea Lucius.

—¿Estoy muy diferente? —pregunto, bajando la falda—. Quería estar irreconocible.

—Y lo lograste. Menos mal que te van a fotografiar en la inauguración. Te gustará ver esas fotos en el futuro.

—Pero tú también te esmeraste, Lucius —comento—. Eres un bello acompañante.

Galante como siempre, él baja la cabeza y se inclina hacia mí con una reverencia real.

—Todo para estar al lado de una bella y hermosa princesa.

Le devuelvo el gesto, inclinándome en el mismo tono de broma.

—Como ya se van, me iré a casa —dice mi prima.

Nos despedimos de ella.

—Después de tu cumpleaños número dieciocho, llevaré a dos bellas damas a conocer la mejor parte de la vida de ustedes —dice mi amigo, despidiéndose de ella.

—Falta poco, Lucius —le recuerda mi amiga—. Solo dos meses.

—Lo sé muy bien, pero... el tiempo pasa volando y lo vamos a celebrar a lo grande, Ray.

Se abrazan, se despiden, y salimos. Como no queremos ser interrumpidos, usamos la salida trasera. Le pedí a un chofer llamado Serguéi, que es un poco mayor que nosotros pero siempre está dispuesto a ayudarnos con la mayor discreción.

—¿A dónde vamos esta noche, Altezas? —pregunta él.

—Vamos a la inauguración del museo histórico de Safovia —informa Lucius.

Serguéi simplemente asiente con la cabeza y subimos al coche oscuro. Mis padres y mi hermano ya han ido antes, pero dije que iría más tarde con Lucius. En realidad, muchos piensan que Lucius es mi novio, pero no sentimos nada el uno por el otro. Parece extraño para muchos, pero solo somos amigos. Él me ayuda a salir y yo lo ayudo a divertirse.

Hay momentos en los que nos quedamos solos para romper un poco esa imagen, pero Lucius nunca se ha sentido incómodo en mi presencia. Siempre me ha gustado bailar, sin embargo, con los hombres que conocí, nunca fui más allá de los besos.

No es que me lo hayan impedido de alguna forma. No me gusta esa idea de ser princesa y virgen para un único hombre. Como ya dije, me parece algo demasiado medieval. Si los príncipes pueden hacerlo, ¿por qué las princesas no?

Si hubiera surgido química con alguno de esos aleatorios, ya lo habría hecho, pero en realidad, lo que busco en estas salidas es aquello que vi hace años.

Aceptaría de buena gana ser tomada por un hombre como Lindon Stell. Que sabe hacer que cualquier mujer se rinda en sus brazos. Si tuviera la oportunidad de encontrarlo, no perdería la ocasión de entregarme sin miedos ni reservas.

—Hubiera sido bueno si Alex hubiera venido, ¿no crees? —pregunta él.

—Sí —asiento—. ¿Sabes si le falta mucho para graduarse?

Él sacude la cabeza, con pesar, confirmando.

—Pero las vacaciones están cerca. Entonces traerá a alguna mujer deslumbrada y aleatoria para acompañarnos —dice él, riendo.

—Ella nos preguntará cómo es ser parte de la realeza —afirmo, recordándolo.

—¡Eso mismo! —responde—. Y entonces Alex se enoja porque la chica me presta más atención a mí que a él.

Nos reímos, de acuerdo.

Qué ganas de ver a nuestro amigo Alexander. Lo conocí por Lucius. Eran inseparables. Todo cambió cuando Alex ingresó a la universidad y ahora está en Roma. Solo vuelve en vacaciones largas o en festivos.

—No nos faltarán oportunidades, Lucius. A él le encanta Safovia. Aún vamos a reír mucho con él.

Él asiente con una sonrisa, y es en ese momento cuando se abre la puerta y nos dirigimos a la entrada del museo. Algunos nos toman fotos y jugamos a ser pareja. Intento bajar un poco mi falda, pero sé que si mi madre me ve, me obligará a volver a casa de inmediato.

Como tengo otros planes, me alejo del séquito real y empiezo a observar los cuadros artísticos que cuentan la historia de nuestro reino. Las primeras minas de zafiros, la construcción de los palacios, los reyes anteriores a mi padre, los primeros clubes nocturnos —que fueron idea de mi hermano—, y el más reciente es una imagen de una cúpula llamada el Acuerdo de los Tres Reinos.

—Yo estuve allí cuando eso ocurrió —comenta Lucius.

—¿En serio? —pregunto—. Mi padre siempre dice que hay que conocer la historia de Safovia, pero mi madre dice que no es necesario. Así que no sé mucho del tema.

Él suspira.

—En una sola frase: "Ahora, Diamántia, Aldonora y Safovia son como un solo reino, y ya no existen guerras entre monarquías". Listo. Eso es lo único que necesitas saber.

Me río y, girando el rostro hacia un lado, veo el cabello claro de mi madre.

—Lucius, tenemos que irnos ya. ¿Crees que ya se puede entrar? —pregunto.

—Por supuesto. Usemos nuestras máscaras y disfrutemos de lo mejor de la noche.

Caminamos y salimos por la puerta lateral, sin que mis padres nos vean. Tomamos el coche y le damos la nueva dirección al conductor. En el camino, me coloco la máscara mientras Lucius se pone la suya.

Retoco mi pintalabios y me doy cuenta de lo hermosa que estoy y de lo curiosa que estoy por saber cómo será ese baile. Tardamos casi una hora en llegar al lugar, que es bastante oscuro y apartado de la ciudad. Sin embargo, hay muchos coches de lujo alrededor. Lucius baja primero y me ofrece la mano para ayudarme a salir. Nos detenemos afuera y él entrega las entradas —que estaban en mi bolso— a un hombre en la recepción.

Entramos y veo un hermoso salón decorado con luces amarillas y personas elegantemente vestidas en los colores indicados en la invitación. Creo que soy la única que usó dorado en la máscara, pero no me importa. Siento las miradas masculinas sobre mi cuerpo; me dan ganas de esbozar una pequeña sonrisa, pero me muerdo el labio, conteniéndome.

—Vamos al bar. Te daré algo para relajarte —dice mi amigo al oído.

Simplemente asiento con la cabeza y caminamos tomados de la mano. Miro a mi alrededor y se pueden ver unas carpas iluminadas internamente con focos de luz. Hay música clásica de fondo, pero parece que nadie le presta atención.

—¿Caty, me miras un momento? —Lucius me llama en tono bajo—. Déjame explicarte algo: no voy a impedirte nada, pero... solo acepta una invitación de un hombre si es tu elección. Si solo quieres observar, también es tu decisión. ¿Entendido?

Asiento con la cabeza.

—¿Qué son esas carpas blancas iluminadas? —pregunto.

Él bebe un cóctel que dejan en la barra.

—Pronto verás lo que sucede allí. —Me lanza una mirada que confirma lo que estoy pensando.

Pido un cóctel colorido y lo bebo, observando a la gente a mi alrededor. El tiempo pasa. Veo una sala con una cama grande, donde una pareja está junta, casi sin ropa. Poco después, veo a otros entrando en otra sala oscura. No solo un hombre y una mujer. Son grupos de hasta cuatro personas. Con eso, noto que en este baile, la única prohibición es no sentir placer, y confieso que este lugar me encanta.

—Una copa más de whisky.

Sorprendentemente, mi corazón falla un latido al reconocer de inmediato esa voz. Me giro hacia la barra y veo a un hombre alto

de cabello negro, usando un traje fino y elegante y una máscara negra con pequeños dibujos blancos. Sé quién es y no puedo evitar sonreír.

No puedo creer en mi suerte. He encontrado al seductor príncipe Lindon Stell.

Capítulo 9
Lindon

Hay mujeres que parecen haber nacido con fuego en el cuerpo, y eso fue exactamente lo que pensé cuando la vi caminando por los pasillos del baile de máscaras. Absolutamente preciosa, especialmente con esos labios rojos perfectos y llevando la única máscara negra con dorado.

No sé decir si vino acompañada o no, pero como este es un evento de libertad sexual, sé que será ella a quien me follaré antes de que termine la noche. Se mostró curiosa con el dark room y con esa faldita corta. Será imposible que me niegue a llevarla para tocarla donde más deseo. Sus labios rojos me están volviendo loco y ya estoy duro y sediento por su cuerpo.

Percibo que otro hombre se acerca, pero sé que será fácil alejarlo. Solo me acerco, y un viejo conocido, que sabe quién soy detrás de la máscara, desaparece de nuestra vista.

—Creo que es tu primera vez aquí, ¿no?

Ella solo asiente con la cabeza mientras bebe un cóctel rosado.

Miro su rostro y podría jurar que se parece a alguien, pero como ya he estado con muchas, quizás sea una antigua amante que conoce la regla de las cinco folladas y no quiere que la rechace.

Por eso, me acerco a su rostro y le hablo al oído:

—Estás jodidamente buena y no necesitas preocuparte por palabras. Lo único que quiero oír de tus labios es que gimas y pidas más.

Parece sobresaltarse con mi frase directa, pero la muy puta no se aleja. Entonces, acaricio su rostro y la beso con deseo. Ella

tarda un poco en rendirse, pero no se resiste. Es evidente lo que quiere, y voy a concederle su pedido silencioso.

—¿Quieres conocer el dark room?

Abre una sonrisa con los labios manchados de rojo y entonces la conduzco hacia una esquina y la coloco contra la pared.

—Como no quieres hablar y aquí está demasiado oscuro para ver tus gestos, aprieta fuerte mi brazo dos veces si quieres que me detenga, ¿de acuerdo? —pregunto.

Ella asiente, apretando mi brazo una sola vez.

¿Quién demonios es esta mujer misteriosa? Solo por mantenerse así ya me tiene más excitado y loco por sacarle un sonido de la boca. Aquí, lo único que deseo es una cosa, así que tomo sus labios, apretándola contra la pared. Levanto una de sus piernas y froto mi erección contra su braga. Sin despegar mis labios de los suyos, deslizo mis dedos hasta encontrar la pieza de encaje empapada por su lubricación.

¡Joder! Esta mujer me va a volver loco, pero la quiero tan desesperada como yo. Por eso, aparto el tejido a un lado y noto que se sobresalta otra vez.

—¿Quieres que me detenga? —pregunto al oído.

Ella deja de moverse, pero toma mi mano y la guía hasta su sexo.

Ya sabía que era una deliciosa pervertida. Voy a follar esa concha como nunca. Entonces, empiezo a mover mis dedos sobre su clítoris, besando sus hombros. La excito lentamente y cuando la siento bien mojada, introduzco un dedo en su estrecho canal.

—¿Te gusta? —pregunto, metiendo el dedo con lentitud.

Ella hace un "ajá".

—Ahora imagina mi polla enterrada en tu conchita apretada. Eso es lo que quiero hacerte, misteriosa enmascarada. Solo necesito

que me digas que lo deseas, y te prometo que jamás olvidarás esta noche.

—Quiero —responde ella, con un murmullo grave que no me da pistas sobre su identidad.

¡Pues que se joda! No me importa quién sea, lo que quiero es saciar este deseo salvaje. Entonces me aparto, permitiendo que se acomode para que nadie vea lo que solo yo voy a ver.

La tomo de la mano y veo que una carpa blanca está vacía, así que la llevo dentro. Ella mira a su alrededor, observando el espacio iluminado solo por un foco al lado de la cama, que dará espectáculo para quienes están afuera.

Se inclina, tocando las sábanas negras de la cama, que sé que son de la mejor calidad. Me aparto, quitando del camino uno de los cojines blancos. Me detengo a sus espaldas y le hablo al oído:

—Si ya gemiste de esa forma en el dark room solo con mis dedos, sé que vas a gritar de placer cuando te esté metiendo la polla bien profundo.

Ella suspira, pero enseguida suelta una sonrisa lasciva que me vuelve increíblemente loco. No es solo deseo. Es una necesidad insana que sé que será saciada antes de que acabe la noche.

—Ven aquí —le digo, girándola de la cintura con fuerza para que su cuerpo choque contra el mío.

Tomo sus labios mientras la aprieto contra mí. Luego, la lanzo sobre la cama y ella cae con las piernas abiertas. Miro ese encaje negro que apenas cubre su sexo, y en ese instante la razón se lanza por la ventana.

Tiro de sus piernas hacia mí y la muy puta no se queja ni me frena.

—Lo deseas, ¿verdad?

Ella asiente con la cabeza y me sonríe.

Bajo mi rostro por su pierna para aspirar el aroma de su perfume. Levanto esa mini falda que parece hecha solo para volverme loco y huelo su excitación.

Toco su conchita, sintiéndola empapada dentro de la braga.

—Te voy a comprar otra —le aviso.

Entonces, sin pedir permiso, rasgo la prenda sin remordimiento alguno. Se sobresalta, pero lo único que hago es sujetarla por el vientre y empezar a chupar su concha.

Es la más adictiva de todas, sobre todo con esos gemidos roncos que escapan de sus labios. Me acaricia la cabeza, rogando que no me detenga, y sigo hasta que noto que está a punto de correrse.

Entonces me detengo, poniéndome de pie y observándola en una escena erótica que causaría envidia a cualquiera.

—Te quiero desnuda, solo con esa máscara y esos tacones. Después de eso, te voy a follar. ¿Entendido?

Asiente y se levanta, dándome la espalda. Veo el cierre de su vestido y, aunque quiero que lo haga ella misma, me muero de ganas de desnudarla yo también.

Deja caer el hermoso vestido al suelo y se gira completamente desnuda hacia mí. Sus pechos medianos y firmes. Me inclino un poco y comienzo a desnudarme mientras chupo sus deliciosos pezones.

Cuando termino, ya estoy completamente desnudo también, salvo por la máscara. Como estoy duro, sé que cualquiera afuera notará lo que está a punto de ocurrir. Beso sus labios, pero en cuanto nuestras bocas se separan, le susurro al oído:

—Te quiero a cuatro patas en la cama —ordeno.

Tarda un poco en obedecer, pero lo hace, dejando su culito bien empinado para mí. Paso mis manos lentamente, sintiendo el

calor de su piel suave. Beso su espalda hasta llegar al final de su columna. Bajo el dedo hasta tocar su ano, pero ella me empuja, asustada.

—Entendido. Nada de follar tu culo —respondo, riendo.

Me aparto un poco y voy a la caja donde dejan preservativos. Tomo el primero que encuentro, rasgo el envoltorio con los dientes y me lo pongo.

Veo sus ojos fijos en mi miembro y no puedo evitar soltar una sonrisa.

—¿Nunca habías visto uno tan grande, guarrilla?

Su mirada evita la mía, pero noto que esa sonrisa traviesa sigue allí. Me detengo a sus espaldas y rozo lentamente la punta de mi polla en su entrada. Está empapada, y eso me vuelve aún más loco.

La penetro lentamente, pero siento resistencia. Lo intento otra vez, pero está tensa. Por eso la levanto, pegando su espalda a mi pecho.

—Trata de relajarte —le susurro al oído, mientras acaricio su clítoris.

La voy penetrando muy despacio en la conchita más deliciosa que he follado en toda mi vida. Tardo un poco en estar completamente dentro, pero es simplemente lo mejor del mundo follar a esta mujer misteriosa.

La empujo más hacia adelante, buscando que quede a cuatro patas como quería al principio, pero después de algunas embestidas, me canso de esa posición. Entonces la alzo en mis brazos, tomándola por la cintura.

Me siento en la cama y le indico que venga hacia mí. Obediente, se sienta sobre mi polla, mientras la follo deliciosamente. Tomo sus labios y entramos en una batalla de lenguas, en un clímax de completo placer.

Después, la coloco debajo de mí, besando su boca sin dejar de meterla sabroso. Su conchita es adictiva y no quiero hacer otra cosa más que seguir clavándola dentro de ella. La toco hasta que oigo su orgasmo en mis oídos. Solo entonces me permito correrme con embestidas profundas, acompañadas de gemidos graves de placer.

Estoy sin aliento, pero logramos oír desde afuera unos aplausos de los invitados que nos estaban viendo follar. Me río, mirando en dirección al sonido.

—Ellos... —empieza ella, y fuera del frenesí de la lujuria, me parece que ya he oído esa voz antes.

—Adoraron la bella actuación de mi compañera —explico.

Tomo sus labios en un beso casto.

—Creo que ya es hora de revelarse.

Entonces, retiro la máscara de su rostro y tengo la revelación más jodida de toda mi vida.

—¡¡¡Puta Madre!!! —exclamo de inmediato, saltando de encima de ella como si hubiera follado a una demonia.

Ella solo toma una de las sábanas para cubrirse, mientras toda la culpa comienza a carcomerme por dentro. La miro otra vez y paso la mano por mi rostro, quitándome la máscara frente a quien sabe muy bien quién soy.

—¡Joder!

—Lindon...

—¿Tienes idea de la cagada monumental que ha pasado aquí, Catherine?

Lo que jamás podría haber ocurrido, simplemente ocurrió. Literalmente me he follado a la realeza de Safovia. Me tiré a la princesa Catherine Aurum.

Capítulo 10
Catherine

Pasé años deseando y soñando cómo sería ser besada, tocada y adorada por Lindon Stell. La verdad, fue mucho mejor que en mis sueños.

Sí, dolió un poco cuando entró en mí, pero... fue tan perfecta la forma en que me acarició íntimamente para que lo recibiera... ¡Cuánto deseé que eso sucediera! Pero eso no significa que no me asustara su miembro tan grande. Sin embargo, jamás habría retrocedido. Huir, mucho menos.

Juro que pensé que no entraría, pero... fue perfecto. Literalmente me llevó a las estrellas del placer. Claro que ya había oído hablar del orgasmo, pero... nunca pensé que pudiera ser tan bueno y... tan intenso.

En resumen, fue maravilloso. Un sueño hecho realidad, con una riqueza de detalles inimaginable.

Hasta que... de repente, mientras aún recuperaba el aliento y trataba de asimilar el hecho de que había personas fuera observando nuestros movimientos sexuales en la penumbra, Lindon me quitó la máscara.

Entonces, saltó de encima de mí como si hubiera visto algo que claramente no le gustó, se puso los pantalones y empezó a maldecir como un loco, dejándome completamente asustada. Por eso, de forma involuntaria, mi primer acto fue tirar de las sábanas para cubrir mi desnudez.

—¡¿Me vas a contestar algo, chica?! —grita él, y confieso que no entiendo el motivo de semejante reacción.

Sin embargo, lo que más detesto es que me llame de esa forma, cuando hacía apenas unos minutos me llamaba "rica" y me

besaba con pasión.—Deja de hacerte la muda porque ya sé perfectamente quién eres, y tengo claro que hablas y te expresas muy bien.

Respiro hondo, sintiendo que la sangre me hierve.

—¿Cómo se te ocurre cometer la estupidez de...?
—¿Qué estupidez, Lindon? —digo, indignada.

Él cruza los brazos.

—¿Aún lo dudas? ¿Por qué carajos decidiste tirarte en mi cama?
—¿Yo me tiré en tu cama? —le enfrento, nerviosa, levantándome mientras sujeto la sábana de seda negra alrededor de mi cuerpo—. ¿Acaso olvidaste que tú fuiste quien me trajo a esta carpa?

—Pero no fui yo quien te metió en este baile —retruca—. ¿Cómo demonios...?

—Vine sola —miento descaradamente.

—¡Una mierda que viniste sola! —exclama, furioso—. ¡Pero que se joda! Lo más importante son las consecuencias de tus actos. ¿Olvidaste el puto tratado, verdad? Porque no hay otra razón para que vengas justo detrás de mí.

—¡Yo no fui detrás de ti! ¿Y qué mierda de tratado es ese?

—¡Cuida tu boca, niña! —me reprende.

Suelto una risa irónica.

—¿Tú puedes maldecir y yo no? —respondo—. Y otra cosa: deja de llamarme niña. Hace pocos minutos, tu boca estaba por todo mi cuerpo, y hay testigos que prueban que no fue lo único que hicimos aquí.

Él cierra los ojos, llevando los dedos a las sienes.

—¿Qué hago contigo, chica? El puto tratado que...

—¿Qué coño de tratado es ese?

—¡El que dice que no podía follarte! ¿Ahora entiendes?

Me mira esperando que lo comprenda, pero no tengo ni la menor idea de qué está hablando. ¿Quién podría inventar un tratado que me impida relacionarme con un príncipe de un reino vecino? Por eso digo: esto es tan Edad Media... Necesitan actualizarse urgentemente.

—Yo jamás...

Me agarra por los hombros.

—¿Por eso no dijiste nada, verdad? —pregunta—. Porque con esa actitud, te traté como aparentabas ser. Solo una concha en la que quería meterla... y lo logré.

Mi garganta se cierra al sentir el peso de sus palabras duras como cuchillos.

—Chica. Nunca te quise, pero ahora estoy atrapado en esta mierda que...

—¡No se lo diré a nadie! —afirmo, reuniendo toda mi fuerza para que no me vea llorar.

—¿Cómo dices? —cuestiona—. Eras virgen. Hay sangre en mi polla y sé bien de dónde viene.

—¿Y eso qué importa, Lindon? —respondo, irritada—. Yo quise, tú también, pero... lo mejor es olvidar lo que pasó.

Tiro de la sábana, recogiendo mi vestido que quedó tirado en el suelo. Intentando recuperar la poca dignidad que me queda, empiezo a vestirme sola, haciendo lo posible por no mirar al hombre que más he deseado en toda mi vida.

La mierda es que estoy sin bragas. Él las rompió y...

De pronto, me lanza su calzoncillo negro.

—Ponte eso —ordena—. Te llevaré al palacio.

—¡No quiero! —respondo, tirándole la prenda, que él atrapa al vuelo.

—Pero lo vas a usar —replica, devolviéndomelo—. Este lugar no es para ti y...

—¡Si dices que el lugar de una princesa es dentro de un castillo esperando al príncipe que se ha follado a todas, me voy de aquí y entro en la primera carpa que encuentre!

Él me sujeta del brazo con fuerza, levantándome del suelo. Puede ser grande, pero no le tengo miedo. Mucho menos a él.

—No me desafíes, Catherine —dice con voz baja y firme.

—No me provoques, Lindon —respondo, mirándolo con la misma intensidad.

Nos quedamos mirándonos no sé cuánto tiempo y... parece que me desea de nuevo, pero tan rápido como parpadear, Lindon me suelta y se ocupa de vestirse.

Yo hago lo mismo, pero... elijo no usar su ropa interior. Solo la guardo en el corsé de mi vestido. Me recojo el cabello, ahora en una coleta alta, por el estado en que él me dejó, y me coloco de nuevo la máscara.

—Te vienes conmigo —ordena, haciéndome poner los ojos en blanco.

—No imaginaba que fueras tan mandón.

Él abre la puerta de la carpa.

—Es completamente necesario —afirma.

—¿Le gustaría una nueva compañía, dama misteriosa? —Un hombre rubio me aborda en el primer paso que doy al salir.

—No. Ella aún está conmigo —responde Lindon detrás de mí, sujetándome por la cintura con posesión.

—No me parecería mal —respondo, solo para irritarlo.

El hombre sonríe y me ofrece la mano, pero antes de que lo haga, Lindon me aleja de él, llevándome hacia la salida.

—¡Suéltame! —protesto.

—¡Deja de gritar o van a pensar que te estoy acosando, joder!

—¡Si sigues sujetándome así, gritaré más!

—¿Quieres que nos descubran? —revira.

—¿Señora, todo bien? —Un guardia se acerca mientras mantengo la mirada desafiante de Lindon.

No sé por qué, pero verlo furioso me hace sentir increíblemente mejor. Puede que no sea el príncipe que imaginé, pero no permitiré que me destruya. Antes de eso, haré lo mismo con él.

Sin embargo, no quiero realmente que alguien sepa con quién estuve. Si Lucius aparece, reconocerá a su hermano. Por eso, es mejor callar y aceptar mi destino de irme con Lindon.

—Señora...

—Todo está bien —respondo y, a continuación, me dejo abrazar—. Discusión de pareja, pero estamos bien. ¿Verdad, amor?

Él me mira con todo el desprecio del mundo.

—Sí —afirma, sosteniéndome junto a él.

El guardia asiente con la cabeza y salgo, acompañada por alguien a quien no quería ni mirar después de todo esto. Se aleja, abriendo la puerta del coche para que entre, y luego seguimos camino al palacio.

—Ni me imagino lo que aprendiste en los años que viviste lejos de tu familia en Estados Unidos, pero ese lugar no es para una princesa. Jamás lo será. Es bastante peligroso, ¿sabías eso? —Hace una pausa mientras ajusta el aire acondicionado—. Eres joven,

deberías disfrutar tu juventud con cosas más beneficiosas. No siendo tratada como una mujer cualquiera que...

Él sigue hablando, y no hace falta mucho para entender entre líneas. La pasión de toda una vida se redujo a un polvo en una carpa con un hombre que nunca me quiso. Fui, según sus propias palabras, "solo una concha en la que quería meterla y lo logré". En resumen, fui un medio para un fin. Pero jamás permitiré que me humille ni me trate como una niña que necesita ser reprendida.

Gracias al cielo, el coche se detiene en la entrada trasera del palacio. Intento abrir la puerta, pero aún está bloqueada.

—Catherine.
Giro lentamente el rostro hacia él.

—¿Qué? —pregunto, deseando verlo lo más lejos posible.

—¿Me prometes de verdad que no le dirás a nadie hoy?

Entonces, veo en sus ojos el más profundo arrepentimiento, y eso rompe algo dentro de mí. Necesito salir de aquí o me desmoronaré.

Busco la traba y me estiro sobre su cuerpo para liberarla y abrir la puerta.

—Catherine...

Salgo del coche, saco su calzoncillo que escondí en mi escote y se lo lanzo a la cara.

—Para mí, esta noche nunca ocurrió, Lindon Stell.

Cierro la puerta del coche con fuerza y me alejo con la cabeza en alto, conteniendo las lágrimas por haber esperado años por él y que todo terminara de esta forma. Con el corazón roto ante su clara expresión de decepción y arrepentimiento por todo lo que pasó.

Sin embargo, soy más fuerte que esto. Así como la niña Caty se enamoró de la idea de ser amada por el príncipe Lindon Stell, la

mujer Catherine sabe que, en poco tiempo, él solo será un triste recuerdo de su primer contacto sexual en la vida.

Capítulo 11
Catherine

—No deberías beber tanto vino, Annelise —comenta mi madre en la mesa del comedor.

Mi cuñada respira hondo, levanta la copa y toma el vino tinto.

—Majestad, como debe saber, incluso es una recomendación médica tomar una copa de vino tinto.

—En realidad, mi nuera, la recomendación es de una copa pequeña —rebate mi madre—. Si sigues bebiendo esa cantidad, ciertamente no darás un heredero a Safovia...

—Madre, deje de molestar a mi esposa —interviene Stephan, tomando las manos de mi cuñada—. Annelise pronto dará herederos a nuestro reino...

—¡Stephan! —se queja Anne, molesta por algo que para mí está bastante claro.

—Amor, ¿qué...?

Entonces, mi cuñada se levanta y se aleja de la mesa. Mi hermano la sigue, dando por terminado el almuerzo para los dos.

De repente, me sobresalto con el golpe de la mano de mi padre sobre la mesa.

—¿Estás feliz ahora, Madelyne? Has logrado arruinar otra comida familiar...

—Adolfo, solo hice esto por el bien de nuestra familia —argumenta ella—. Si esa joven no puede tener hijos y Stephan no busca una nueva princesa, será nuestro fin.

—Aún hay tiempo —replica mi padre—. Pero seguir hablándoles al oído no ayudará en nada. Así que quiero que te detengas. Stephan conoce bien los decretos reales y no permitirá que Safovia se quede sin un heredero.

—Eso espero, esposo mío. Porque los años están pasando y nada de niños en este palacio. Más de tres años de matrimonio y solo ha tenido abortos. ¿Cómo es que...?

—Estresándola no vas a lograr nada, Madelyne.

Estoy harta de escuchar la misma conversación noche tras noche en el comedor, así que decido ignorarlos.

Hay una enorme mesa de madera de marfil con detalles dorados, y paredes y alfombra decoradas en los mismos tonos.

El lugar es hermoso y somos atendidos por empleados, pero, como en muchas familias, también hay conflictos. Sin embargo, en casa, todo empieza por mi madre, que no simpatiza mucho con su nuera. La situación empeoró aún más cuando Anne perdió a su primer bebé.

Recuerdo que hubo una gran celebración cuando Annelise anunció el embarazo. Yo era nueva aquí, pero me alegré mucho por ella. De repente, una mañana lluviosa, tuvo un sangrado y el médico real informó que se trató de un aborto espontáneo.

Mi padre se entristeció por la pareja, y yo también, pero mamá se enfureció, al punto de acusar a Anne de que la pérdida fue culpa suya. Luego empezó con que el tiempo apremiaba. Los años pasaron y el discurso no ha cambiado.

—Madelyne, sé que estás preocupada, pero ¿quieres que tu hijo abdique la corona por su esposa? —pregunta mi padre.

—Él no haría eso —afirma, asustada.

—Pero si lo hiciera, Catherine tendría que casarse, y sé bien que no es lo que deseas.

La miro, recordando su comentario de hace unos días.

—Padre, me gustaría decir algo —empiezo.

—Habla, hija.

—Padre, no estoy de acuerdo con esa idea de ser la hija soltera eternamente...

—Grace, ¿qué estás diciendo? —pregunta mi madre.

Mi madre, que había cambiado su asiento al lado de mi padre para estar más cerca de mí, toma mi mano y acaricia mi rostro.

—Eres mi bebé —dice, jugando con mis rizos—. Pasé años triste, esperando volver a verte. Tu padre y yo contratamos muchas agencias para encontrar tu paradero, mi Grace. —Se le llenan los ojos de lágrimas—. Solo quiero tener más tiempo con mi hija...

—Mamá —la miro de nuevo—, lo sé todo eso —le aprieto la mano, también emocionada—, pero yo deseo tener una familia algún día.

—Grace...

—No he dicho mañana —la interrumpo—. Sé que muchas princesas se casan a mi edad, pero no es lo que deseo. Aún quiero estudiar y... conocer a alguien de forma natural y genuina...

—Mientras no sea uno de los Stell, tienes mi aprobación, hija —dice mi padre, apareciendo detrás de mí.

Dios mío... Si mi padre supiera que fue con uno de ellos con quien perdí la virginidad...

—Mi amada esposa, ya sospechaba que Catherine no querría quedarse aquí para siempre.

Mi madre se levanta y él la abraza con ternura. Desde el primer día, siempre me ha parecido hermosa la relación entre los dos. Se aman con locura.

—Pero hemos perdido tiempo, Adolfo. Ella va a... —se lamenta.

—Amor mío, no podemos volver atrás, pero... ella es y siempre será nuestra hija. Creo que lo mejor es disfrutar los años que tenemos.

Estoy conmovida y me levanto para abrazarlos a los dos.

Lo mejor que me pasó desde que vine a Safovia fue descubrir que tengo un padre y una madre que siempre me esperaron y me aman profundamente, sin importar mis defectos, adquiridos por no haber sido criada en un palacio. Ellos los llaman defectos, pero yo los considero virtudes: no pensar igual que ellos. Sin embargo, poco a poco, llegué a amar demasiado a ambos y, sin duda, daría mi vida por Safovia.

—Tú y tu hermano sois nuestros regalos, Catherine —dice mi padre—. Nuestros milagros.

Me aparto y, de nuevo, siento una punzada en el vientre. Disimulo un poco, tomando una copa de vino. Pero me doy cuenta de que no hacía falta, porque mis padres se están mirando enamorados, y eso me permite alejarme sin ser notada por la pareja de enamorados.

Empiezo a caminar, pero el dolor está empeorando. Han pasado menos de tres días desde el baile de máscaras y temo que sea algo serio. Pensé que tal vez tenía que ver con haber perdido la virginidad, pero no soy tan ingenua como para creer que este dolor se debe a la pérdida de un himen.

Mi mayor miedo es: ¿Lindon me contagió algo?

No tengo otra idea, pero... si mañana despierto igual, tendré que pedir ayuda.

***

—¡Qué dolor! —me quejo sola en mi habitación, al despertar.

Es muy extraño y estoy preocupada. El problema es que no tengo con quién hablar... salvo con una persona.

Cambio mi camisón por ropa de estar en casa y voy a la habitación de mi hermano. Toco tres veces y espero. No pasan ni dos minutos y Stephan abre la puerta.

—Caty, ¿todo bien? —me pregunta.

—Sí, pero... ¿puedo hablar con Anne?

Se hace a un lado, dejándome entrar, y lo hago. Su habitación es muy parecida a la mía, con divisiones para armarios y espacios cerrados para las camas. Lo que más me gusta son las paredes de color lila.

—Está en el dormitorio —informa—. Amor, Caty vino a hablar contigo.

La sigo y la encuentro sentada frente al espejo, aplicándose una crema en el rostro. Me sonríe y se gira hacia mí.

—Te levantaste temprano. ¿Todo bien? —pregunta.

—¿Podemos hablar a solas? —pido.

—Las dejo solas —dice mi hermano, cerrando la puerta tras de sí.

Ella le sonríe, y noto que están mejor que anoche.

—¿Resolvisteis la pelea? —pregunto.

—Sí. Pero... sabemos que tu madre no nos dará paz hasta tener un bebé de Stephan en sus brazos. —Suspira y pone la mano sobre su vientre—. Cuánto deseo que un bebé crezca aquí, Catherine. Lloro cada mes cuando me baja el ciclo. Es frustrante. —Se seca una lágrima—. Mientras veo a mi mejor amiga embarazada de su tercer hijo, yo aún no he conseguido el primero...

—Me da mucha pena por ustedes. Quiero mucho un sobrino, pero... sé que forzarlo no hará que pase. Mi tía siempre decía que las cosas suceden cuando menos lo esperamos.

Suspira.

—Sí, pero con la reina hablando del tema todo el tiempo, es difícil no sentirse presionada. Pero no quiero hablar más de eso. —Me toma las manos—. Cuéntame qué quieres decirme. Si pediste confidencialidad, es algo que no quieres que la reina sepa.

Bajo la cabeza, pensativa.

—¿Prometes que no se lo dirás a nadie? ¿Que será un secreto solo nuestro?

Frunce los labios.

—Por supuesto que sí, querida.

Quiero mucho a Anne y es la única mujer a la que podría contarle lo que estoy viviendo. Raíssa es muy amiga mía, pero... está castigada por haber llegado tarde el día del baile. No podría ayudarme en estas circunstancias.

—Yo... —Respiro hondo—. Me siento rara desde que tuve sexo por primera vez.

Ella frunce el ceño.

—¿Cómo así... rara?

Doy gracias a Dios por no haber empezado diciendo que ya no soy virgen.

—Tengo dolor —explico— en la vagina y en el vientre.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—El fin de semana pasado.

Anne frunce el ceño con más fuerza.

—Eso claramente es un problema, Caty —afirma—. Ninguna mujer pierde la virginidad y sigue con dolor por días.

Se sienta más cerca de mí, con una expresión de preocupación.

—¿Esa relación fue consensuada?

—Sí —afirmo de inmediato.

—¿Usasteis preservativo? Eso te protege de enfermedades de transmisión sexual y...

—Lo sé —la interrumpo, nerviosa.

Pienso un poco y me acuerdo de Lindon tomando el preservativo y colocándoselo en su enorme pene.

—Sí lo usó. Estoy segura.

Ella suspira.

—Como fue tu primera vez, necesitaremos llevarte a un médico...

—Pero aquí no. Si mi madre se entera, estoy perdida —digo —. ¿Hay algún lugar al que podamos ir? ¿Otra ciudad, bien lejos?

Ella me mira, pensativa.

—Tengo cita médica dentro de dos días... con el que lleva mi tratamiento de fertilidad. Dependiendo, puedes venir conmigo a Roma, ¿te parece?

—Sí, vamos.

—Voy a intentar adelantar la cita y le diré a Stephan que fue por un hueco en la agenda. ¿Está bien?

Asiento con la cabeza, agradecida.

Capítulo 12
Catherine

No tardó ni un día en conseguir esa cita de emergencia. En este momento, Anne y yo estamos en el jet de Safovia, rumbo a Roma. Empecé a disfrutar bastante volar desde que me mudé aquí, pero hoy, confieso que lo estoy odiando. El dolor empeoró por la tarde y ni siquiera quise almorzar.

Mi madre se preocupó y tuve que disimular para que no se pusiera demasiado encima de mí. Inventé la excusa de que Annelise había confirmado que saldríamos a comprarle un regalo por el Día de la Madre. De lo contrario, habría insistido en que me quedara en el palacio.

Ahora tendré que encontrarle algo bonito en Roma.

—Caty, no te preocupes. Sea lo que sea, el doctor Giuseppe Romano es muy paciente.

—Nunca me imaginé yendo a un ginecólogo hombre.

—Sé que puede parecer raro, pero es muy discreto y trata mi caso con bastante profesionalismo. Pero, independientemente de todo, si quieres, me quedaré contigo durante la consulta.

—Lo prefiero.

Llegamos a Roma y, como somos de la realeza, no pasan ni cinco minutos antes de estar frente al médico en el consultorio.

Puedo afirmar que nunca habría imaginado que un médico que trata solo mujeres pudiera ser tan guapo. Es alto, fuerte, y tiene ese aire de protector robusto que conquistaría a muchas. Especialmente con su voz firme y grave.

—Estoy aquí para atenderla, señorita.

Miro a Annelise y ella me alienta con la mirada a contarle lo que ocurre, y algo avergonzada —exclusivamente por ser él un hombre— comienzo a relatar mi mínima experiencia sexual.

—Entiendo —dice el médico tras escucharme—. Pero, ¿fue una relación consensuada?

No sé por qué todos me preguntan eso, pero aún así respondo:

—Sí, lo fue. Ambos queríamos y... sucedió.

—¿Su pareja sabía que usted era virgen antes del coito?

En ese instante, bajo la cabeza.

—Comprendo.

—Caty, deberías haberlo dicho. Podría haber sido brusco contigo y por eso estás así.

—Señora Annelise, lo mejor ahora es hacer un examen clínico para ver si hay algún trauma interno. —Se dirige a mí—. Catherine, puede ser algo doloroso para usted, pero es necesario. Su cuñada estará con nosotros, y no hace falta que se sienta intimidada. Haré lo posible por descubrir qué ocurre.

Lo que más quiero ahora es que este dolor desaparezca.

—Vamos a hacerlo, doctor.

La secretaria me indica que me quite la ropa y, después de hacerlo, me pongo una bata y voy a una sala de exploración cerrada. No es novedad para mí lo que vamos a hacer. Cuando llegué a Safovia, mi madre me llevó con su doctora, así que ya sé cómo son esos exámenes.

Anne me ayuda a sentarme en la camilla y coloco mis piernas en un soporte que me deja en una posición muy extraña, aunque al menos hay una sábana cubriendo mis partes íntimas, lo que me da un poco más de privacidad.

El Dr. Giuseppe aparece, enciende una luz y retira el paño que me cubre. Me observa allá abajo mientras yo muevo las puntas de los pies, completamente avergonzada.

—Catherine, voy a usar esto para ver el interior de su vagina.

—Está bien —respondo.

Me muestra el objeto, que se parece a un pico de pato. Ese aparato entra en mi cuerpo mientras Annelise permanece a mi lado, tomándome la mano y dándome confianza.

Apenas cinco minutos después, el médico dice:

—Ya sé qué es lo que ha pasado.

Se aleja, se quita los guantes para coger algo del armario y lo coloca en una bandeja de procedimientos médicos.

—¿Qué es? —pregunta Annelise, preocupada.

—Señora, ¿puede venir a mi lado, por favor? —pide él, y mi cuñada se acerca.

El médico vuelve a sentarse frente a mis piernas y entonces siento algo frío dentro de mí. Seguido de un dolor fuerte.

—¡Me duele! —me quejo, hundiendo la cabeza en la almohada.

Pero enseguida llega el alivio.

—Catherine, mire hacia aquí —me indica el médico—. Esto era lo que te causaba el dolor.

Hago lo que dice y veo el preservativo de Lindon atrapado en las pinzas del médico.

—¡Dios mío! —exclama Annelise.

Él apaga la luz y me ayuda a cerrar las piernas.

—Esperaré a que se vista y las veré a ambas en el consultorio.

Siento todo el cuerpo temblar de los nervios. Estuve días con un preservativo usado dentro de mí. Yo... ni imaginaba que pudiera ser eso, pero lo que me preocupa ahora es lo que el médico dirá.

Entonces me visto rápido y noto, por la mirada de Annelise, que ella también está preocupada.

—Bueno, tenemos buenas y malas noticias —empieza el médico cuando nos sentamos—. La buena es que no hay trauma interno.

—¿Y la mala, doctor? —pregunta Anne.

—El riesgo que implica el preservativo usado dentro de Catherine.

—¿Cómo así? ¿Qué riesgos?

Suspira y empieza a recetar algunas cosas.

—Aquí están los medicamentos para ayudar a tu cuerpo a recuperarse de la infección causada por un cuerpo extraño. Tendrás que hacerte todos los análisis de ETS, pero también hay un asunto que solo podremos confirmar dentro de unos días.

—¿Qué asunto, doctor? —pregunta mi cuñada.

—Existe el riesgo de concepción, ya que había semen en ese preservativo que quedó dentro de ti. No obstante, considerando el historial familiar, lo más probable es que no sea nada.

—¿Concepción? ¿Cree que puedo haber quedado embarazada? —pregunto, sintiendo que mi corazón late como un tambor.

Anne aprieta mi mano.

—Tranquila, no te pongas nerviosa —dice el médico—. El embarazo es el menor de los males. Lo que necesitamos es

confirmar que no hayas adquirido ninguna enfermedad. ¿De acuerdo?

Ni siquiera sé cómo responder ante esos riesgos. Pero sabiendo que, como príncipe, él debe cuidarse bastante, mi miedo ahora es haber quedado embarazada en mi primera vez. Eso no puede pasar.

***

Han pasado dos semanas y los exámenes de ETS no dieron nada. Ya tomé el antibiótico y el dolor ha desaparecido, pero sigo con el corazón en un puño, principalmente porque mi ciclo está retrasado.

Annelise dice que es por los nervios, pero lo que más deseo es que el test de sangre dé el mismo resultado negativo que los de orina que me hago cada mañana, en secreto.

Por indicación médica, me hice el análisis ayer y ya tengo el resultado en mis manos, aunque no tengo valor para abrirlo. Ahora mismo, Anne y yo estamos esperando una nueva consulta, pero si alguien va a leer ese resultado, quiero que sea el médico.

Entramos de nuevo y simplemente le entrego el sobre cerrado, más nerviosa de lo que jamás imaginé. Él lo abre y lee los análisis post-antibiótico. Enseguida, frunce el ceño, extrañado por algo en uno de ellos.

—Entonces, señorita Catherine. Tal como le había comentado antes sobre el riesgo, tengo que informarle que su prueba de embarazo ha dado positiva.

—¿Está seguro, doctor? —pregunta Anne, y pierdo completamente la capacidad de oír lo que ocurre a mi alrededor.

Siento como si hubiese salido de mi cuerpo y todo esto le estuviera pasando a otra persona. ¿Cómo yo, que solo tengo dieciocho años, quedé embarazada en mi primera vez? ¿Un hijo del

príncipe Lindon, que claramente no quiere nada conmigo, mucho menos un bebé?

¿Cómo es que...?

—Caty, es hora de irnos.

Anne me ayuda a levantarme.

—Señora Annelise, no olvide esto. Son las vitaminas prenatales.

¿Prenatales?

Que alguien me despierte, porque este es el peor sueño de mi vida. Esto no está pasando. No puede ser que en este momento haya un bebé creciendo dentro de mí.

Mi cuñada me lleva por la calle hasta el coche familiar y mi cabeza da vueltas; de repente, todo se apaga.

***

—Caty. Soy yo, Anne. Ya estamos por aterrizar en casa. —Me sacude suavemente—. Faltan pocos minutos para llegar a Safovia, pero tu madre te llamó y está preocupada por ti.

Abro los ojos y el pánico me invade. Entonces, de la nada, empiezo a llorar.

—Tranquila, querida. Todo se va a resolver —siento su caricia en mi cabeza, pero estoy asustada. ¿Cómo será mi vida ahora?

Al llegar al Palacio, lo primero que hago es correr a mi habitación, pero quien está frente a la puerta es Lucius.

—Caty. ¿Estás bien?

Solo asiento con la cabeza. No puedo contarle que estoy esperando un hijo de su hermano. En realidad, Lucius ni siquiera

sabe cómo volví a casa. Estuvo molesto unos días porque no le dije que regresé en taxi al palacio, pero luego lo olvidó y me perdonó.

—Lucius, ¿qué haces aquí?

—¿Y esa forma tan rara de recibirme? —pregunta—. Normalmente, te alegras de verme. ¿Qué pasa, Caty?

—Nada, solo... cansancio —respondo, forzando un bostezo.

—Entiendo, pero tengo novedades. ¿Podemos hablar?

Frunzo el ceño y de pronto, él se acerca a mí.

—Caty, ¿por qué estabas llorando? Tienes los ojos rojos.

—No es nada —afirmo, mintiendo.

—Habla conmigo. Somos amigos, ¿verdad?

Sí, lo somos. Pero este es el tipo de tema que no quiero compartir con nadie, ni siquiera con mi mejor amigo. Sin embargo, tampoco quiero mentirle a quien siempre ha estado a mi lado.

—Entra —le digo, abriendo la puerta de mi cuarto.

Él entra y cierra la puerta.

—Lucius, sé que es complicado, pero... no puedo contarle a nadie por ahora. ¿Puedes confiar en que, cuando llegue el momento, te lo diré?

Su mirada se queda fija en la mía, tratando de leer lo que oculto. Pero ni yo misma sé cómo poner en palabras lo que está pasando. Siento que, si lo digo en voz alta, se volverá real. Por Dios, deseaba tanto que el médico tuviera razón y que yo también tuviera dificultades de concebir como Annelise.

—¿Me lo prometes de verdad? —pregunta.

Asiento con la cabeza, volviendo a llorar. Él me abraza, diciéndome que todo saldrá bien.

La verdad es que ni yo misma lo creo. Un hecho es que no tengo ni idea de cómo serán mis días a partir de ahora.

Capítulo 13
Lindon

Yo sé que debería haberme olvidado de aquella chica, pero todas las noches habita mis sueños. Regreso como un corderito a aquella tienda blanca y la encuentro con un camisón blanco transparente, con sus rizos sueltos y sin ninguna máscara. En el sueño, la tomo junto a mí, follándomela de una forma muy diferente a como lo hago con las otras que he tenido.

Pero nunca termino el acto y me despierto jodidamente excitado.

No puedo tenerla. Ella no es ni jamás será mía. Sin embargo, mi polla quiere a esa mujer otra vez. Ya intenté follar con otras estas semanas que no la he vuelto a ver, pero confieso que ha perdido totalmente la gracia. Probé con una mujer más joven y muy parecida a Catherine, pero no valió la pena. El olor no es el mismo, el sabor es insípido y los gemidos están lejos de responder a la persona.

—¡Joder! —exclamo, lanzando un jarrón lejos en mi casa.

Ella prometió que jamás hablaría de lo ocurrido y yo afirmé que haría lo mismo, pero la última vez que estuve en Safovia, confieso que estuve buscándola por los pasillos del palacio, pero fue en vano.

Lo único que quería era fijarme en aquellos vestidos cortos que lleva y recordar la imagen de su delicioso cuerpo. Lo mejor sería tener otra follada con ella, pero no puedo, por culpa del tratado.

Ella está prohibida y siempre lo estará. Mejor mantenerme donde estoy, sin su presencia en mi radar.

—Estamos avanzando con Safovia, Lindon —comenta Liam, leyendo la última correspondencia del rey Adolfo.

—Eso espero.

—Es bastante reticente, pero estamos progresando.

—Sí.

Estoy con la cabeza centrada en Catherine y ni tengo paciencia para hablar con mi hermano.

—¿Quién es la mujer que tienes en la cabeza, príncipe Lindon?

—¿Qué? —pregunto, confundido.

—Lo que oíste —afirma. —Solo hubo una vez en que dejaste tu vida para enfocarte en un coño, y si eso está repitiéndose, o ella ha vuelto...

—Esa mujer jamás entrará en Diamantia —afirmo, con rabia.

—Te entiendo. Viendo lo que te hizo, pensaría lo mismo, pero si no es ella, ¿quién es la de esta vez?

Cierro los ojos, comenzando a sentir rabia de mi hermano. Qué cabrón, cómo me conoce. Sabe que estoy escondiendo algo, pero no quiero hablar de ese asunto. Catherine es mi secreto y de nadie más.

—No es importante, Liam. Creo que mejor deberías centrarte en tu trabajo en lugar de...

—¡Ya llegué! —dice Lucius, acercándose a nosotros, que estamos en la sala del rey.

Está un poco desaliñado, pero no parece que sea de forma positiva.

—Safovia no está bien este fin de semana —afirma, sin que ni yo ni Liam hayamos preguntado.

—¿Safovia no está bien o tu amiga no quiere salir contigo? —pregunta Liam.

—Caty está rara y no tengo interés en salir sin ella —confiesa. —Pero me dijo que pronto me contará lo que ha pasado. Yo qué sé, deben ser cosas de mujeres. No tengo cómo saberlo.

Cosas de mujeres... pienso. Tal vez esté como yo, pensando en aquel día. Si es así, no sería mala idea intentar recordar aquellos momentos, aunque sea contra todas las convenciones. ¡Joder! ¿En qué estoy pensando? Desobedecer un tratado que me obligaría a casarme solo para meterla en un coño delicioso que no he podido olvidar.

Debo estar loco de verdad para pensar en hacer una cagada de ese tamaño.

—Pero ya que no vas a salir con tu amiga, vamos a empezar a trabajar, Lucius.

Con mis padres de viaje, las responsabilidades de ayudar y educar al menor de los Stell han quedado para mí y para Liam. Ahora se nos ocurrió enseñarle finanzas, ya que pronto se mudará a su propia casa con sus empleados y todo lo demás.

Las horas pasan y nuevamente, llega una noche más. Tomo una de las fotos reveladas de su cumpleaños número dieciocho, que están en internet, y me masturbo en el baño, deseando estar dentro de ella. Al final, me arrepiento, sabiendo que aunque la desee, jamás podrá ser mía.

***

Pasa un mes y descubrí que Catherine decidió mudarse a Roma para estudiar artes plásticas. Quería haberla visto, pero no lo logré. En mi última visita, solo noté que la reina estaba desolada por no tener a su princesa cerca.

Lucius me dijo que este fin de semana, ella vendría a visitar a la familia, y por eso él...

—Lindon, tenemos que ir a Safovia ahora mismo —dice Liam, alarmándome al irrumpir en mi casa.

—¿Qué ha pasado? —pregunto, preocupado.

—Lucius fue arrestado y está siendo acusado de romper el tratado de los Tres Reinos. Tenemos que ir nosotros dos a Safovia inmediatamente.

Solo tomo mi cartera y sigo a Liam rumbo a Safovia. Al llegar allí, somos recibidos con austeridad por la guardia.

—Quiero hablar con el rey Adolfo —exige mi hermano. —Como rey de Diamantia, ordeno una audiencia real para que se revise la situación por la cual acusan a mi hermano.

Nos conducen al palacio, y lo que antes era simplemente caminar solos por este lugar, se transforma en algo que hace parecer que somos enemigos de Safovia. Eso me preocupa demasiado. En el viaje, Liam explicó no saber mucho, solo que recibió una llamada del rey esta mañana diciendo que Lucius no volvería sin arreglar lo que hizo.

Entramos en la sala del trono y el rey está como un león enfurecido. Camina de un lado al otro y nos lanza miradas de odio. Preocupante. Sin embargo, no puede ser sobre la virginidad de la princesa; si lo fuera, el arrestado sería yo, no Lucius. A su lado está Stephan, que también se muestra muy nervioso con nuestra presencia.

—Solo pedí una cosa en nuestro acuerdo, Stell —comienza el rey. —¡El honor, y vosotros os atrevisteis a deshonrar a mi hija!

Siento como si la sangre saliera de mis venas. Es sobre Catherine. Esa chica debió contarle a alguien y eso llegó a oídos del rey...

—Embarazada. El príncipe Lucius se aprovechó de la inocencia de mi hija, pero esto no quedará así.

¿Cómo que embarazada? ¿Estuvo con Lucius después de mí? ¿Fue eso? ¡Se las va a pagar!

—Necesitamos verificar esas afirmaciones, majestad —explica Liam. —Tenemos que hablar con nuestro hermano para poder ver la mejor forma de reparar el honor de su familia.

—¿Consideras que miento? —replica el rey. —Mi hija tiene mes y medio de embarazo. El único hombre que ha entrado en la habitación de mi hija es vuestro hermano.

¡Mes y medio, joder! El mismo tiempo que la fiesta a la que fuimos.

—¿Podemos hablar con él, majestad? —pregunto.

—Voy con vosotros —dice Stephan. —Pero que quede claro que no permitiré que huyan de la responsabilidad.

Stephan va delante de nosotros y sube hacia una de las habitaciones. La guardia abre la puerta y veo a mi hermano, que se alegra bastante con nuestra presencia.

Pedimos que cierren la puerta y Stephan se queda afuera.

—Tanto te dijimos que no te metieras con una princesa y ¿embarazas a una? —indaga Liam, indignado —Sabes que tendrás que casarte, ¿verdad?

—Liam, te juro por todo lo sagrado que nunca me acosté con Caty —afirma mi hermano, aumentando mis temores. —Somos solo amigos, pero... estoy dispuesto a ayudar a mi amiga. Si es necesario, acepto casarme y...

—¡Deja de decir gilipolleces! —exclama Liam. —Si no fuiste tú, que el culpable dé la cara. No vas a arruinar tu vida casándote con una amiga por conveniencia, ¿me entiendes?

Los dos siguen discutiendo mientras yo comienzo a hundirme en una desesperación desenfrenada. Si fui el único, ¿Catherine puede realmente estar embarazada de un hijo mío, no?

¡Joder! Necesito confirmarlo. Por eso, voy hacia la puerta y hablo con Stephan:

—¿Dónde está Catherine?

—¿Qué quieres hablar con mi hermana? —pregunta.

—Si acusa a mi hermano, necesito conocer todos los hechos para...

—Está bien —responde. —Tercera puerta a la izquierda.

Me alejo, voy hacia la dirección y toco dos veces. Entonces, se abre y veo a esa chica que habita mis sueños. Sin embargo, en este momento, lo que necesito es disipar una duda que pesa en mi cabeza.

—Necesito hablar contigo, Catherine —informo.

—No necesito hablar contigo, majestad.

Nuevamente me rebate, como tanto le gusta hacer.

—Pero yo sí.

Entonces, entro en su cuarto sin ser invitado. Sé que está mal, pero que se joda. Necesito respuestas que solo ella puede darme.

—¿Es mío? —pregunto, de una sola vez.

—¿Qué?

—Sabes lo que estoy preguntando, Catherine. ¿Es mi hijo?

—No —responde.

No sé por qué, pero eso me llena de una rabia incontrolable. ¿Quién fue el hijo de puta que la tomó después de mí?

—¿Quién es el padre? Sé que Lucius no es —digo, nervioso.

—¡Es solo mío! —afirma, pero percibo la ironía en su voz. —Ese hijo me pertenece solo a mí. ¡Lo hice con el dedo! ¡Y hasta dejé el preservativo dentro de mi cuerpo para que tuviera más efecto!

Veo lágrimas corriendo por sus ojos y me siento desesperado. Ni me di cuenta de la puta del condón. Estaba tan cabreado al descubrir que era ella la mujer detrás de la máscara que ni pensé en nada más.

—¿Por qué no me lo dijiste? —cuestiono.

—¡Este bebé es solo mío, Lindon! ¿Tú no pediste secreto? ¿No pediste que jamás contara a nadie lo que pasó entre nosotros? —Lanza mis propias palabras en mi cara. —Lo cumplí, por eso te digo que estoy embarazada sola. Este bebé es solo mío y...

—¿Qué está pasando aquí?

Entonces, la reina entra en la habitación de su hija, me ve y lo comprende todo en pocos instantes.

—¡Malnacido! —La reina me ataca con bofetadas y puñetazos.

—¡Mamá!

—Has plantado tu semilla en mi bebé. ¡Quieres quitarme a mi hija!

—Mamá, por favor.

—Grace, podemos resolver este asunto. Podemos llevarte a quitarte esa criatura y...

—No quiero eso —afirma Catherine. —Voy a criar a este hijo sola.

—Tu padre jamás lo permitirá, Grace. Ese desgraciado de los Stell va a quitarme a mi hija.

Ya no tengo paciencia para oír las locuras de la reina y me alejo. Me largo de ese nido de locos.

¡Qué mierda! Pensé que esto jamás me pasaría, pero... está embarazada de un hijo mío. Nunca quise eso de hijos y matrimonio, pero ya me veo casado y con un niño en mis brazos.

No puedo quedarme aquí, necesito desaparecer de este lugar inmediatamente.

Capítulo 14
Catherine

Ahora, la verdad ha sido revelada. El príncipe Lindon Stell es el padre de mi hijo, pero no quiero estar con él por nada del mundo.

¿Cómo es posible que un amor se vuelva tan amargo, verdad? Me trató como a una niña y me usó como si yo fuera fácil, pero lo juro: Lindon jamás volverá a tocarme.

Quisiera que él fuera solo un mal recuerdo de una primera vez, pero ahora... tendré un bebé que también es suyo.

—No te cases con ese hombre, hija mía. Sé que tu padre lo exigirá, pero no lo hagas. Serás infeliz lejos de tu familia, Grace — me ruega mi madre.

—Yo no quiero irme, madre.

La abrazo, recordando cómo fue que la noticia de mi hijo se esparció por el palacio. Stephan sospechaba que algo ocurría; cuando supo que Annelise no estaba embarazada y era yo quien tomaba las vitaminas prenatales, no esperó para contárselo a mi padre.

Mi cuñada se indignó, pero a partir de ahí, todo pasó muy rápido. Mi madre se desesperó al saber que su niña sería madre, y mi padre inició una guerra para descubrir quién podía ser, en verdad, el padre.

Por supuesto que no quería revelarlo, pero me sentí culpable cuando acusaron a Lucius. Él me dijo que, si era necesario, incluso se casaría, pero en ese mismo instante le dije que no quería un marido y que asumiría todo sola.

Sé que es imposible, especialmente por llevar una corona en la cabeza, pero lo que más me sorprendió fue encontrar a Lindon

tan guapo como lo recordaba, en la puerta de mi habitación. Claro que no lo dejé entrar y jamás permitiré que vuelva a romperme el corazón. Por eso dije aquellas cosas. Que se haga cargo de las consecuencias. Lo único que no quiero es que él sea mi marido.

—Caty, el rey te llama en la sala del trono —dice mi hermano.

—Stephan, no obligues a tu hermana a un destino tan terrible como estar casada con un Stell. Lindon Stell no la merece. Lo sabes bien.

—Pero madre, ¿por qué estás hablando de…?

—Él es el padre de esta criatura —revela. —Fue él quien manchó el honor de tu hermana y la dejó en este estado.

Stephan me mira y yo solo asiento con la cabeza.

—Hijo mío, no dejes que se marche. Su lugar es aquí. Lo sabes.

Mi hermano y yo nos miramos, y percibo decepción en su mirada. Sin embargo, no hay nada que yo pueda hacer al respecto. Entonces, lo acompaño mientras se dirige a la sala del trono.

—Voy a ordenar que liberen a Lucius —dice cerca de mí. —Pero tengo una duda: ¿cómo acabaste en la cama de Lindon Stell? Él nunca sube a las habitaciones. ¿Cómo puede ser el padre de esta criatura?

Jamás contaré lo que ocurrió. Como muchas veces me dijo mi madre, cuando no tienes respuestas, lo mejor es mantenerte en silencio, y eso es lo que hago.

Bajo y veo a mi padre mirándome con firmeza. Claramente, no me odia por haberme "perdido" tan joven, pero puedo ver la decepción en sus ojos. Yo tampoco esperaba quedar embarazada, sin embargo, después del susto inicial, sé que dentro de unos meses tendré un hijo no planeado.

—Hija, ¿el hombre que te desgració es Lucius Stell?

Odio cuando hablan del sexo de esa forma, pero jamás haría algo así con mi amigo. Lucius no tiene nada que ver con mis problemas.

—No, padre.

—¿El hombre que puso esa criatura en tu vientre está en Safovia?

Pienso unos instantes qué responder, porque lo que quiero es alejarme de todo este circo que es mi familia. Amo a mis padres, pero si pudiera elegir, dejaría de ser princesa y viviría mucho más feliz y tranquila. Por eso, escojo estas palabras:

—Padre, decidí asumir sola este... —comienzo a hablar.

—Padre, el desgraciado que dejó a mi hermana en ese estado se llama Lindon Stell —me interrumpe Stephan.

—¡Basta! —exijo.

Él me ignora y continúa:

—No sé cómo lo logró, ya que no se frecuentaban, pero mi madre, la reina, lo afirma, y su palabra no deja lugar a dudas.

—¡Lindon Stell! —exclama mi padre. —Un hombre mayor que... Que traigan al rey Liam aquí, ahora mismo.

Tomo a Stephan por el cuello de la camisa.

—¿Por qué me estás haciendo esto? —pregunto, angustiada.

—Caty, lo hago por tu bien. Dentro de unos años, me agradecerás por haber obligado a Lindon a asumir al niño y darle su apellido. Puede que ahora estés furiosa conmigo, pero algún día lo entenderás.

—Me estás obligando a quedarme con un hombre que no me quiere, que no siente nada por mí. ¿Cómo puede ser bueno eso, Stephan?

—El tiempo te dará las respuestas.

Estoy tan molesta que me entran ganas de llorar. Por eso, corro a mi habitación, que gracias a los cielos está vacía. Cierro la puerta con llave y me lanzo en la cama, bastante triste.

—Quería tanto que me amara, pero ahora, siendo obligado, jamás le gustaré —murmuro, con el rostro hundido en las almohadas. —Se acabó mi vida.

Entonces, me quedo dormida, intentando olvidar mis demonios.

***

Toc, toc.

—Caty. Soy yo, Anne. Por favor, abre. Estoy preocupada.

Me levanto, notando que es bastante tarde por la noche. Abro la puerta y veo a mi cuñada con una gran bandeja de comida para mí.

—Como estás esperando un bebé, debes alimentarte muy bien.

Ella coloca la comida en una mesa e insiste en que coma.

—Si has venido hasta aquí, es por algo. ¿Han decidido ya mi destino? —pregunto, tomando un trozo de pan.

—Más o menos. Tu padre se enfadó muchísimo y Stephan exigió que los hermanos Stell se alojaran en un hotel y esperaran hasta mañana para recibir una respuesta sobre toda esta situación. En este momento, están en ese hotel cinco estrellas, pero hay guardias presentes para que no intenten escapar. El único que puede salir es el rey. Los príncipes Lindon y Lucius están realmente retenidos en Safovia.

Me sorprenden los giros que están dando las cosas.

—¿Nadie me ha buscado? —pregunto.

—No. Están intentando restablecer el orden del acuerdo de los Tres Reinos, así que es prácticamente seguro lo que va a suceder a continuación.

Cierro los ojos, dejando que dos lágrimas rueden.

—No quiero casarme con Lindon Stell.

Ella me toma de la mano, dándome apoyo.

—Querida mía, hay momentos en los que las cosas suceden fuera de nuestra voluntad, Caty.

Niego con la cabeza levemente.

—Pero nadie puede obligarme a decir que sí, Annelise.

Ni se imaginan lo que les espera, pero conmigo no se juega.

—Sí, pero... creo que toda esa rabia tuya parece más bien una herida de amor no correspondido, Catherine —comenta, mirándome profundamente a los ojos color miel.

—¿Qué? —pregunto.

—¿De verdad crees que nunca noté tus miradas al príncipe Lindon? —pregunta. —No sé cómo lograste quedarte embarazada de él. Eso es un enigma que nadie puede resolver, pero que sientes algo por él, para mí es un hecho.

Cierro los ojos.

—¿Somos amigas o no? Una amiga no le miente a otra.

Pienso unos instantes y decido decir la verdad:

—¿De qué sirve que solo uno sienta? —pregunto, indignada. —No quiero perder mi vida al lado de un hombre que no me ama.

—Pero con lo que tú eres, no será tan complicado conquistar a un príncipe como él. Eres preciosa, sabes hablar sin preocuparte

por los modales de la realeza y... tienes un bebé en camino. Un hijo de ambos. Eso ayudará muchísimo.

Ocupo mi boca con un trozo de higo.

—Si yo estuviera enamorada de un hombre que nunca me ha amado, buscaría la forma de estar cerca para conquistarlo. Hazme caso, Catherine. Tienes más oportunidades de las que imaginas. Si llega la propuesta, acepta casarte con él.

Pensándolo un poco más, creo que voy a seguir el consejo de mi cuñada, porque como esposa, él tendrá que soportar mi presencia en su habitación.

Ahora es mi objetivo de vida: voy a hacer que ese hombre se vuelva loco por mí, pero jamás permitiré que me toque de nuevo, o no me llamo Catherine Grace Aurum.

Capítulo 15
Lindon

Claramente estoy teniendo un ataque de pánico. Desde el instante en que supe que Catherine está embarazada de un hijo mío, no consigo hacer otra cosa que no sea pensar en cuánto desearía estar soltero.

Liam ya me encontró y, en este momento, estamos en la habitación del hotel, esperando que amanezca para saber cómo vamos a resolver toda esta mierda.

—Ahora cuéntame. ¿Cómo fue que te tiraste a la princesa Catherine? Puedes decirlo todo, Lindon.

Estoy parado en el balcón de la habitación, en el piso veinte, pensando fríamente si vale o no la pena saltar desde aquí. Un hijo. ¡Joder! Está embarazada de un hijo mío. ¿Cómo no me di cuenta de que me quedé sin el preservativo? Hablé de la sangre de su virginidad y olvidé la mierda del condón.

—Lindon...

—Fue en una fiesta aquí en Safovia. Un baile de máscaras de casas que son del estilo swinger. Estaba diferente y muy buena. No pensé mucho, me volví loco por follármela. Solo me di cuenta de que era virgen cuando ya la estaba penetrando, Liam. Pero ella lo deseaba tanto como yo...

—¿No reconociste su voz? —pregunta.

—Se mantuvo en silencio la mayor parte del tiempo y yo estaba ciego de deseo, solo mi polla respondía por mí. Cuando descubrí quién era, me cabreé y le pedí que no dijera nada, porque no quería que esto pasara. Estaba tan preocupado por ser obligado a casarme solo por haberme acostado con Catherine, que ni noté la ausencia del preservativo.

Él me mira, sin entender.

—Así fue como se quedó embarazada —aclaro—. La puta del preservativo se quedó dentro de ella y ahora hay un hijo mío en camino. ¡Joder, voy a ser padre! Tú sabes bien lo que eso significa, ¿no?

Mi hermano asiente y me agarra por los hombros, alejándome del balcón.

—Sé que no lo querías, pero... de alguna forma, te gustó ella, ¿verdad?

—Jamás volveré a poner un pie en un lugar como ese —declaro, desolado—. Seré encarcelado por un grillete de oro. ¡Maldita sea!

Él me ayuda a sentarme en el sofá.

—Hermano, sé que no estás así solo por despedirte de tu vida anterior. En realidad, sabemos bien que estás así porque hasta hoy no resolviste tus asuntos con el pasado. Pero eso no volverá a pasar. Catherine puede ser muchas cosas, pero no parece del tipo que haría como la...

—Sabes que no quiero escuchar su nombre —lo interrumpo, hablando con firmeza.

Respiro hondo, pensando, pero no encuentro ninguna solución.

—¿Qué hago ahora, Liam? —le pregunto, mientras mis ojos se pierden en la nada.

—Vamos a descansar. Mañana pensaremos en algo y hablaremos con el rey, hermano.

Él se aleja mientras yo me quedo mirando las luces coloridas del cielo de Safovia, sin tener la menor idea de qué haré cuando amanezca.

***

—Lindon, sé que estás cabizbajo, pero aún no puedo creer que te hayas metido en una situación como esta —comenta mi hermano.

En este momento, estamos en la antesala, esperando que el rey de Safovia me llame por mi nombre.

—Ni yo, Liam.

Pasé años viendo a mis hermanos formar familia y tener hijos, para que, por accidente, yo me vea atado a esta chica mucho más joven que yo.

—Príncipe Lindon Stell, el rey le llama —me avisa la guardia.

—Voy contigo —dice Liam.

Ahora que mi hermano es rey, es más fácil que esté conmigo en muchos momentos, pero no puede ayudarme a librarme del lío en el que me metí.

Entramos nuevamente en la sala del trono y veo al rey y a su hijo, Stephan, esperándonos.

—Después de pasar la noche de ayer en vela pensando en la situación, veo que no hay mucho que se pueda hacer ante estas tenebrosas circunstancias —declara el rey de Safovia—. Deberá haber matrimonio, y debe celebrarse lo antes posible.

Lo que más temía ha sucedido. Nunca quise una esposa, pero algo en mí decía que este paso debía darse. Hay un hijo mío que no pidió venir al mundo en camino. Por eso lo sé: es imposible escapar del grillete de oro.

—Majestad, los tiempos son otros. ¿No hay posibilidad de que... —Liam intenta intervenir.

—Pido la palabra, majestad.

Entonces, sorprendiendo a todos, incluso a mí mismo, digo:

—Rey Adolfo, pido la mano de su hija Catherine Grace Aurum en matrimonio. Reconoceré mis actos y asumiré a mi hijo, que aún no ha nacido.

Toda la sala queda en silencio. Puedo sentir la mirada de Liam sobre mí, pero estoy haciendo un esfuerzo descomunal para actuar así, lo cual va totalmente en contra de mi naturaleza... Contra todo lo que he jurado durante años, pero... sé que solo así se resolverán los problemas del tratado, y el niño que Catherine lleva en su vientre, que no tiene culpa alguna, será un Stell y crecerá en Diamántia.

—Yo, rey Adolfo Aurum, acepto su petición, y ahora deberá hacérsela formalmente a mi hija y fijar la fecha antes de que... se note a todos el estado de Catherine.

Solo asiento con la cabeza y me retiro.

—¡Lindon! —mi hermano me llama y me habla en voz baja al oído—. ¿Qué coño ha sido eso? ¿Hablabas en serio o estás tratando de escapar?

—Me voy a casar —afirmo, respirando hondo—. Esta mañana te vi hablando con tus hijos por teléfono. No quiero que el mío crezca como un bastardo rechazado. Si el precio significa ir en contra de mi naturaleza para que ese niño tenga un apellido y sea heredero de Diamántia, lo haré.

Él suelta una carcajada.

—Quiero verte decir eso cuando intentes echar un polvo y haya un niño llorando en tu cuarto. Pero... no estoy aquí para distraerte. Cásate con Catherine y ya veremos qué pasa. Al menos, restablecemos la paz con Safovia.

Asiento con la cabeza y llamo a un guardia.

—¿Sabe decirme dónde está la princesa Catherine?

—Alteza, salió más temprano con una maleta.

—¿Cómo dice? —pregunto, preocupado.

—¡Joder! Huyó del compromiso. —Mi hermano se ríe—. Hermano, estás jodido.

—¡Ayúdame a encontrarla, Liam!

—Lo haré, pero ya me gusta mi cuñada.

El problema es que ella es mucho peor de lo que mi hermano piensa. Tiene razón: estoy completamente jodido.

***

Han pasado más de tres horas desde que hablé con el rey, pero no han encontrado a Catherine. La única información es que no ha salido de Safovia. Ya revisaron todas las fronteras, pero no está allí. El problema es que no la encuentran.

Perdí la paciencia y fui en busca de la dichosa alianza que debo tener. Ni siquiera elegí el modelo, le pedí a la vendedora que lo hiciera y pagué el precio. Ahora, estoy caminando por las calles de Safovia, con dos guardaespaldas tras de mí, y por coincidencia o destino, veo a mi futura prometida entrando a una tienda de dulces acompañada de una mujer que debe ser la prima de la que Lucius siempre habla.

Le envío un mensaje a mi hermano sobre mi hallazgo y voy tras ella.

Como la tienda es pequeña, la veo parada en una esquina, mirando los dulces. Me fijo en lo que está mirando y me sorprende el tamaño de los pirulíes de Safovia; son totalmente obscenos.

Juro que incluso leyendo la etiqueta, donde pone "pirulí tornillo", se parecen mucho más a la forma de una polla. Y de las bien grandes. La única diferencia es que son de colores, pero no hace falta tener la mente sucia para ver la semejanza. Hay uno del

tamaño del mío y otros dos tipos que son aún más grandes, pero... Joder, eso no cabe en la boca de una...

—Señor, deme dos del más grande de todos —dice ella, dejándome en shock.

Eso no cabe en su boca. ¿Por qué esta mujer...?

—¿Qué haces aquí? —pregunta, sorprendida al girarse y verme.

—¿Estás aquí por los pirulíes? ¿En serio?

Ella suelta esa risa irónica que me irrita profundamente.

—¿Es algún crimen que me gusten los dulces, Alteza?

—No, pero... ¿dónde estabas? —pregunto, cambiando por completo de tema—. Te busqué toda la mañana.

—Necesitaba unas vacaciones del palacio. Y tampoco quiero saber de otras personas que quieren decidir sobre mi vida —dice, pagando la cuenta y saliendo por la puerta mientras la sigo.

—¿De qué estás hablando, Catherine?

Ella muestra una sonrisa sin abrir los labios.

—De la bolsa que tienes en la mano —dice, mirando el logo de la joyería, donde está su anillo de compromiso—. Ni te molestes en pedírmelo. Mi respuesta es un grandísimo no. Busca una prometida que te quiera. Yo paso.

Gira sobre sus talones y sigue su camino. Perdiendo completamente la paciencia, la agarro del brazo y la arrastro al primer callejón que encuentro, ya que no quiero ser interrumpido.

—Si no me sueltas, voy a gritar —me amenaza.

Entonces la suelto, furioso.

—¡Solo quiero hablar contigo, Catherine! ¿Lo entiendes?

—¿Hablar de qué? ¿Del motivo por el cual, de la nada, el mismo hombre que dijo que yo era presa fácil, ahora dice que me desea y quiere casarse conmigo? ¿Eso es? —pregunta, irónica.

—¡Joder! ¡Solo estoy cumpliendo con el protocolo y tú estás actuando como una niña mimada!

—¿Ahora yo soy la niña? ¿Estás seguro? —replica.

—Claro que sí. Si no te hubieras lanzado a mis brazos desde el principio, ni siquiera estaríamos teniendo esta conversación.

Ella suspira.

—No sé en qué mundo paralelo vives para afirmar eso. —Me apunta con el dedo y dispara—: ¡Fuiste tú quien se acercó primero!

—Pero tú sabes bien por qué me acerqué —digo, acercándome más y apartando su dedo de mi cara—. Estabas vestida de ese modo.

—¿Qué modo, Lindon?

Estamos a centímetros de distancia mientras lucho internamente por no besar sus labios.

—¡Ni se te ocurra! —exclama, empujándome y caminando hacia la entrada del callejón.

De pronto, Catherine se detiene y se vuelve hacia mí, pero antes de hablar, me mira de esa manera que me desarma como ninguna otra mujer lo ha hecho jamás.

—Nunca más volverás a tocarme, Lindon. —La fuerza de su voz parece más débil, pero sé que si no tengo cuidado, me herirá con todo lo que tiene—. Y tampoco quiero casarme contigo.

Ella retoma sus pasos y yo juego mi carta.

—¿Quieres que nuestro hijo sea criado como un bastardo por tu terquedad? —pregunto.

Catherine se detiene y veo sus hombros elevarse y descender lentamente. Luego, se da vuelta, golpeando el suelo con sus zapatos y viniendo hacia mí como una furia. Joder. Es la mujer más guapa y sexy que he visto en mi vida.

—Escúchame bien: no me voy a casar para ser traicionada por un hombre que no me quiere —afirma con vehemencia.

—¿Y quién dijo que te voy a traicionar? —pregunto, confundido.

—Déjate de cuentos. No voy a ser tan idiota como para pensar que vas a volverte célibe después de casarte. ¡Mi vida vale más que eso, Lindon!

—Podemos hacer un acuerdo —digo, intentando convencerla.

Conociendo a la fiera, si le digo que este matrimonio es una imposición de su padre, es posible que desaparezca embarazada para no hacer algo en contra de su voluntad. Así que lo mejor es intentar convencerla de otro modo.

—¿Qué tipo de acuerdo? —pregunta, cruzando los brazos.

Intento pensar en una forma de que acepte, sin contar que solo follo con la misma mujer cinco veces como máximo, así que siento un escalofrío en la espalda cuando veo una sonrisa perversa brotar en sus labios.

—Matrimonio abierto...

—¡Nunca! —respondo, cortando su frase, pero claramente Catherine lo dijo para provocarme.

—¿Por qué no?

—No me provoques, chica... —amenazo, pero ella me ignora por completo.

—Después de que nazca el bebé y recupere mi figura, podríamos ir de nuevo a uno de esos bailes donde me encontraste

y...

La sujeto con fuerza contra la pared.

—¡Nunca más vas a pisar un lugar como ese, Catherine!

—Pero si tú vas, yo también —me desafía.

—¡Nadie va más! ¿Entendido? Ni tú ni yo. ¿Contenta ahora?

Ni siquiera sé en qué estoy pensando. Joder. Si realmente accedo a su pedido, después de cinco veces, me voy a dejar la mano en carne viva de tanto masturbarme para no engañarla. Debo de estar loco por pensar en esto.

—Sí, pero eso no significa que voy a aceptar tu propuesta de matrimonio.

Entorno los ojos, intentando leer lo que hay en los suyos, pero no puedo. Joder, nunca ha sido tan complicado leer los deseos de una mujer, pero Catherine parece haber sido hecha para llevarme la contraria.

—¿Por qué no, Catherine?

—No me voy a casar con un hombre que no siente nada por mí.

—¿Nada? —pregunto, más irritado que antes—. ¿Estás segura de eso?

Ella asiente con la cabeza, y entonces tomo la iniciativa de robarle un beso. Joder, es el hambre con las ganas de comer. Su boca es adictiva y desde el baile he estado intentando recordar el sabor de su beso, y es mejor que en mis recuerdos.

Dejo que mi lengua se sumerja en sus labios, mientras me excito y la vuelvo loca. Quiero que se desespere de deseo, tan sedienta como yo. Mis manos bajan hasta su culo mientras la presiono contra mí, para que sienta mi erección y sepa que la deseo.

Por eso, aunque no sea un matrimonio romántico como el de mi hermano, al menos tenemos lo mínimo: un deseo ardiente que

nos incendia en segundos. Claramente nos entenderemos.

—Te he demostrado mi punto, Catherine. Tenemos una química increíble, tú me deseas tanto como yo a ti. Eso es suficiente para que un matrimonio en nuestras circunstancias funcione.

Toco su rostro, mirando el tono miel de sus ojos.

—Así que, como tu prometido, quiero que me escuches y hagas lo que digo. El próximo fin de semana, estarás frente al cura y me dirás que sí. Serás mi mujer.

Dejo un último beso en sus labios, pongo la bolsa en su mano y me voy sabiendo que, aunque sea una fiera, descubrí la forma correcta de domarla.

Capítulo 16
Catherine

¡Soy una idiota!

Solo puedo considerarme así por haber dejado que Lindon me besara de ese modo prácticamente en medio de la calle. No fue solo el beso, me tocó de una manera tan intensa e implacable que puso en jaque todas mis certezas.

Afirmé que diría que no, pero estoy tentada a decir que sí. Dije que nunca más me besaría, sin embargo, deseo nuevamente su beso. Fue tan repentino que me tomó completamente desprevenida. No solo me robó un beso, sino que me arrebató el alma y todo el aire. Me dejó derretida, encendida y loca por que continuara donde había parado, pero el desgraciado solo lo hizo para demostrar su punto, con la intención de que lo aceptara.

¡Pues que espere sentado! Debe de haberse vuelto loco si cree que con un simple beso va a convencerme de casarme con él.

¿Química?

La única que va a ver será la de una bomba atómica explotando en su cabeza. Eso si no se me ocurre una idea más interesante en el camino. Como vive diciendo que soy una chica que lo irrita, ya verá bien cuánto puedo ser una niña-problema.

—Príncipe Lindon Stell, no sabes lo que te espera —murmuro, saliendo del callejón prácticamente marchando con mis pasos.

—Caty, ¿dónde estabas? Fui al fondo de la tienda y desapareciste —dice mi prima Ray en cuanto llego a la acera.

—Estaba... —pienso unos instantes— ¡aumentando mi nivel de estrés!

—¿Qué bicho te picó? Estabas tan relajada...

—¡Lindon! —aclaro—. También conocido como el príncipe que quiere obligarme a casarme con él. ¿Lo entiendes?

Ella empieza a reír mientras caminamos por las calles rumbo a la casa donde vive.

—Prima, pasé años escuchándote decir cuánto te parecía maravilloso el príncipe Lindon, guapo, sexy y...

—Lo sé, pero... es muy diferente de lo que imaginaba...

—Caty, estás así porque querías que se enamorara perdidamente de ti en el primer beso, y ahora estás furiosa porque sigue siendo el mismo mujeriego de siempre, aunque lograste llevarlo a la cama.

Bufé, sin querer darle la razón, aunque sé muy bien que la tiene.

—No voy a casarme sin amor... —empiezo.

—Lo sé...

—No quiero ser traicionada, Ray...

—Te entiendo.

—Pero está el bebé. Dios. No esperaba quedar embarazada en mi primera vez. Eso es mucha mala suerte.

—O también puede ser suerte. ¿Quién sabe si es el destino usando a un bebé para unirlos a ustedes dos? ¿Una princesa reencontrada y un príncipe descarriado?

La miro, extrañada por lo que acaba de decir.

—Amiga, creo que estás leyendo demasiadas novelas románticas. Solo digo.

Ella me empuja, molesta, pero enseguida nos entendemos y comenzamos a reírnos de mi trágica situación.

—Pero pensándolo fríamente, en parte ya vives una historia de libro. Descubriste a los quince años que eras una princesa...

—Y dentro de poco vas a querer darme un diario —ironizo.

—A ti solo te falta casarte con un príncipe encantado. —Se detiene—. Pero tu mejor opción es el príncipe de los descarriados.

Nos reímos aún más mientras cruzamos la verja de la hermosa casa que mi madre le regaló a mi antigua familia. Sé que como reina, que perdió la infancia de su hija por culpa de ellos, ya ha hecho demasiado, pero sé que lo que más pesó en su decisión fue haber presenciado el gran amor que tengo por mi tía y mi prima.

—Catherine, tu teléfono no deja de sonar. ¿Por qué no lo llevaste contigo? La guardia real vino a buscarte y mi única respuesta fue que habías salido con tu prima. —Se acerca a mi prima, sujetándola del brazo—. ¿Y por qué no respondes al teléfono? ¿Quieres matarme del susto?

—Mamá, perdón. No lo oí sonar.

—¿Estuviste todo ese tiempo sin mirar el teléfono, Raíssa? —pregunta, desconfiada.

—Es verdad, tía...

—¡No puedo creer ni una palabra que sale de tu boca, Catherine! —vocifera, furiosa.

—Tía...

—Ya no sé quién eres —acusa—. Desde que esa reina lanzó sus garras sobre ti...

—No hables así de mi madre...

—¿Madre? —pregunta—. Tu madre era Ivana, quien te dio la vida.

—No inventes historias, tía —la interrumpo—. Soy una princesa y hay una prueba que demuestra que el rey es mi...

—Estás más respondona que antes —declara con desdén—. Qué arrepentimiento haber roto mi promesa con mi hermana para que...

—La mujer que siempre creí que era mi madre fue quien me secuestró. ¿Cómo...

De pronto, me interrumpo al ver que mi tía agarra a Raíssa del brazo y la mete dentro.

—¡Entra ahora, Raíssa! Quiero tener una conversación seria con la princesa de Safovia.

Mi prima me mira, como suplicando ayuda, pero... lamentablemente, no puedo hacer nada.

—Ve a tu cuarto —le ordena.

Apenas cierra la puerta, puedo ver claramente el alto grado de decepción reflejado en el rostro de mi tía Inessa. No sé qué piensa que hice, pero si cree que me voy a arrepentir de haber ido tras mis derechos como princesa años atrás, está muy equivocada.

—Desde el día en que te conté sobre este lugar, dejaste de ser la niña dulce que siempre ayudaba en casa y comenzaste a transformarte en esta mujer arrogante que cree saberlo todo sobre la vida...

—Tía...

—¡Cállate, que aún no he terminado! Si todavía tienes algo de respeto por quien te crió, ¡quédate callada y escucha, Catherine!

Me contengo, pero sé que no me va a gustar en absoluto el rumbo que tomará esta conversación.

—Si ahora mi deber es llamarte princesa y ser considerada una escoria por las mentiras que escuchaste en el palacio, entonces no quiero que vuelvas a aparecer por aquí.

—¿De qué estás hablando? —pregunto, preocupada.

—De que tu presencia no es buena para nosotras. Mucho menos para Raíssa. Te has convertido en una mujer promiscua, sin control alguno. Y para coronar tu pésima educación, estás embarazada de un hombre que nunca te quiso, y ni siquiera hay planes de boda. Seguramente te entregaste como una cualquiera y ahora estás en ese estado. Por eso quiero que desaparezcas de nuestras vidas. Raíssa jamás seguirá tus pasos si estamos bien lejos de la influencia de este lugar.

—¿De qué hablas? —pregunto, angustiada, sintiendo un nudo en la garganta.

—De que la reina no necesita hacernos ese gran favor de acogernos en Safovia. Todavía tenemos una casa en Filadelfia y me llevaré a mi hija para que esté bien lejos de tu influencia.

—¡Tía, no hagas eso! —le ruego.

—Adiós, poderosa princesa Catherine Aurum.

Entonces entra en la casa y me cierra la puerta en la cara.

¡Dios mío! Irse y llevarse a Raíssa. Tengo que hacer algo.

—Abre la puerta, tía. Déjame explicarte.

Golpeo con los puños y, aunque tengo un hogar que me espera, siento como si me estuviera expulsando por completo de su vida y de la de mi prima. Las lágrimas caen mientras le ruego que me escuche, sabiendo que no bromea con estas cosas. Tía Inessa nunca había hecho esto conmigo. Siempre me trató con firmeza y amor, pero... siento que la decepcioné demasiado, y eso me duele profundamente.

—Tía Inessa, déjame explicarte —grito, llorando mientras golpeo la puerta.

Ella realmente está decepcionada de mí. Mis padres también, pero la revelación de mi embarazo dolió menos que ver el disgusto reflejado en el rostro de mi tía.

Sin embargo, si quiero que vuelva a mirarme como antes, tendré que cambiar algunas de mis actitudes y decisiones. Por eso, yendo en contra de mi orgullo, cambiaré mi respuesta sobre Lindon.

—Sí, me voy a casar —grito frente a la puerta—. Él ya hasta me dio el anillo de compromiso.

Saco la cajita negra de la bolsa y me coloco el anillo sin siquiera mirar la joya.

—El príncipe Lindon es el padre de mi hijo y se va a casar conmigo, tía —grito.

Me siento frente a la puerta, desesperada, mientras las lágrimas inundan mi rostro.

—Voy a ser una mejor persona, pero por favor, no se vayan y no me dejen sola en Safovia.

Espero que eso sea suficiente, al menos, para posponer el viaje. Pero puedo decirlo: por ellas, haría incluso más que esto.

Capítulo 17
Lindon

Hasta que la princesa diga que acepta el matrimonio, debo permanecer atrapado en Safovia. Mientras tanto, las horas pasan hasta el punto de que estamos aburridos en el hotel.

Wendy incluso quiso venir para estar con su marido, pero como Liam y yo estamos lejos, lo mejor era no dejar a Lucius como regente ni por unas horas.

En este momento, estoy esperando un mensaje de la realeza de Safovia que confirme que la princesa aceptó el matrimonio.

—Alteza, la princesa ha regresado al palacio.

Nos dirigimos en vehículo oficial hacia allí y me informan que vendrá a hablar conmigo en poco tiempo. Espero en la entrada de la sala del trono y la veo caminar en mi dirección, pero está claro que algo no va bien con ella. La fuerza y actitud, que son sus principales características, no están presentes, y sus ojos enrojecidos son indicios claros de que ha estado llorando.

—¿Qué ha pasado, Catherine? —pregunto, preocupado.

—Está todo bien —afirma, claramente mintiendo—. Yo solo... —Desvía la mirada y luego vuelve a hablar como si recitara un texto aprendido—. Príncipe Lindon, acepto su propuesta de matrimonio en la fecha que ha indicado.

—No quiero saber eso ahora. Dime, ¿qué ha pasado? —exijo, viendo que algo no anda bien.

—No es nada...

—Tienes los ojos rojos de tanto llorar. Dímelo y lo resolveré.

—No es necesario —afirma—. Ahora me retiraré porque estoy cansada.

Se da la vuelta y empieza a caminar, pero me acerco a ella.

—Catherine, ¿fue por el bebé? —pregunto, preocupado.

—No. Está todo bien, Lindon. Solo quiero dormir un poco. Después tendré que ayudar con los preparativos de la boda. Puedes decirle a mi padre que he aceptado, y tú y tus hermanos podéis regresar a Diamántia.

Sube las escaleras mientras yo me siento impotente ante su actitud. ¿Dónde está aquella chica insoportable que disfrutaba irritarme? Algo pasó después de que la encontré, y necesito saber qué es.

Vuelvo al hotel e informo a la familia que podemos regresar. Sin embargo, lo primero que hago es acorralar a Lucius para obtener más información, pero él está bastante reacio a ayudarme.

—¿Embarazaste a mi mejor amiga y aún quieres ayuda para conquistarla? ¿Es eso lo que he oído?

—¿Quién ha dicho que quiero conquistarla? —pregunto—. Tenía cara de haber estado llorando hace un rato. Solo me preocupé.

Mi hermano resopla y luego se lleva la mano a la nuca, como si estuviera pensando en algo.

—Habla de una vez. ¿Qué sabes del asunto?

Sus ojos, tan parecidos a los míos, muestran una expresión que me desagrada.

—¡Lucius! ¡Habla!

—¡Vale! Pero no digas que fui yo quien lo contó. —Me mira, esperando una confirmación que no puedo darle sin saber aún la raíz del problema—. Normalmente, salvo la vez que se enteró de que estaba embarazada, solo la he visto triste cuando discutía con su tía.

Me sorprende lo que dice.

—¿La hermana de la secuestradora?

—Sí —responde—. Sé que suena raro, pero le importa mucho lo que doña Inessa dice y piensa de ella.

Respiro hondo, intentando comprender el motivo.

—¿Durante cuánto tiempo estuvieron juntas?

—Toda la vida, pero... discutieron feo cuando se reveló la verdad sobre el origen de Caty. Fue su propia tía quien se lo contó, y eso creó un distanciamiento, pero... siempre funcionó como si doña Inessa fuera su madre... Incluso con todo el asunto del secuestro revelado.

Asiento con la cabeza, comprendiendo, y tomo una decisión llevándome a Lucius conmigo.

—Quiero que me lleves ahora mismo a la casa de esa mujer. Necesito tener una conversación muy seria con ella.

Él no se opone y nos dirigimos en vehículo oficial a la casa de la tal Inessa. No puedo decir que sea una casa humilde ni mucho menos. En realidad, es incluso superior a algunas de las que encontramos para familias de alto poder adquisitivo en Diamántia.

—¿Estás seguro de que es aquí? —pregunto.

—Sí. La reina le dio la propiedad a petición de su hija —explica.

Asiento brevemente.

Salimos del coche y camino al frente, con Lucius justo detrás de mí. No tarda nada en salir a recibirnos una señora con el pelo recogido. Primero, me observa, un poco asustada, y enseguida nota la presencia de Lucius. Inmediatamente, frunce el ceño.

—Alteza, no estoy dispuesta a hablar en este momento.

—¿Se llama usted Inessa, correcto?

Levanta el mentón de una forma bastante familiar.

—Y por el parecido, usted debe de ser el hermano del príncipe Lucius, ¿me equivoco?

—Sí, pero no solo eso —respondo—. En realidad, soy el prometido de su sobrina Catherine, y quiero hablar con usted sobre mi futura esposa.

—No hay nada que hablar, Alteza. Catherine ya demostró que ahora que es princesa, se ha adueñado de su vida y...

—Me gustaría hablar en un lugar cerrado. Lo que tengo que decir es de suma importancia, señora Inessa.

La mujer me mira fijamente, pensando si dejarme entrar o no. Hasta que, de algún modo, gano su batalla interna y me deja pasar por la puerta.

Lucius me acompaña y entramos en la casa. Entonces, la misma joven que vi con Catherine aparece y se detiene al verme.

—Buenas noches, Alteza.

Ella me hace una reverencia y luego saluda a Lucius, quien la aparta, sabiendo que mi conversación con la madre será muy seria.

—Dígame qué quiere, príncipe Lindon.

Escucho su voz a mis espaldas y empiezo:

—¿Qué le hizo usted a Catherine esta mañana?

—¿Yo? —pregunta—. No hice nada. Excepto mostrarle con palabras en la mujer en que se ha convertido. Crié a esa joven desde los cinco años como si fuera mi hija, y afirmo que mi Catherine jamás haría ni el 1% de lo que hace esta princesa. Catherine sale de fiesta con su hermano, se viste de forma promiscua, y la mujer que ahora llama madre solo sabe consentirla. Se quedó embarazada con dieciocho años. ¿Comprende usted lo perdida que está?

—Ella no está perdida —afirmo con voz serena—. Fue un único incidente el que dio origen a ese embarazo, pero no la dejaré sola y, si de verdad siente el afecto que sus palabras destilan, no debería hacerla sufrir, excluyéndola de su vida.

—No tiene ni idea de lo mucho que me ha decepcionado esa niña...

—Mi madre, la antigua reina de Diamántia, tiene cuatro hijos —empiezo a explicar—. Siempre nos decía cuáles eran sus sueños para cada uno de nosotros y cómo le dolía lo mucho que nos equivocamos en nuestras trayectorias. Lamentablemente, algunos errores causaron decepciones que trajeron consecuencias y culpa. Pero a pesar de todo, nunca nos faltó su amor.

La veo respirar hondo.

—Así que le digo: si en su pecho hay algo más que rencor, le pido que se reconcilie con Catherine. Como sabe, ella está embarazada de mi hijo, pero si prefiere aferrarse al resentimiento de un pasado que yo no comprendo, yo mismo le pagaré el pasaje para que regrese a Estados Unidos. También cuidaré de mi prometida, pero sepa que no tendrá permiso para pisar Diamántia, y dudo que alguien le permita volver a Safovia después de lo que ha hecho.

—¿Esto es un ultimátum? —pregunta, indignada.

—Entiéndalo como quiera —declaro—. Nuestra boda es este fin de semana, y aunque haya tenido a la reina como madre durante solo tres años, creo que mi prometida la echará de menos en ese día tan importante. Pero como dije, es una decisión exclusivamente suya.

Después de eso, me alejo y me marcho con Lucius, dejando a Inessa pensando en su decisión. De ahora en adelante, todo será responsabilidad suya.

Los días pasan deprisa y ya estamos en la mañana de mi boda, que se celebrará en Safovia. La reina prácticamente exigió que

la boda de su hija se celebrara aquí, y Catherine lo aceptó de buen grado. Como será su última noche en su hogar —ya que hoy mismo partiremos de luna de miel y, desde allí, a mi casa en Diamántia—, no me importó en absoluto.

En la familia, mis padres quedaron impactados con la repentina noticia del matrimonio del hijo que había proclamado a los cuatro vientos que jamás se casaría. El susto fue aún mayor cuando supieron de la existencia del nieto que crece en el vientre de Catherine.

Me enfadé mucho porque Liam se lo contó antes que yo, pero ya no hay nada que hacer. Solo aceptar las reprimendas y los consejos para llevar una buena vida como hombre de familia.

Yo, casado... esas palabras todavía pesan en mi cabeza. Saber que a partir de ahora solo tendré a una mujer en mi vida, y que, como responsable de mis actos, me volveré un completo célibe después de la quinta vez, me vuelve completamente loco.

Sin embargo, pienso en mi hijo, que fue concebido por un accidente, y es por él —o por ella, si es una niña— que estoy aquí, arreglándome para casarme.

En este momento, estoy ajustando los gemelos del atuendo formal de príncipe de Diamántia para subir al altar.

Recibo un mensaje en el móvil informándome que ya es momento de bajar.

Inmediatamente, siento mi corazón acelerarse, y palabras entrelazadas con recuerdos de un pasado que quiero olvidar comienzan a atormentarme. Entonces empiezo a caminar solo de un lado a otro, sabiendo que ha llegado el momento de la verdad.

Hasta que mis pensamientos son interrumpidos por un suave golpe en la puerta. Frunzo el ceño, preguntándome si realmente hay alguien del otro lado. Vuelven a golpear, y me acerco para ver quién es.

Apenas abro una pequeña rendija, alguien empuja la puerta diciendo:

—¡Lindon, no te cases con esa chica!

Nada menos que Ester Silver invade mi habitación y me agarra.

—¡Suéltame, Ester! ¡Por Dios! ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Déjala, amor mío. Yo soy la mujer de tu vida. Esa niña jamás podrá satisfacerte. Tú eres mío, y sabes que esa mocosa nunca te hará feliz...

Se estira para besarme mientras intento apartar sus brazos de mi cuello. Sé que podría tener un último polvo, pero no lo considero correcto. Si no tuviera un compromiso y fuera en otra situación, quizás ocurriría. Pero aquí estoy en la casa de mi prometida y no solo eso: con esta mujer ya alcancé la quinta vez hace más de un año. Así que no va a suceder.

—¡Lárgate de aquí! —digo con firmeza.

—¿Lindon?! —Finge una expresión de llanto, pero no me va a conmover de ninguna manera.

—Me voy a casar con Catherine y quiero que estés bien lejos de nosotros. Lo que pasó, pasó. No se repetirá, y quien será mi esposa es ella. ¿Lo entiendes ahora?

Las lágrimas le corren por el rostro, y me siento un poco mal por haber sido tan duro, pero era necesario. Ya había invadido el palacio de Diamántia buscándome; si no soy firme, seguirá interfiriendo en mi vida y en la de Catherine.

—Yo solo...

—Entiéndelo de una vez: fue solo sexo. Follamos mucho hasta llegar a la quinta vez, como te dije la primera vez. Pero se

acabó. No te quiero. Solo fue placer mutuo, pero tú te inventaste en la cabeza una relación que nunca existió.

Ella sorbe por la nariz, limpiándose las lágrimas, y aprovecho para echarla. Aún llamo a la guardia para que realmente desaparezca y no moleste a nadie más.

¡Por los cielos! Si Catherine llegara a ver una escena como esta, podría cancelar la boda y desaparecer en el mundo con mi hijo. Pero como está preparándose, creo que nunca sabrá nada.

—Alteza, ha llegado el momento de la ceremonia.

Era lo que me faltaba. La rubia con la que me acosté hace años me llama para llevarme al altar. Hago como que no la reconozco y salgo delante de ella, esperando que no actúe como la otra.

Espero que sea suficiente.

Capítulo 18
Catherine

—Estás más guapa que nunca, prima —dice Raíssa, mirándome con el vestido de novia más bonito que he visto, aunque demasiado cerrado en el escote para mi gusto.

—Eres la novia más hermosa de todas —declara mi tía Inessa, haciéndome sonreír.

Bueno, nos reconciliamos y estamos entrando en una etapa mucho mejor. Ella y yo decidimos olvidar los problemas del pasado, pero conservar los buenos recuerdos y todas las enseñanzas que me transmitió desde que se hizo cargo de mi educación. Me hizo tan feliz cuando apareció en la prueba de mi vestido de novia junto con Ray... Confieso que lloré como una niña.

Claro, a mi madre no le gustó tanto, pero no hay mucho que hacer. Amo demasiado a las dos: a mi madre, la reina Madelyne, y a mi madre, tía Inessa. Quiero tener a ambas cerca de mí, y también a mi prima. No solo a ellas: mi cuñada Annelise, que tanto me ha apoyado, también me está ayudando. Son las mujeres que necesito en mi vida. Sé que vendrán muchos desafíos de ahora en adelante, pero sé que con ellas podré contar.

—Prima, olvidaste los pendientes que te dio la reina para la boda.

—En realidad —afirmo, tocándome la oreja—, los tiene Annelise. Sube a su habitación y pídeselos.

Ella asiente con la cabeza y sale, dejándome sola con mi tía.

—La novia más hermosa que este reino ha visto. La preciosa Catherine.

—Gracias, tía.

—Estoy muy a favor de este matrimonio. Tú y esa criatura necesitáis protección, y he conocido a tu prometido, el príncipe. Aunque sea un poco mayor, está claro que es responsable para ayudarte, cuidarte y mantenerte lejos del palacio de Safovia.

Respiro hondo, pensando que, aunque ahora nos entendamos mejor que antes, hay secretos que aún no conozco. Ella guarda algo que todavía no sé...

—Tía, ¿algún día me dirás lo que me has estado ocultando todos estos años?

—Ya no tengo secretos, querida.

La miro con firmeza.

—Sé que sí —afirmo—. No sé qué es, pero tiene que ver con mi madre y con Ivana. Solo espero que algún día me digas toda la verdad.

Se acerca a mí, tocándome el rostro.

—Mi niña, hoy es el día que debería ser el más feliz de tu vida. O el segundo más feliz, pensando en tu bebé. Te vas a casar, y por eso no quiero verte así, pensando en el...

De repente, nuestra conversación es interrumpida por Raíssa, que entra en la habitación con expresión de espanto.

—Ray, ¿qué ha pasado? —pregunto.

Su mirada desesperada cae sobre mí, y en ese mismo instante siento algo malo. Algo que, de alguna forma, tiene que ver conmigo.

—Puedes decirlo, Raíssa —pido, ya imaginando que se trata de mi familia o de mi prometido.

Mi tía nos observa, esperando nuestro siguiente paso.

—Hija, ten cuidado con lo que vas a decir. Tu prima está embarazada y...

—Lo sé, mamá. Pero si fuera yo, también querría saberlo. —Se acerca a mí y toma mis manos—. Caty, sé que es horrible decírtelo, pero... creo que el príncipe Lindon estaba ahora mismo con una amante en su habitación de novio.

/La noticia me cae como un balde de agua helada sobre el cuerpo. Sé que no me ama, pero... ¿traicionar nuestro compromiso a minutos de la boda? Es demasiado.

—¿Estás segura? —pregunto, con la voz quebrada—. ¿No sería alguno de sus hermanos o...?

Ella solo niega con la cabeza.

—La mujer lo llamó por su nombre, prima —declara con pesar.

Involuntariamente, las lágrimas corren por mi rostro. Intento contenerme, pero no soy lo bastante fuerte.

—¡Mira lo que has hecho, Raíssa! —reclama mi tía.

Me abraza, tratando de consolarme, y yo solo deseo desaparecer y olvidar esta aventura en Safovia. Si no hubiera venido a este lugar cuando tenía quince años, no habría visto aquella escena erótica suya con una empleada, ni me habría obsesionado con Lindon Stell. Si eso no hubiera ocurrido, hoy no estaría embarazada de un hombre que eligió a otra mujer en la víspera de nuestra boda.

—Tranquila, prima. No llores así.

Sollozo, y en ese mismo instante llaman a la puerta.

—Es la hora de la novia —dice la organizadora.

—Tía, por favor —le pido, y no hacen falta más palabras para que vaya a la puerta y avise que necesito más tiempo.

Tiempo. ¿Cuánto tiempo es suficiente para olvidar que me estoy casando con un hombre que nunca me amó? ¿Que fui solo un accidente que terminó embarazada?

Sin embargo, como escuché en los comentarios de Annelise sobre su amiga, la princesa Lindsey, ella siempre decía que «las princesas no nacen para ser felices», y sin importar la rabia, el desprecio, la tristeza ni las ganas de estrangular a Lindon, tengo que casarme. Solo me quedaré hasta que nazca el bebé y lleve el apellido Stell. Después de eso, pediré el divorcio y que ese infeliz se acueste con cuantas mujeres quiera.

Pero antes, él sabrá muy bien quién es Catherine Grace Aurum.

Entonces me levanto, me quito el velo del cabello y rompo con las uñas la manga de encaje de mi vestido.

—Catherine, ¿qué estás haciendo?

Sigo rasgando, inmersa en la rabia por todos los errores que cometí. Por la locura que hice para que él me hiriera de esta manera. Deshago el precioso peinado que me habían hecho, porque mi prometido no merece una novia así.

—Catherine. —Ella me sujeta del brazo.

—Tía, ¿tú me amas? Si hago una locura, ¿seguirás amándome y apoyándome?

Ella toma mi rostro.

—¿Qué pasa por esa cabecita tuya, hija? —pregunta.

—Solo respóndeme —digo, tratando de secar las lágrimas.

—Claro que te amo. Puede que no esté de acuerdo con todas tus decisiones, pero sin importar nada, seguirás siendo como una hija para mí. Pero... dime, ¿vas a renunciar a esta boda?

—Aún no lo sé —respondo—. Necesito pensar en lo que hizo Lindon y...

—Él no podría haber hecho eso. Voy ahora mismo a decirle unas cuantas verdades a ese...

—¡Por favor, no lo hagas! —le ruego, y miro a Raíssa, que entiende mi actitud al instante—. Por más idiota, mentiroso y traidor que sea, es el padre de mi hijo. Por él me voy a casar, pero necesito un tiempo a solas con Ray para arreglarme.

Rasgo el final de la manga del vestido con furia, totalmente enfurecida.

—Está bien, bajaré al lugar de la ceremonia. No estaré a tu lado, pero... te apoyaré en lo que decidas.

La abrazo mientras cierro la puerta, quedándome sola. Entonces mi prima se acerca a mí con una percha cubierta con una prenda.

—¿Estás segura de que quieres usar esto? —pregunta, mostrándome la tela—. Me siento fatal por ser la que te contó esto...

—Ya imaginaba que no resistiría mucho tiempo a una mujer bonita, pero creí que al menos el día de nuestra boda me respetaría. Como no lo hizo —abro la cremallera del vestido—, voy a devolverle el golpe con la misma moneda.

—Se va a enfadar muchísimo cuando te vea con esto —comenta.

—Que arda de rabia —digo, secando mi última lágrima—. Pensé que hoy sería un día de paz y tranquilidad, pero mi prometido tenía otros planes. Ahora, que se prepare para mi plan B, que lo hará hervir de muchas maneras.

***

—Me queda un poco ajustado en la cintura, pero está precioso —digo, girando frente al espejo mientras observo la tela que parece una segunda piel, con encaje blanco en los puntos estratégicos.

Lo mandé a hacer literalmente como plan B, por si tenía que conquistar a mi futuro marido en la noche de bodas. Pero ahora, mi objetivo es otro: hacerle estallar la cabeza a Lindon. Puede ser de rabia por mi audacia o de celos, por todas las miradas que atraeré.

Mi deseo es que olvide por completo a cualquier mujer que haya conocido. Que sus pensamientos sean solo para mí. Si tengo que vestirme así para conseguirlo, que así sea.

—Sigues estando preciosa, pero... me parece demasiado atrevido para una boda real.

—Lo sé, pero esto es lo que mi maravilloso y fiel prometido merece. Lo deseará, pero nunca lo tocará.

Le sonrío. Sacudo mis rizos, porque ya no quiero llevar ningún peinado. Luego retoco mi maquillaje, eligiendo un pintalabios fuerte, y me levanto, ya subida a unos tacones blancos.

—El príncipe Lindon no sabe lo que le espera.

Ella me sonríe, y salgo del cuarto con la cabeza en alto, llevando un ramo de novia. Reduje bastante el volumen de flores, porque ya no combina con mi nuevo estilo.

Bajo las escaleras y veo a mi tía, que me mira, escandalizada.

—Catherine, ¿qué estás...

Decido abrazarla.

—Tía, por favor, solo apóyame. Más tarde entenderás mis motivos.

Faltan pocos instantes para desordenar completamente la cabeza de Lindon Stell.

Él va a lamentar haber elegido a una cualquiera en lugar de mí.

Hoy, ese príncipe recibirá una lección que jamás olvidará.

Capítulo 19
Lindon

—Está tardando mucho —le digo a Liam, que está a mi lado como padrino de boda.

—Que yo recuerde, las novias siempre se retrasan.

—Pero Catherine está tardando demasiado. Es extraño —argumento.

Él suelta una carcajada.

—¿Estás pensando que tu novia ha huido? —pregunta en tono de broma, pero al ver mi expresión seria, se detiene al instante y baja la voz—: ¿Crees que podría hacerlo?

Suspiro.

—Estoy preocupado. Esa mujer es bastante impredecible —explico—. Tú sabes lo que pasó al comienzo de la semana. Me pasé el día entero buscándola y...

—¿Pero no te dijo que aceptaba tu propuesta? ¿Hay algún motivo por el cual cambiaría de idea?

Vuelvo a suspirar, y eso basta para que mi hermano lo entienda. En ese instante, me agarra por el cuello del traje, me saca discretamente del altar y me susurra al oído:

—Joder, Lindon. No me digas que le pusiste los cuernos a la madre de tu hijo a pocas horas de la boda.

—No fue eso —respondo—. Pero... ¿te acuerdas de Ester, la que es vizcondesa?

—¿Qué pasa con ella?

—Esa mujer irrumpió en mi habitación suplicando que no me casara.

—¡La puta madre! —exclama.

—No pasó nada, pero... no sé si alguien lo vio. Me preocupa que se lo hayan contado a Catherine...

Él suspira, preocupado.

—Hay toda una diplomacia detrás del matrimonio de ustedes. Aunque ella crea que estuviste con otra, lo correcto sería...

—¡Ella no sabe casi nada de derecho nobiliario y menos aún sobre el Tratado de los Tres Reinos, Liam! —afirmo—. Estoy cagado de miedo de que desaparezca con mi hijo. Joder. ¿Por qué tuvo que aparecer Ester?

—Majestades, la princesa ha llegado —nos avisa un guardia.

Un alivio me recorre el cuerpo hasta hacerme temblar las piernas.

—¿Ves? No se ha ido. Así que cálmate, que todo va a salir bien hoy. Pero creo que después de la ceremonia deberías hablarle sobre quién es la vizcondesa. Las mentiras no son una buena base para una relación, y menos al principio.

Asiento.

—Lo haré. Después de la boda, en cuanto estemos a solas, se lo explicaré.

Volvemos a nuestras posiciones de novio y padrino, y entonces empieza a sonar la música. Pero todo se detiene en el instante en que Catherine entra por el pasillo del salón real, con el vestido más transparente que he visto en mi vida. Solo hay encajes que cubren sus pechos y el coño.

—¿Esa es...? —empieza Liam.

—¡La puta madre! —exclamo, olvidándome completamente del sacerdote, y lo primero que hago es quitarme la chaqueta oficial y lanzársela encima.

—¿Qué estás haciendo, Catherine? —pregunto, hirviendo de rabia.

—He venido a nuestra boda, Lindon —afirma, con una sonrisa irónica que me da un miedo de los mil demonios—. Creo que me vestí a la altura de las mujeres que te gustan.

Mierda. Ella lo sabe.

Suspiro, volviendo a mirarla.

—Puedo explicarlo. No sabes cuánto puedo explicarlo.

Ella entrecierra los ojos, tira la chaqueta al suelo y sigue caminando, dejándome aún más desesperado al ver que la parte trasera del vestido tiene un escote enorme que baja hasta el final de su columna.

Todos están observando el cuerpo prácticamente desnudo de mi novia, y sé que lo hizo solo para fastidiarme. Sin embargo, no me caso con un montón de cabrones mirando el culo de mi mujer.

—O te pones esto, o no habrá boda —le susurro al oído al detenerme a su lado.

Ella aprieta los dientes y acepta lo que le propongo, poniéndose la chaqueta oficial de Diamántia. Tengo unas ganas tremendas de estrangularla con mis propias manos y también de follármela por estar tan jodidamente sexy. Catherine me ha avergonzado frente a todas las monarquías, pero a pesar de eso, la deseo con locura.

Debo de haberme vuelto loco, pero la quiero intensamente y hay algo decidido: después de esto, no habrá fiesta de boda para ninguno de los dos.

Intercambiamos los anillos, pero noto que evita mirarme, lo cual me deja entre la rabia y el pesar. Debí haber ido tras ella antes de la ceremonia.

—Príncipe Lindon Stell, ¿aceptas a la princesa Catherine Grace Aurum como tu legítima esposa, para amarla y respetarla, en la alegría y en la tristeza, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte os separe?

—Acepto.

—Princesa Catherine Grace Aurum, ¿aceptas al príncipe Lindon Stell como tu legítimo esposo, para amarlo y respetarlo, en la alegría y en la tristeza, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte os separe?

—Sí —responde, pero veo que se pasa la mano por el rostro, limpiando una lágrima.

—Con el poder que me ha sido conferido, os declaro marido y mujer. El novio puede besar a la novia.

Me acerco a ella y le toco el rostro, levantándolo hacia el mío.

—Escúchame, vamos a hablar y... —Intento decir, pero ella toma la iniciativa y me da un beso casto antes de girarse para que todos aplaudan el enlace.

La tomo de la mano hasta la salida y entramos en la limusina nupcial, que se dirige a una gran zona abierta preparada para la celebración.

—Catherine, ¿no fue lo que crees haber visto?

—Ni te imaginas cómo me enteré, ¿verdad? —pregunta, enfadada—. Me das asco, Lindon.

—No me la follé ni la besé —afirmo.

—Claro —ironiza—. Entró a tu habitación solo para hablar del clima de Safovia. No, espera. Seguro fue para ayudarte a ponerte el uniforme de príncipe y...

—Obvio que quería algo, pero no pasó nada. Para que entiendas, no follo más de cinco veces con una mujer y la última fue

hace mucho tiempo.

Ella me mira con sus ojos color miel bien abiertos. Luego suspira, apartando la vista hacia la ventana sin decir palabra.

¡Mierda! ¿Qué coño estará pensando ahora? Los minutos pasan y el silencio persiste, dejándome inquieto.

—Catherine...

—¿Qué pasa, Lindon? —pregunta sin siquiera mirarme.

Me siento tenso al pensar en lo que esta mujer puede hacer con esa información. Catherine es impredecible, y eso me asusta muchísimo. Pero para continuar esta conversación, necesito que me responda, que me diga que ha entendido lo que le dije.

—¿Entendiste que no pasó nada entre esa mujer y yo? —pregunto, conteniendo el tono.

—¿Cómo se llama?

Se gira hacia mí, con una furia en los ojos que me hiela la sangre.

—¿Por qué quieres saberlo? —pregunto.

—Quiero saber quién es tu amante.

Pongo los ojos en blanco.

—¡La puta madre! ¡No tengo amante, Catherine! Ya me la follé, sí, pero eso ya no pasa más. ¿Lo entiendes ahora?

—¿Cómo se llama, Lindon? Cuanto más evites decirlo, más voy a pensar que me ocultas algo.

Me detengo unos segundos antes de responder:

—Es la vizcondesa Ester Silver —digo—. Antes de que pienses tonterías, es una viuda joven, pero ya no tengo nada con ella porque...

—Ya te la follaste cinco veces —completa mi frase—. Esa parte la escuché bien.

—Hemos llegado al salón, Altezaes —avisa el conductor, interrumpiendo nuestra conversación.

—No vamos a bajar —digo.

—Claro que sí —rebate ella, intentando abrir la puerta, pero lo impido.

—¡Lindon!

—Cierra los seguros y volvamos al palacio. Detente en la entrada trasera, lejos de los curiosos —ordeno.

Eso basta para que esta mujer hierva de furia, bufando y golpeándome el pecho con los puños.

—Puedes seguir golpeándome todo lo que quieras. No cambiaré de decisión. No vas a aparecer en ese lugar semidesnuda.

—¿Eso te molesta? —responde con la mayor ironía del mundo—. Es lo que te mereces.

—¿De qué estás hablando? Vas vestida con un camisón que apenas cubre tus pechos y tu coño. ¡Debes de estar loca por atreverte a salir así de tu habitación!

—Pero eso no te impidió casarte conmigo.

Respiro lentamente, intentando entender el motivo de tanta rabia, pero está claro que es pura emoción.

—Solo cumplí con el protocolo, Catherine. No imagines cosas —digo con firmeza.

—¿Imaginar? —pregunta, con esa sonrisa irónica en los labios que me inquieta—. Eso es lo único que vas a tener de mí de ahora en adelante. Porque, indiferente a tu regla de las cinco veces, a mí no me vas a tocar nunca más. Viviremos un lindo matrimonio de fachada.

—Ya te lo he explicado todo. ¿Qué más quieres, mujer? —pregunto, perdiendo la paciencia—. Si esperas un gran gesto de perdón por no habértelo dicho antes de la ceremonia, olvídalo. No soy así y repito: eso jamás va a pasar.

Ella suspira, cruzando los brazos.

—Lindon, solo estoy siguiendo lo que tú me dijiste —argumenta—. Sabes que nos casamos por culpa de un preservativo mal usado que me dejó embarazada. Y como ya dijiste que no quieres nada conmigo...

—Nunca dije que no quiero nada contigo, Catherine. Solo fui sincero al decirte que no me enamoro ni creo en esas cursilerías románticas. Es solo deseo y placer. Nunca te mentí sobre eso.

—Está bien. —Se encoge de hombros—. Tampoco siento nada verdadero por ti. Solo fue casualidad. Simplemente... tú fuiste el primero que apareció aquella noche en el baile y...

Por alguna razón, esa frase me golpea el ego y me deja una sensación horrible.

—Ah, sí. El primero que se te acercó —comento, recordando que esa noche ella me eligió. Sé que no fue casualidad, y con el tiempo, haré que lo confiese.

—Sí, tal vez si otro hombre me hubiese tocado, quién sabe si no estaría...

—¿No te gustó que te hablara de la vizcondesa, pero quieres que yo escuche hablar de un desconocido que ni siquiera existió?

—Son hipótesis, Lindon, y si...

En un acto totalmente impulsivo, la acorralo, sujetándola contra la puerta de forma que su rostro queda a centímetros del mío.

—¿Hipótesis? —pregunto, aspirando el aroma embriagador de su perfume.

—¿Qué estás haciendo? —susurra, con la voz más ronca que segundos antes.

—Nada. Solo probando tus hipótesis. —Paso los dedos por sus rizos, sujetándola por la nuca—. Esa de que no me deseas. —Rozo mi rostro contra su cuello—. Esa de que pudo haber sido otro quien te tocara si yo no hubiese estado... —Paso la lengua por el pezón que escapó del encaje—. También esa de que quieres que seamos solo una pareja de fachada...

La atraigo hacia mí, besando sus labios con deseo. Desordeno su cabello y hago el contacto más íntimo e intenso. Puede que no sepa mucho de romance, pero de placer, doy clases. Y esta mujer me desea más de lo que admite.

Sus manos se van a mi espalda, abrazándome mientras me susurra al oído que quiere más.

¿Fachada? ¡Mis cojones! Sé que es adictiva, y va a ser imposible...

—Hemos llegado —informa el conductor, interrumpiéndonos.

Me aparto, viéndola sentarse y limpiarse los labios con los dedos. Abro la puerta y la ayudo a bajar. Subimos a su habitación y, como ya estamos casados, no hay impedimento para quedarnos juntos.

Noto en el suelo retazos de encaje, pero prefiero no preguntar.

—¿No deberías darme algo de privacidad para cambiarme? —dice ella.

—No lo creo necesario, porque lo que más deseo es quitarte ese vestido indecente y consumar este matrimonio ahora mismo, en una follada que te hará correrte bien fuerte.

Entonces Catherine, mostrando realmente a lo que vino, se quita lentamente el vestido, lanzándome miradas seductoras y

quedándose solo con las bragas —si es que ese trozo de encaje blanco merece llamarse así.

Tengo que tener cuidado. Catherine se está convirtiendo en mi perdición, completamente irresistible.

—Pero para que el matrimonio tenga validez, ¿no tiene que consumarse, Lindon? —pregunta, sonriendo de lado.

¡Mi esposa está hecha una maldita provocadora!

Capítulo 20
Catherine

Sé que juré para mí misma que no me dejaría tocar, pero no puedo resistirme a su voz erótica. ¿Qué puedo hacer si aún estoy enamorada de este hombre? Sé que debería odiarlo, pero ¿cómo hacerlo cuando me ataca con sus besos mientras una de sus manos va hacia mi intimidad y la otra aprieta mi pecho?

—Eres una chica muy pervertida y necesitas aprender una lección, Catherine.

—Creo que soy una niña muy buena contigo, Alteza —digo, frotando mi trasero contra su enorme miembro, que ya está duro.

Me sujeta por el vientre, frotando su polla contra mí. La sensación es tan buena que siento que me humedezco.

—Bien mojadita, justo como me gusta —dice, introduciendo el dedo en mi canal—. Siempre supe que eras una puta que disfruta follar.

Lindon me levanta, sujetándome por la pierna, hasta apoyarme inclinada frente al tocador con espejo donde he pasado los últimos años cuidándome. Puedo ver su cara de pervertido y eso me excita y me vuelve loca por tenerlo dentro de mí.

Baja mi braga y empieza a dejar besos húmedos en mi espalda, hasta llegar a mi intimidad. Siento su lengua caliente recorriendo lentamente el lugar donde mi cuerpo clama por su atención. Se me escapa un gemido y, como reprimenda, me da una nalgada que me hace detenerme. Sus caricias continúan intensas y siento dos dedos dentro de mi canal, como si fuera su miembro dentro de mí, penetrándome. Sigue chupando hasta que empiezo a sentir que se acerca un orgasmo, pero justo en ese momento se aleja, dejándome frustrada.

—Lindon, casi estaba... —me quejo, pero me interrumpo de inmediato al sentir que me sujeta del cabello para acercar mi rostro al suyo.

—Calladita, que te daré lo que quieres, esposa.

Me suelta y me sujeto a la mesa, viéndolo bajar los pantalones y tocar su polla, que está dura como un mástil. Me agarra por las caderas y empieza a entrar lentamente en mí. Imposible decir que no me gusta. Aunque es bastante grande, lo deseo.

Sale y entra más profundo, arrancándome gemidos de placer.

—Tu coño es adictivo, Catherine.

Lo sigo mirando por el espejo, excitada al verlo follándome. Su camisa está abierta y puedo ver los músculos marcados de su pecho, mientras su cuerpo choca contra el mío con fuerza y agilidad.

De nuevo empiezo a sentir que un orgasmo se aproxima, pero una vez más, cuando estoy al borde, Lindon detiene sus movimientos y se retira de mí.

—Túmbate en la cama —ordena, quitándose la camisa.

Hago lo que exige y no tarda en subirse encima de mí y volver a penetrarme con prisa. Sus ojos azules se clavan en los míos, sin dejar de hundirse en mi cuerpo. Siento su mano tocando mi intimidad y no pasa mucho tiempo antes de que esté de nuevo al borde.

—Catherine, mírame.

Me llama y, en medio de la nube del deseo, me fijo en él.

—¿Qué pasa?

—Mi querida y deliciosa esposa. Puedes decir lo que quieras fuera de aquí, pero en el sexo mando yo y nadie más. —Sus embestidas se vuelven más intensas y pronto tengo un orgasmo tan

fuerte que me deja rendida en la cama—. Solo vas a correrte cuando yo lo diga. Así que no intentes decir que otro haría lo que yo hago, porque bien sabemos quién quieres que te folle.

Entonces, se levanta de encima de mí, aún con la polla erecta.

—Y para que lo sepas, aunque yo no me corra, esto cuenta como la segunda follada. Aún quedan tres, esposa.

Luego se va al baño y yo me quedo furiosa, golpeando los cojines por haber sido tan débil como para ceder y acostarme con él de nuevo.

***

—¿Estás lista? —pregunta Lindon, mirándome con un vestido blanco más recatado que el anterior—. Dijiste que querías ir a la fiesta, ¿no es así?

Tengo ganas de estrangular a Lindon. No debería haberme acostado con él. Fui débil, pero fue la última vez. Ahora tengo que controlarme y nunca más caer en la tentación de volver a la cama con el Lindon de las cinco folladas.

Qué rabia me da recordarlo decir que solo me quedan tres. Él no tiene derecho ni a una más. Haré lo imposible, pero ese hombre jamás volverá a tocarme.

—Necesitaba una ducha. ¿Querías que fuera oliendo a sexo a la fiesta?

—No veo el problema, todos saben que somos recién casados. Esperan que estemos juntos la mayor parte del tiempo follando en cualquier oportunidad que tengamos a solas.

Lo miro, irritada.

—Deberías estar más relajada después de correrte. Si quieres, podemos...

—¡No quiero! —lo interrumpo—. Ahora ya no se puede anular el matrimonio, ¿verdad? —pregunto.

—Ya lo consumamos. Solo con divorcio ahora, esposa.

Me echo perfume y salimos juntos hacia la fiesta. Por supuesto, llegamos muy tarde. Nos tomamos un sinfín de fotos y tengo el rostro cansado de tanto forzar la sonrisa. Hicimos el corte del pastel, el brindis, y tuve que disimular para no beber champán, para que nadie sospechara de mi verdadera condición de embarazada.

—Creo que el novio probó el postre antes de la fiesta —comenta mi prima.

En ese mismo instante, me pongo roja como un tomate.

—¿Será que todo el mundo piensa que eso fue lo que pasó?

Ella sonríe, negando con la cabeza.

—Volviste con él con otro vestido, recién duchada. Es obvio que pasó algo.

Me llevo la mano al rostro y en ese instante, el estómago se me revuelve.

—Necesito ir al...

En ese momento corro al baño y vomito el pequeño pedazo de pastel que comí más temprano.

—Prima...

—Catherine, ¿qué pasa? —escucho la voz preocupada de Lindon—. Háblame, ¿sí...?

En ese instante, me da otro mareo y ya no sé ni lo que estoy vomitando de lo mal que me siento. En cuanto me recupero, Lindon me toma en brazos y me lleva al hospital real de Safovia.

—Mi bebé. ¿Qué estás sintiendo? —pregunta mi madre, colocando la mano en mi rostro.

—Solo estoy mareada —digo, girando sobre la camilla de la enfermería, intentando dormir para recuperarme.

Después de un rato en silencio, empiezo a oír una conversación entre mi madre y Lindon.

—No puedes llevarte a mi hija de luna de miel en este estado. Necesita a su familia y...

—Reina Madelyne, su hija ahora es mi esposa. Hasta puedo posponer nuestra luna de miel, pero Catherine no se queda aquí. En Diamántia tenemos hospitales, y la realeza cuenta con los mejores tratamientos médicos de todos. Por eso, en cuanto reciba el alta, nos iremos a mi casa y no hay nada que usted pueda hacer al respecto.

Estoy agotada, pero sé que mi madre debe de estar hirviendo de odio hacia Lindon. Sin embargo, sabe que no puede hacer nada contra mi marido. Solo acatar su voluntad.

—Si mi hija...

—Tengo una mansión de duque muy cómoda y bien equipada. Su hija estará bien, al igual que su nieto, que aún no ha nacido. Solo necesito que se recupere para que podamos marcharnos.

Entonces, siento el beso de mi madre en la cabeza.

—Bebé, si me necesitas, puedes llamarme. Dejaré todo para estar contigo en esa tierra. Mamá te quiere mucho.

Me siento tan débil que no consigo responder. En pocos minutos, acabo durmiéndome en la camilla, esperando a que mejoren mis síntomas.

Capítulo 21
Lindon

¡Joder! No puedo decir nada, pero tengo un puto miedo de que Catherine tenga alguna restricción para el sexo, y otra vez pensé con la polla y ni siquiera se me ocurrió preguntarle al médico. Con mi suegra encima, todo se complica aún más. Solo cuando desaparece por el pasillo, consigo apartar al médico y soltarle mis temores.

—Alteza, desde que se reveló el embarazo de la princesa, hemos hecho todos los exámenes y no tiene ningún impedimento.

—¿Está usted seguro? —pregunto, angustiado—. Se mareó de la nada y...

Él sonríe.

—La princesa está en el primer trimestre de embarazo, es normal que tenga náuseas. Pero en el próximo trimestre, su esposa estará bien. Créame. Probablemente algo le sentó mal.

Recuerdo que tuve cuidado de no presionar su vientre ni nada parecido. La follé de perrito y luego en una posición tranquila de misionero. No fue nada intenso. Las nalgadas fueron en el culo, pero... ¡Mierda! Tendré que hablar con Liam sobre estas cosas de follar estando embarazada. Él es padre de dos pares de gemelos y debe saber qué se puede hacer y qué no.

—No fue intenso, solo... adelantamos la consumación del matrimonio. Eso fue todo. A lo mejor la sacudí demasiado y...

—Esas cosas son normales —confirma—. Tranquilo, Alteza. Mañana estará recuperada para regresar al reino de Diamántia.

Agradezco y me quedo en la enfermería, velando su sueño. En cierto momento, paso la información a la ama de llaves de que la

nueva señora de la casa llegará antes de lo previsto, así como las órdenes que deben cumplirse.

Pasa la noche, y termino durmiendo de forma incómoda en la silla. Cuando el sol empieza a salir, despierto al oír a una enfermera atendiendo a Catherine, que tiene peor cara que el día anterior y vuelve a vomitar.

—Su Alteza necesita beber agua... —indica la enfermera.

—No quiero nada. Todo me da náuseas —dice ella, acostándose en la cama y tapándose la cara con la sábana.

La enfermera me mira y me levanto, sentándome al lado de mi esposa mareada.

—Catherine...

—Déjame en paz, no quiero nada. Solo dormir y estar sola...

—Eso es imposible —explico—. Estás casada y embarazada. No existe la posibilidad de estar sola.

—Si tú no hubieras...

—Ya sé lo que vas a decir y no sirve de nada repetirlo. Sabemos que es imposible volver al pasado —digo, quitándole la sábana de la cara—. Ahora necesitas alimentarte para que podamos irnos a Diamántia.

Tiene sus rizos desordenados y una cara de mal humor que no se espera tras la noche de bodas, pero aun así sigue siendo hermosa, de una forma que no sé cómo describir.

—Lindon, ¿no entiendes que si como, voy a marearme y vomitar otra vez? —pregunta.

—Alteza, el médico recetó un medicamento para las náuseas —avisa la enfermera, entregándole una pastilla.

A regañadientes, se la toma y solo después de media hora consigue comer una fruta. No tarda en sentirse más fuerte. Así, al

final del día, nos estamos organizando para partir hacia Diamántia en avión.

—Mi bebé, iré a visitarte en cuanto pueda —dice la reina, abrazando a Catherine—. No tienes que preocuparte, voy a cuidar de ti, mi amor.

¡Joder! Casarse por obligación es una cosa, pero saber que tendré que soportar a una suegra pegajosa como la reina Madelyne Aurum es una mierda.

—Espero que honres tu juramento, Stell —exige el rey de Safovia.

—Lo haré, majestad —afirmo—. Catherine será protegida y cuidada a mi lado.

Él aprieta mi mano, confirmando, y luego va a hablar con su hija. Stephan y Annelise también se despiden de nosotros. La tía y la prima de Catherine también vinieron a despedirse, mientras espero todas las despedidas.

—¿Prometes llamar siempre que puedas? —pregunta la señora Inessa.

Catherine asiente y se abrazan. Luego la prima hace lo mismo y al final, toda la familia real. Tras muchas lágrimas, la llevo en mis brazos y por fin logramos partir con todo el equipaje de mi esposa.

Algunos empleados nos ayudan y la guardia real de Diamántia me asiste para subir sus cosas al jet de mi reino. Cuando nos acomodamos, veo a Catherine de pie, mirando por la ventana con lágrimas en los ojos.

Yo no viví esto, pero... entiendo que debe ser difícil despedirse de tu familia para mudarte a una tierra desconocida, al lado de un marido que hasta hace dos meses no conocías.

—Catherine, no tienes que ponerte así. Pronto podremos volver y ver a tus padres. No será una despedida permanente.

—Lo sé. Gracias.

Se acurruca en mi pecho y hago un gesto totalmente involuntario: rodeo sus hombros con el brazo, acariciándola. No sé de dónde vino ese impulso, pero... parece tan necesario. No solo para mí, sino también para ella.

***

Cuando llegamos a Diamántia, estoy sosteniendo a Catherine, que se mareó durante nuestro corto vuelo. Aunque sé que es normal, estoy preocupado. Ver a Catherine otra vez frente al inodoro me entristece.

—Vete de aquí, Lindon. Estoy horrible —pide, empujando mi pierna.

—No estás horrible, solo estás embarazada, y yo voy a cuidarte —digo, sujetando su cabello rizado—, aunque sea contra tu voluntad.

Ella cierra la tapa y tiro de la cadena. La ayudo a levantarse y luego se limpia el rostro. Espero afuera del baño del jet y ella sale conmigo.

—No quiero volver a quedarme embarazada —se queja, haciéndome reír—. Después de que nazca este bebé, no quiero tener ninguno más.

—Tu vientre aún está plano. Todavía faltan muchos meses... —comento.

—Precisamente. Si ahora ya estoy así, no sé si sobreviviré hasta que esta criatura salga de mí.

Se me escapa una carcajada.

—Dejemos que el tiempo pase, Catherine. Hasta que llegue nuestro niño, podemos pensar...

—¿Quién dijo que será un niño? —pregunta, limpiándose la boca—. Podría ser una niña... —hace una pausa— que me está dejando así.

—Es un niño...

—Podría ser una pareja —comenta, con una sonrisa ladeada.

Inmediatamente, siento un escalofrío en la espalda.

—¿Gemelos? No. Por Dios, ¡no! —me quejo.

La miro y ella sonríe.

—Te voy a llevar ahora mismo al médico para ver lo del medicamento y... quién sabe, tal vez descubrimos cuántos bebés hay ahí dentro —informo, ayudándola.

La llevo afuera, rumbo al vehículo oficial de mi reino. Vamos al palacio de Diamántia y en cuanto salimos del coche, la veo admirar la arquitectura de mi hermoso hogar. Entonces le susurro al oído:

—Bienvenida a Diamántia, Catherine.

Capítulo 22
Catherine

Ya había estado en este lugar antes, pero es distinto estar aquí sabiendo que tendré que vivir en Diamántia. La primera vez, solo hicimos lo que todos en la realeza llaman diplomacia real. Luego conocimos los puntos turísticos y nos marchamos.

Confieso que, en aquella época, ya me imaginaba cómo sería estar casada con Lindon, pero la realidad de llevar un anillo con su nombre es muy diferente a lo que mi "yo niña" podría haber imaginado.

Soñé muchas veces con la posibilidad de, algún día, oírle decir que me amaba, que yo era la mujer de su vida, pero confieso que duele escuchar de sus labios que lo que siente por mí es solo deseo y lujuria. No me trata mal ni nada por el estilo, en realidad fue muy atento al ayudarme con las náuseas durante el vuelo. Sin embargo, sé que si hubiera tenido la opción, si no hubiera sido obligado a casarse por orden de mi padre, sería mucho más feliz.

—Vamos, Catherine.

Él me toma de la mano, guiándome por los pasillos, un camino que aún no había recorrido. Bajamos escaleras y, cerca de unas ventanas iluminadas por el sol, entramos en una especie de vestíbulo.

—Alteza —lo saluda una joven con una reverencia.

—Avise al médico que mi esposa necesita ser atendida.

Inmediatamente, la mujer me mira tras observar a Lindon, y se le nota el brillo de la decepción en los ojos. Una de dos: o era una amante esperando la ridícula cuenta de las cinco folladas, o también vive un amor platónico por él. Sin embargo, me pregunto si

de verdad no se ha comentado nada por aquí sobre nuestro repentino matrimonio... Solo eso justificaría su reacción.

—Claro, Alteza —dice ella, alejándose y dejándonos a solas.

—¿Cómo te sientes? —pregunta, lanzándome esa mirada con sus preciosos ojos azules.

—Aún un poco mareada, pero solo quiero descansar.

Él me acaricia el rostro.

—Solo haremos un chequeo de tu salud. Después te llevaré a tu nueva casa y podrás irte a la cama.

Asiento con la cabeza, y en ese instante se abre la puerta y aparece un médico de casi la edad de mi padre para saludarnos.

—Príncipe Lindon y Princesa Catherine, pueden pasar.

Entramos, con Lindon sujetándome por la cintura, hasta sentarnos en las sillas frente al escritorio.

—Dígame, entonces.

—Mi esposa está embarazada y... necesitamos verificar su estado de salud.

—Pero Alteza... —empieza a hablar, probablemente pensando que nos casamos hace menos de veinticuatro horas—. Ah, sí —vuelve la mirada hacia mí—, ¿de cuántas semanas está?

—Menos de dos meses —responde Lindon por mí.

—¿Vas a dejar que hable, Alteza? —pregunto, irritada.

—Está bien —dice, levantando las manos en señal de rendición—. Lo siento, pero sabes que estoy preocupado.

—Tienes miedo de que haya más de un bebé dentro de mí.

—Claro, pero tus náuseas también me preocupan. No estás logrando comer nada.

—Pero estoy bien y...

—Sobre las náuseas de la princesa, al tratarse de una gestación reciente, es normal —dice el médico—. De hecho, muchas mujeres solo descubren que están embarazadas tras notar los primeros cambios corporales. Entre ellos están también la hinchazón en los senos, vértigos y en algunos casos, desmayos. Claro, también hay rechazo a ciertos olores y sabores, pero algunas presentan aumento de la libido.

—¿Aumento de la libido? —pregunto.

—Sí, el deseo es incluso positivo, ya que facilita si decide tener un parto natural.

—Aún no he pensado en eso —confieso, sintiendo cómo se me sonrojan las mejillas.

—Está bien, aún hay tiempo...

—¿Podemos hacer una ecografía para...? —indaga Lindon.

—Doctor, él tiene miedo de ser padre de dos al mismo tiempo —informo, intentando disimular la risa.

Claro que no pienso que cuidar de dos bebés a la vez sea fácil, pero si llega a ser así, sé que nos las arreglaremos. Sin embargo, lo que más desearía es estar esperando una niña, aunque aún es pronto para saberlo.

—Por supuesto —dice el médico, levantándose y entregándome una bata—, vaya al baño, quítese la ropa y póngase esto.

Me siento un poco intimidada, pero lo hago.

Al salir, Lindon está junto a la puerta para ayudarme. Subo al pequeño escalón, viendo cómo el médico coloca un preservativo en el aparato.

—Como es el inicio del embarazo, tendremos que hacer la prueba por vía vaginal —explica, aunque sé que habla más para Lindon, que se muestra curioso y bastante ansioso.

El médico introduce ese aparato frío dentro de mí y empieza a enfocar la pantalla oscura. Mantengo los ojos en la imagen, igual que Lindon.

—Aquí está el útero, y ese punto pequeño es su hijo, de aproximadamente ocho semanas.

—¿Un bebé? —pregunto, curiosa.

El médico ajusta algo en el aparato y se oye un sonido de latidos.

—Por el ritmo cardíaco, es solo un bebé.

—¿Es el corazón del bebé? —pregunta Lindon, claramente emocionado.

—Sí, él o ella tiene un corazón muy fuerte —explica el médico.

Luego retira el aparato de mi cuerpo y concluye el examen. Lindon me ayuda a levantarme y voy a cambiarme. Al volver, él está llenando al médico de preguntas. Pero en cuanto me ve, corre a ayudarme a sentarme.

—Doctor, estoy tomando un medicamento para las náuseas y...

—Su marido ya me informó de eso —dice él, entregándome otra receta, que Lindon toma antes que yo, causándome irritación—. Son sus vitaminas. El mes que viene deberá regresar para una consulta y un chequeo de rutina...

—Infórmeme la fecha y hablaré con Liam y...

—Yo quiero venir sola la próxima vez —digo, perdiendo la última pizca de paciencia que me queda.

—Catherine...

—No me dejas hablar. Quieres hacerlo todo por mí. ¿Qué soy yo aquí, Lindon? —pregunto.

—¡Está bien! —responde—. No voy a interrumpirte más. Cuando lleguemos a casa, hablamos.

Se recuesta en la silla y por fin puedo hablar con el médico. Le hago todas mis preguntas sobre cómo me sentiré en los próximos meses, qué puedo o no comer, y solo cuando me siento tranquila, me levanto.

—Alteza, es normal tener dudas. Usted es joven y tendrá un embarazo tranquilo. Solo este primer trimestre es más complicado.

Asiento con la cabeza y Lindon me sigue.

—Hasta el mes que viene, doctor.

Salimos del consultorio y vamos directamente a la salida lateral. La guardia de Diamántia escolta hasta un coche oficial. Durante todo el trayecto, Lindon permanece en silencio.

Llegamos a una calle arbolada y a una gran fachada imponente de piedras oscuras. Al cruzar la puerta, los empleados me observan con curiosidad. Me resulta extraña la manera tan formal con que se quedan quietos como estatuas de mármol.

—¿Mi habitación está lista? —pregunta Lindon a una mujer mayor, que supongo que es la ama de llaves.

—Sí, Alteza. Tal como ordenó.

Él simplemente asiente, tomándome del brazo para guiarme por el pasillo. Luego subimos las escaleras al segundo piso y abre de una vez una puerta doble, que revela un ambiente claro, pero aún así totalmente masculino.

Sin embargo, no tengo tiempo de fijarme, ya que él me sujeta por los hombros, señalándome con el dedo.

—¡Catherine, no vuelvas a hablarme de esa manera! ¡Te equivocaste por completo al montar un escándalo en el consultorio y...

—¿Monté un escándalo? —pregunto, sintiendo la rabia hervir dentro de mí—. ¡Tú no me dejabas hablar! Parecía que el que estaba esperando un hijo eras tú, ¡no yo!

—¡Estaba cuidando de ti! ¿No lo entiendes?

—¡Pero tengo voz, Lindon! ¡Estoy embarazada, sí, pero no me he convertido en otra persona solo por estar en tu reino! ¡Sigo siendo la misma y el que está equivocado eres tú!

Entonces, involuntariamente, empiezo a sentirme mal otra vez.

—¿Yo, equivocado? ¡Me preocupo para que no te hagas daño y...

—Lindon... —lo llamo, intentando sujetarme a su brazo.

—Catherine, ¿qué pasa...?

Entonces, todo se desvanece.

***

—¡Despierta, por el amor de Dios! —Siento a Lindon acariciarme el rostro mientras empiezo a recuperar la conciencia—. Ametista, llama al médico. Nunca se había desmayado y...

—Alteza, parece que e...

—¿Qué está pasando, Lindon? —pregunto.

Antes de que responda, me abraza con fuerza y besa mi cabeza.

—¡Gracias al cielo!

Luego mira a la señora que estaba en la entrada y dice:

—Llame inmediatamente al médico real. Catherine nunca se había desmayado y...

—Lindon, estoy bien.

—Necesitas ver a un médico —dice con firmeza—. No voy a estar en paz hasta que él me diga qué te pasó.

Suspiro, intentando incorporarme.

—Él mismo dijo que es normal. ¡Por el amor de Dios! Solo estoy mareada...

—No comiste nada —recuerda—. Vomitaste en el vuelo y estás en ayunas.

Entonces se aleja, dejándome sola en la habitación. Sé que lo conozco desde hace poco, pero... jamás imaginé que actuaría así... con tanta preocupación. Claro que tiene que ver con su hijo, pero... tengo que recordarme eso para no permitirme olvidarlo y volver a amarlo. Si no, otra vez me romperá el corazón.

—¡Frutas! —dice, entrando con una joven que trae una bandeja con manzanas, uvas y fresas.

Pero solo con verlas, el estómago se me revuelve.

—No quiero comer nada —digo.

—Tienes que hacerlo, o vas a estar aún más débil, Catherine.

—Quítalo de aquí, me está dando más náuseas, Lindon.

Me doy la vuelta y salgo al balcón de su habitación, que tiene una vista deslumbrante. Intento distraerme mirando la hermosa cascada de Diamántia, que se ve a lo lejos, pero pronto Lindon vuelve a molestarme, dándome mis vitaminas.

—Lo quité todo, pero... intenta comer solo una manzana —dice, mostrándome una bien roja—. Piensa en nuestro bebé. Necesita nutrientes.

Solo porque lo dijo de una forma tan tierna, me esfuerzo por comer. Después, me doy una ducha y voy a la cama, para relajarme un poco.

En medio de la noche, no sé si fue un sueño, pero puedo jurar que sentí su cuerpo abrazándome, un beso en mi frente, y susurrándome que cuidaría de mí y de nuestro hijo.

Capítulo 23
Lindon

La mayor impotencia del mundo es ver a Catherine mal y no poder hacer nada para ayudarla. Parece que desde el instante en que descubrí que está embarazada de mi hijo, toda mi fuerza se está desmoronando. Si se enferma o se siente mal, es como si me pasara a mí.

Por lo menos, después de las tres semanas que han pasado desde su llegada, parece que la intensidad de sus síntomas está disminuyendo. Menos mal que puedo observar su evolución, ya que compartimos la misma cama.

Al principio, incluso intentó decir que lo nuestro era de fachada y que no había necesidad, pero logré convencerla. Sí, Catherine aceptó, pero sé que cuando tengamos nuestra primera pelea —que sabemos que llegará— se inventará un motivo para que estemos distantes y en habitaciones separadas.

Lo increíble es que, aun quejándose de que soy mandón, ya he despertado muchas veces con ella acurrucada en mi cuerpo, usando mi pecho como almohada. Claro que no me importó. Por extraño que parezca, incluso para mí, he estado pensando demasiado en esta pequeña, al punto de que hasta mis hermanos lo han notado.

Todo empezó con Liam quejándose de que llamo más de cinco veces al día a mi ama de llaves para saber si está bien. Alegué que era solo por mi hijo, pero no sé si es solo eso. Suena estúpido, pero... ansío que termine mi día, ayudando a mi hermano, para volver a casa y dormir al lado de Catherine.

—Lindon, ¿me estás escuchando? —escucho la voz firme de mi hermano y ni me doy cuenta de lo distraído que estoy mientras miro las flores del jardín del Palacio Real de Diamántia.

—¿Qué pasa? —pregunto, acercándome a él.

—Estás pensando en ella otra vez, ¿verdad?

Resoplo.

—Está embarazada de mi hijo. Es obvio que me preocupo por su estado...

—No es solo en eso en lo que piensas. Las mujeres no necesitan de un hombre para gestar un hijo, solo para hacerlo, y eso ya lo hiciste.

—¿De verdad quieres enseñarme cómo se embaraza una mujer, Liam? —cuestiono, irritado, mientras camino hacia la sala del trono.

Paso por los pasillos, sin paciencia, escuchándolo reír detrás de mí.

—Sabes bien que no hablo de eso.

—¿Entonces de qué? —pregunto, girándome hacia él.

—De que estás empezando a enamorarte de verdad de tu joven esposa.

Suelto una risa involuntaria, rascándome la cara.

—No soy como tú, Liam —afirmo.

—Pero podrías ser feliz...

—¡Soy feliz! —digo—. Tengo la vida que siempre quise y...

—Sabes bien lo que te falta —dice, recordándome aquello en lo que no quiero ni pensar.

Trago saliva, sabiendo con total certeza que, aunque pasen los años, jamás saldrá de mi memoria. Me duele más de lo que podría haber previsto. Pero por su culpa, sé bien para lo que fui forjado.

—Catherine me va a dar un hijo. Eso es lo que importa ahora, Liam.

Él suspira.

—Espero que algún día entiendas que ese castigo autoimpuesto hiere a todos a tu alrededor, no solo a ti, hermano.

—Quiero terminar con este asunto. Ahora dime, ¿qué deseas, rey Liam?

***

—Príncipe Lindon, su pedido será entregado mañana por la mañana —informa el representante de Austria, país fronterizo con Diamántia.

—Eso espero. Lo necesitamos para continuar con las construcciones, por eso tenemos prisa.

—La madera estará en Diamántia antes del plazo.

Agradezco y me retiro.

Sin embargo, al salir de la sala de conferencias del hotel, noto la gran tormenta en el cielo.

—¡Mierda! —exclamo en voz baja.

Dos guardias me esperan.

—Alteza, nos informaron que el aeropuerto está cerrado. Tendremos que esperar hasta mañana para poder regresar.

Asiento con la cabeza, comprendiendo, pero me siento furioso. Es la primera noche que dormiré separado de Catherine. No obstante, no tengo otra opción.

—Voy a avisar a mi esposa —informo—. Vosotros avisad a vuestras familias. Nos quedaremos aquí hasta que el clima mejore.

Fue demasiado fácil explicarle a Catherine que estaría lejos esta noche. Lo entendió tan bien que, confieso, estoy desconfiado. Supe que allí no está lloviendo, y eso me inquieta aún más.

Solo espero que no piense que hay otra mujer en mi cama. Después del matrimonio, no me acosté con ninguna otra, y no fue por falta de propuestas. De hecho, bloqueé a muchas mujeres de mi móvil para que no hubiera sospechas de que tenía a otra.

Es verdad que no somos un matrimonio real en el sentido romántico, pero prometí honrar mi palabra en el altar. Si voy a follar, será con Catherine. La mujer adictiva, deliciosa, ardiente, que me hace desearla a diario, aunque sé que por ahora no querrá nada.

Cuando entro solo en la habitación, un destello del antiguo Lindon resurge, y hasta abro el sitio de las casas de intercambio de parejas de la ciudad, pero luego me viene a la memoria la imagen del cuerpo desnudo de Catherine pidiéndome que la folle, y por eso prefiero darme una ducha fría para apagar mi deseo.

Llevo casi un mes sin sexo y confieso que ya tengo callos en la mano de tanto tocarme pensando en ella. Jamás le pediría nada, sobre todo con las náuseas que ahora son menos frecuentes, pero que me volvieron loco en la primera semana.

Ahora, está logrando alimentarse correctamente, ha vuelto a ganar peso y no ha vuelto a desmayarse. En cuanto a la cuestión que mencionó el médico sobre la libido, realmente apareció, y me doy cuenta de que me desea cuando salgo de la ducha con la toalla en la cintura.

Catherine finge que no mira, pero sé muy bien lo que quiere. Siempre ha sido una pervertida deliciosa, y ahora que volveré a casa, le voy a dar nuestra tercera follada.

Capítulo 24
Catherine

Se quedó atrapado en otro país por culpa de la lluvia.

Ya sé lo que eso quiere decir. ¿De verdad cree que soy una tonta? ¿Que voy a creerle? ¿El mismo hombre que ya me ha dicho más de una vez que solo siente deseo por mí?

Un simple deseo. Así que, con ver a una mujer guapa y no embarazada por la calle, ya va a querer acostarse con ella y listo. Fin del deseo.

—¡Qué rabia!

Lanzo lejos su almohada y luego la mía, intentando apaciguar mi ira. Las lágrimas nublan mis ojos cuando pienso que en este momento debe estar besando el cuerpo de otra mujer, movido solamente por ese tal "deseo". Me odio por ser tan tonta de volver a enamorarme de un hombre que nunca me ha amado.

Quizá sean las hormonas, pero que Lindon me cuidara me afectó. Sentir el calor de sus brazos y... Quisiera tanto que estuviera aquí, pero seguramente está con alguna infeliz que hace todo lo que yo no hago por estar embarazada.

Entonces me tumbo en la cama con el rostro empapado en lágrimas, abrazada a las sábanas, tan dolida... pero cuando él regrese, no dejaré que me toque. ¿Tocarme oliendo a otra? No lo quiero, y mucho menos lo acepto.

Puedo estar casada con él, pero después de que nazca mi bebé, que ya está empezando a estirar mi vientre, me voy a separar e irme bien lejos del hombre que...

Entonces, escucho un sonido en el teléfono y veo que se trata de un vídeo de Lindon.

Me limpio el rostro con el dorso de la mano y abro el mensaje.

—Antes de que pienses alguna tontería, mira cómo está el clima aquí —dice, mostrando los rayos y la fuerte lluvia—. Espero que pases bien la noche, y si necesitas algo, puedes ir al palacio; la familia real te asistirá. Volveré en cuanto el aeropuerto abra. Buenas noches, Catherine.

El vídeo se termina y me siento culpable por haber pensado mal de él.

—Perdona a mamá, hijo. Me quejé tanto de tu padre y él solo está atrapado en otro país y bastante preocupado por nosotros —digo, tocando mi barriga, y después me esfuerzo por dormir en esta enorme cama.

***

En cuanto comienza la mañana, me cambio de ropa para salir a caminar alrededor de la mansión donde vivo. Una enfermera, contratada por Lindon, me acompaña y me ayuda con lo que necesito.

La peor fase está pasando y eso es maravilloso. Más tarde será la consulta médica, y espero que Lindon esté aquí para ir conmigo. Le dije que no lo quería cerca porque me irrita, pero creo que entendió que también necesito espacio con mi médico.

—Esa cascada es tan bonita, ¿no te parece, Solene? —pregunto a mi enfermera.

—Nunca me cansaré de vivir en Diamántia, princesa. Las bellezas de este lugar son increíbles.

—Tú naciste aquí, ¿verdad?

—Sí, estudié fuera unos años como muchos, pero en cuanto me gradué decidí buscar trabajo en nuestro reino. Por suerte, el

príncipe Lindon me contrató. Hace pocos meses que regresé y aún no había conseguido una plaza en el hospital general.

Sonrío, caminando.

—Para ti, debe haber sido raro crecer sabiendo que los príncipes vivían en el castillo, ¿no? Como si fueran inaccesibles, ¿cierto?

Ella extraña la pregunta, pero continúa caminando.

—Para mí no es nada raro. Claro, mis padres dicen que conocieron a reyes buenos, pero el rey Henry y el rey Liam son excelentes para nosotros. Pueden estar lejos, viviendo en el palacio, pero saben lo que el pueblo necesita. Siempre lo han sabido.

Suspiro, intentando comprender.

—Yo... supongo que lo saben, pero no crecí como princesa. De donde vengo, la libertad se gritaba a los cuatro vientos. —Sonrío —. Me chocó mucho todas las reglas de Safovia. Que una princesa puede hacer esto y no aquello.

Ella sonríe conmigo.

—Debe ser complicado vivir de una forma y tener que adaptarte a otra completamente diferente.

—Muchísimo —afirmo—. De hecho, siempre me pareció todo muy Edad Media.

Nos reímos hasta llamar la atención de las personas alrededor.

—Princesa, creo que deberíamos regresar —dice, dejando de reír al ver a una mujer rubia que camina decidida hacia nosotras.

—¿Quién es ella? —pregunto, sin gustarme nada su actitud.

—Alteza, es mejor que volvamos —aconseja ella.

Decido quedarme para enfrentar a la oponente que se detiene a pocos centímetros de mí y escupe al suelo, casi tocando mi

vestido.

—¿Así que tú eres la putita que le robó el príncipe Lindon?

—¿Cómo dices? —pregunto, entrecerrando los ojos ante la infeliz.

—¡Dios mío! —exclama Solene, nerviosa.

—Eso mismo. Puede que tengas un anillo suyo, pero es en mi cama donde se mete cada noche después de que tú te duermes.

Aprieto las manos en puños, intentando no dejar que los celos me dominen. Sé bien que Lindon tuvo muchas, pero esta desgraciada dio justo en mi punto débil: mi confianza en él. Al punto de que me pregunto: "¿Cómo es posible que un hombre que follaba casi todos los días esté aguantando casi un mes sin nada?"

Espero de verdad que esta mujer esté mintiendo, porque si mi esposo de fachada confirma esta historia, no sé qué haré.

—Princesa Catherine, vámonos. Es lo mejor para usted...

—¿Quién eres tú? —indago.

Ella sonríe con malicia.

—Seguramente ya te ha hablado de mí.

Observo su ropa provocadora y se me forma un nudo en la garganta. Pero no puedo dejar que sepa que me ha desestabilizado.

—No tengo ni idea de quién eres. Porque el pasado de mi marido no me importa —declaro, claramente mintiendo—. Estás mintiendo. Lindon es tan feliz conmigo que ya llevo un hijo suyo en mi vientre.

Toco mi barriga, y eso basta para que la mujer intente atacarme. En ese momento, mi poca diplomacia se esfuma: estoy a punto de darle unas bofetadas a esa infeliz, pero justo entonces, Lindon aparece y me aparta de esa loca.

—¿Qué estás haciendo cerca de mi mujer, Ester?

¿Ester?

Pienso un instante, y me basta para recordar que fue la desdichada que invadió su habitación el día de nuestra boda.

—¿Así que eras tú? —pregunto, presa en los brazos de Lindon—. ¡Suéltame, que voy a matar a esa mujer con mis uñas, Lindon! —exijo.

Ella intenta abalanzarse sobre mí, pero también está retenida por la guardia real.

—¡Catherine, no vas a hacer nada! —grita, casi en mi oído—. Ester, no vuelvas a acercarte a mi familia. Te lo he dicho mil veces: no quiero nada contigo. Y si vuelves a molestar a mi esposa, habrá consecuencias.

—Pero Lindon...

—Llévenla a su casa —ordena Lindon a la guardia, y se alejan—. Y tú vienes conmigo, Catherine.

—Alteza, yo... —empieza mi enfermera.

—Gracias por la ayuda, Solene. Tu mensaje fue crucial para resolver la situación sin consecuencias.

Miro fijamente a mi enfermera y paso delante de ella, caminando hacia la casa ducal donde vivo. En ese momento, solo quiero pensar y entender por qué carajo Ester vive tan cerca de nosotros.

Entro en nuestro cuarto, escuchando sus pasos detrás de mí. Sin embargo, me pongo a buscar mi ropa para darme una ducha mientras lo escucho resoplar con fastidio, aunque yo estoy peor. Pero antes de entrar al baño, se interpone en mi camino.

—¿Puedo pasar?

—¿Tienes idea de la mierda que ibas a hacer? ¿Se te olvidó que estás embarazada? —empieza a reprenderme.

—No me iba a hacer daño —rebato—. Solo quería arrancarle los pelos a tu amante hija de puta con las uñas.

—¡Tú no sabes eso! Esa mujer está loca y podría haber intentado hacerte daño a propósito. ¿No lo piensas?

—¡Me provocó, Lindon! —respondo—. ¡No lo entiendes!

—¿Que no entiendo qué? Estoy aquí todas las noches contigo, cuidándote a ti y a nuestro hijo, ¿y me sales con que pones todo en riesgo por...

—Dijo que ibas a su casa después de que yo me dormía... —confieso, nerviosa, con lágrimas en los ojos.

—Tú duermes encima de mí cada noche. ¿Cómo iba a hacerlo?

—Lo peor fue enterarme de que hizo de todo para impedir que te casaras, y entonces, yo...

Él toca mi rostro, regalándome la sonrisa más hermosa del mundo, esa que tanto eché de menos la noche pasada, en la que dormí sola.

—Pero no lo logró. Estoy aquí, mi preciosa, y no tengo intención de irme.

Lindon me abraza y su olor me reconforta el alma, pero enseguida me asalta el recuerdo de que ni siquiera nos besamos, y mucho menos hacemos el amor, lo que me deja aún más tensa y llena de dudas.

—¿Qué pasa por esa cabecita tuya, Catherine?

Es demasiado vergonzoso hablar de eso. Pedir sexo al marido de fachada. Entonces, para no pensar más, él suelta mi cintura y levanta mi rostro por el mentón, haciéndome mirar el precioso azul de sus ojos.

—Dímelo. No tengo la capacidad de leer pensamientos, pero puedo entender gran parte de lo que veo en tus ojos. Por eso sé que

aún me estás ocultando algo, Catherine.

—Lindon, yo...

—Puedes decir lo que quieras. No te juzgaré.

Desvío mis ojos de los suyos.

—Tengo una duda. Sobre ti... —empiezo.

—¿De qué tipo?

—Sobre... —Aprieto los labios antes de continuar—. La vaca de Ester dijo unas cosas que me hicieron pensar si...

—Sé directa.

—Llevamos casi un mes casados y... Lo que quiero saber es si estás acostándote con otra mujer...

Mantengo mis ojos fijos en los suyos, esperando alguna respuesta. Entonces, él cierra los ojos.

—No —responde de una vez.

—Lindon, yo...

—No me he follado a nadie desde que nos casamos. Sería un cabrón si te viera enferma y estuviera con otra, pero ese no es el punto, sino mi juramento. Si voy a meterla en alguien, será en mi esposa. ¿Contenta?

Inmediatamente, mi sonrisa de mujer boba y enamorada se expande. Tomo sus labios en un beso que expresa todo lo que siento por él... y que no deja de crecer.

Capítulo 25
Lindon

Regresé, un tanto loco, con la expectativa de encontrarla, y fue desesperante verla en un enfrentamiento con Ester Silver. Qué arrepentimiento siento por haberme follado a esa mujer.

Pero ahora tengo algo mucho mejor que hacer, algo que tiene que ver con esta pequeña deliciosa que no sale de mis pensamientos.

—Echaba de menos besarte, Pequeña —dejo un beso casto en sus labios—. ¿Te sientes bien para…?

—Sí, te deseo mucho, Lindon. Te eché tanto de menos.

Vuelvo a besarla y, a continuación, la levanto, apretándola contra mi cuerpo, llevándola a nuestra cama. Si con solo mirarla cada día me excito, ahora mismo no me aguanto el deseo.

Levanto su vestido, ayudándola a desnudarse para mí. Beso su cuello, dejando que mi lengua descienda lentamente por sus pechos, que claramente están más grandes. La hago recostarse sobre el colchón mientras sigo besando su pezón. Escucho sus gemidos, al tiempo que acaricia mi cabello.

—Esto es muy placentero —dice ella, excitándome aún más.

Le doy atención al otro pecho y bajo mis dedos hasta su braguita. Siento su humedad y simplemente la aparto a un lado, tocando su raja y haciéndola gemir y suplicar por más.

Me aparto, quitándome la ropa social que usé en el viaje, y solo cuando estoy completamente desnudo, me acerco a su rostro y le susurro al oído:

—Pídeme que te folle, Pequeña.

—¿Qué?

Chupo el lóbulo de su oreja mientras levanto una de sus piernas, para que sienta mi miembro duro contra su vientre.

—Solo tienes que pedírmelo y meteré mi polla en tu coño mojado, que está sediento de mí.

Me mira con una sonrisa boba en los labios que me hace sentir algo extraño, pero aun así, agradable. Catherine me vuelve loco de una forma única. Puedo notar que algo no está bien, pero nunca consigo prever la perla que saldrá de sus labios, y eso me intriga demasiado.

—¿Vas a dejar a tu esposa sedienta de tu polla, marido? —pregunta.

Cierro los ojos, riendo, dándome cuenta de que me ha puesto en jaque.

—Está bien, esposa. Vas a tener suficiente polla para recordarla por un buen tiempo.

Me acaricio un poco, pasando mi glande por su lubricación, y la penetro muy despacio. Nunca había sido tan placentero follar con una mujer. Me siento como un adicto, y mi droga es el coño de Catherine.

Puedo tener a la que quiera, pero solo quiero estar dentro de ella. Ninguna otra tiene relevancia ni ha significado tanto como estar dentro de Catherine.

—¿Es esto lo que quieres, pervertida? —pregunto, mientras la siento ensancharse para recibirme.

—Fóllame rico, marido. Soy tuya.

Siento sus manos acariciar mi torso definido mientras la follo con más fuerza. Mis labios se encuentran con los suyos, y en ningún momento salgo de su interior.

Normalmente, me gusta cambiar de posición durante el sexo, pero esta vez prefiero mantener mis labios junto a los suyos,

follando con fuerza su apretado coño.

Toco su clítoris cuando siento que estoy a punto de venirme. Siento su canal apretando mi polla, y eso es suficiente para que libere mi semen dentro de ella, gimiendo gravemente en su oído.

Siento su mano en mi trasero, empujándome más dentro de ella. La penetro un poco más, besando su boca.

—Creo que vas a necesitar una ducha —digo, haciéndola reír.

—Iba a hacerlo, pero… tuvimos otros planes.

Me retiro de su interior y luego la tomo en brazos, llevándola bajo la ducha.

—¿Vas a darme un baño, marido? —pregunta, con ese tono de pervertida que me vuelve loco.

—La ducha será solo el comienzo, Pequeña.

Abro el grifo y, en ese instante, empieza a tocar mi polla. No hace falta mucho para entender lo que quiere aprender. Me apoyo en la pared y Catherine se arrodilla ante mí, acariciando mi miembro. Luego, pasa la lengua por él hasta llegar a la punta. Después, abre la boca y deja que su lengua lo recorra lentamente.

Entonces, empieza a chuparlo, pero como soy grande, no le cabe entero en la boca.

Hace la felación de forma tan placentera que la ayudo, dejándola quieta mientras follo su boca deliciosa. Entonces, me sorprende intentando tragársela entera, y en ese momento me doy cuenta de que si no la detengo, voy a correrme.

Así que la levanto y la pongo inclinada, de espaldas a mí. La penetro sin piedad en su coño. La follo con vigor, dándole unas buenas nalgadas a esta pervertida. Le gusta que le pegue y me lo pide. Estamos follando bajo la ducha, mientras siento sus piernas temblar cuando se corre.

La penetro un poco más hasta descargar otro chorro de semen dentro del coño más adictivo que he encontrado en mi vida.

Luego la giro hacia mí y beso su boca con todo el deseo que estoy sintiendo.

—Creo que ahora sí podemos ducharnos.

***

—Lindon, llegamos tarde —se queja Catherine, vistiéndose con prisa.

Todavía tengo la toalla en la cintura, satisfecho y relajado después del sexo.

—No hay prisa, es el médico real, siempre está disponible para la familia.

—Aun así… No quiero que piense que no nos importa el control prenatal y…

Entonces, la tomo por la cintura y la beso.

—Relájate, esposa mía. Para todos, somos recién casados, y como ya te dije, se espera que haya retrasos y que aparezcamos con el cabello mojado.

Ella pone los ojos en blanco.

—Aun así, no quiero tardar en volver…

Sonrío.

—¿Ya estás planeando otra ronda de sexo sudoroso con…

De repente, su rostro se cierra y se aleja de mis brazos.

—No, pero… tengo que organizar la… biblioteca —dice—. Hay muchos libros fuera de orden y… es difícil encontrar.

Claramente está mintiendo, pero no entiendo el motivo. Catherine y sus grandes misterios.

—Vístete, Lindon. Yo ya bajo.

Se sienta en la cama, poniéndose los zapatos, y entonces me doy cuenta de que no será ahora cuando obtendré una respuesta suya.

Así que decido ponerme la ropa de trabajo. Poco después, bajamos juntos al vehículo oficial.

Cuando llegamos, somos atendidos de inmediato, y ahora estamos embobados mirando a nuestro bebé, que aún es muy pequeño.

—El bebé se está desarrollando bien —dice el médico—. Como mencioné, aún es pronto para saber si es niño o niña, pero…

—Lindon, creo que podríamos esperar para descubrirlo en el parto. ¿Qué te parece? —pregunta Catherine.

—Por mí está bien —respondo—. Sé que será un niño.

Ella y el médico se ríen.

—Mi marido, creo que estamos viendo a una hermosa niña, pero tú piensas que es niño.

—Entonces, hasta que nazca, podemos usar el apodo de Chris —empiezo—. Si es niño, será Christopher, y si es niña…

—Crystal.

Sonrío, asintiendo, y le doy un beso en los labios.

—De acuerdo. Solo cuando nazca sabremos si tendremos un hijo o una hija.

—¿Y sobre el tipo de parto? —pregunta el médico—. Ya tenemos una fecha estimada, pero dependiendo de la elección…

—¿Qué cambiaría si elijo un parto natural? —pregunta ella.

—Tendrá que vigilar su dieta para que el bebé no engorde demasiado en el útero y serán necesarios algunos ejercicios pélvicos…

—¿Quieres decir… más sexo? —pregunto.

—No, Alteza, me refiero a fisioterapia, con ejercicios enfocados en facilitar el parto.

Ella suspira.

—¿Y la otra opción es una cirugía, verdad? —pregunta.

—Exactamente. La ventaja es evitar los dolores del parto, pero si aun con todo no hay dilatación suficiente, tendríamos que hacer cesárea para garantizar la seguridad de la princesa y del bebé.

Eso me pone bastante tenso. Por mí, elegiría el parto más seguro, pero como ya se ha quejado de que me entrometo demasiado, esa es una decisión suya y debo apoyarla.

—Quiero un parto natural —dice, dejándome aún más tenso —. Lindon, espero que…

—Haré lo posible para que los próximos meses sean buenos y podamos traer a nuestro Chris al mundo con seguridad.

Sus ojos se llenan de lágrimas y me acerco, acariciando su rostro.

—¿Por qué lloras? —pregunto.

—Nada, yo… solo estoy emocionada.

—Todo irá bien con nosotros —la beso de nuevo, sintiendo esa cosa extraña y bonita crecer dentro de mí.

Capítulo 26
Catherine

"Escucho sus gemidos en mi oído, mientras Lindon sigue embistiéndome con fuerza en mi canal mojado y sediento de su polla.

Entonces, gira su rostro hacia el mío y me besa. Luego, apoya su frente en la mía y de sus labios salen las palabras que siempre soñé oír:

—No solo eres la dueña del coño más delicioso de todos, sino la mujer que amo. Me casé con la mujer de mi vida. Te amo, Catherine.

Sus labios cubren los míos en el beso más apasionado de todos los tiempos."

Así despierto, con el cuerpo en llamas, y me doy cuenta de que ya ha comenzado la mañana. Mi respiración está acelerada y Lindon sigue durmiendo, sin camiseta, de esa forma tan sexy que me encanta.

Dios, cuánto lo amo y... después de estos días, todo me dice que él siente algo por mí. Acostarme a su lado cada noche hace que todo sea aún más complicado para un corazón que solo quiere saber de él.

Por eso, intentando aplacar mi deseo, paso la mano por su espalda, despertándolo.

—¿Qué pasa…?

No creo que algún día diga esas palabras, pero ya que no puedo tener su corazón, haré que me ayude a calmar el fuego ardiente dentro de mí. Por eso, simplemente me quito la camisola y las braguitas, dejando claro lo que quiero.

—Tengo deseo —empiezo—, y solo tú puedes satisfacerlo.

Él sonríe, se recuesta, y yo empiezo a bajarle los calzoncillos para tocar su polla. Claro que ya está un poco dura, pero con mi boca la dejo en el punto exacto.

Me posiciono sobre su cintura mientras la introduzco en mi interior. Entonces, excitada y loca por él, empiezo a cabalgar su polla. Siento sus manos acariciando mis pechos, al tiempo que mi humedad aumenta.

— Cabálgame, chica traviesa.

Me da una nalgada que me vuelve aún más loca por él. Luego, siento su dedo en mi punto de placer y no tarda en hacerme llegar al orgasmo, sintiéndolo latir dentro de mí.

Entonces, Lindon me pone de lado en la cama y me penetra de una forma más suave —y muy buena también—. Me sujeta con más fuerza, pegando su torso musculoso a mi espalda, embistiendo con firmeza. No tardo en alcanzar mi segundo orgasmo y poco después, lo siento llegar al clímax, llenando mi canal con su semen.

—La mejor forma de despertar, Pequeña —dice, levantándose y yendo al baño.

En cuanto se cierra la puerta, me quedo tumbada, mirando al techo y pensando en todo lo que he aprendido sobre sexo con él. La semana pasada, lo hicimos dos veces más seguidas y...

—¡Mierda! —exclamo, sentándome en el colchón.

Ni me había dado cuenta, pero esta fue nuestra quinta y última vez. Después de hoy, aunque me sienta como hace unos momentos, no va a querer nada más conmigo y... no soportaría ser rechazada otra vez.

Ni dos meses de casados y su estúpido plazo ya se ha cumplido. No sé cómo se resolverá, pero no voy a arrastrarme por un hombre que no me quiere.

Por eso, decido ponerme el albornoz para que no vea las lágrimas en mis ojos. Mejor mantener distancia y... ¿quizá una nueva habitación? Sí. Otra habitación será necesaria para poder mantenerme alejada.

Busco una de las habitaciones de invitados y le pido a una de las empleadas que traiga mis cosas después de que el príncipe se marche al trabajo en el palacio. Ella se muestra algo temerosa, pero le digo que es orden mía y que, como esposa del príncipe, tengo voz en mi hogar.

Entonces, me ducho, extrañando el calor del cuerpo del hombre que amo, pero que ya no querrá nada más conmigo. Soy una tonta por haberle permitido conquistar de nuevo mi corazón.

***

—No me lo creo. ¿Cuándo vienen? —pregunto.

—Como mucho, dentro de dos días, prima. Pero siendo tú una princesa de Diamántia, es probable que el príncipe permita que traigas a tu familia al reino...

Suspiro, pensando en lo que hablé con Raíssa y con Lindon. Mi marido dijo que lo mejor era esperar un poco.

Quiera o no, voy a ayudar, y cuando lo pregunté, estaba en plena fase de náuseas. También está el tema de elegir la propiedad. Lo ideal sería sacar a esa infeliz de la enorme casa en la que vive y poner a mi familia allí, pero lamentablemente, Lindon no puede hacerlo.

—Deseo tanto que vengan. No hay mucho que hacer en Safovia. Sobre todo ahora que ya no estoy allí.

—¿Tú crees que… podrías ayudar? —pregunta—. Mamá quiere ayudarte a cuidar del bebé.

Sonrío, con nostalgia de mi familia. A pesar de las revelaciones, Raíssa es mi prima y tía Inessa es mi madre de corazón.

—¿Y la reina? ¿Se ha aparecido por ahí? —me pregunta—. Con lo loca que está por ti, seguro que va seguido.

Me viene a la mente la reina Madelyne y sus visitas.

—Ha venido dos veces, pero Lindon siempre consigue que se marche.

Ella ríe al otro lado.

—Seguro que la reina odia a su yerno.

—Siempre se va diciéndome que, si quiero, las puertas del Palacio de Safovia están abiertas.

Raíssa estalla en carcajadas.

—Te está marcando la ruta de escape por si no funciona con el hombre que amas.

Una sonrisa triste se dibuja en mis labios, recordando la mañana de hoy y nuestra quinta vez.

—Sí, pero hay algunas cosas que...

De repente, se abre la puerta de mi habitación y aparece Lindon, furioso, pero no me interrumpe. Aun así, con solo sentir su mirada, deja claro que tiene algo importante que decir.

—Ray, ¿podemos hablar más tarde? Necesito resolver algo.

—Claro, luego hablamos. Besos, hasta pronto. —Raíssa cuelga la llamada.

Me acerco a él, que permanece claramente irritado, con los brazos cruzados, mirándome. Me imagino el motivo, pero no quiero ilusionarme pensando que echa de menos tenerme en su cama.

—¿Qué pasa, Lindon? —pregunto con voz suave.

—¿Por qué saliste de nuestra habitación?

—Lindon…

—Estábamos follando esta mañana, de repente desapareces y, por la tarde, Ametista me dice que pediste cambiarte de cuarto. Dime, ¿qué ha pasado, Catherine?

—Cinco.

—¿Qué coño es cinco? —pregunta, aún más irritado.

—Ya llegamos a nuestra quinta vez.

Se queda mirándome.

—Por eso creo que es mejor quedarme aquí, lejos de ti. Como la regla es tuya, solo estoy...

—¿Entonces solo es eso? —pregunta, interrumpiéndome y acercándose.

—Dijiste que no te gustaba...

—Shhh...

Él me sujeta de la cintura y besa mi boca con deseo, llevándome al cielo, y luego acaricia mi rostro.

—Como la regla es mía, puedo romperla cuantas veces quiera. Las nuevas reglas son las siguientes: si uno de los dos quiere follar rico, como solo nosotros sabemos hacerlo, lo haremos. Puede ser la sexta vez o la número doscientos... La otra es que ninguno de los dos se irá del cuarto enfadado por algo no conversado. Y la última: nadie se mete en lo que hacemos ni en nuestras decisiones.

Me agarra el trasero, apretándome contra él, mientras siento mi vientre rozar su polla dura, que tanto adoro.

—¿De acuerdo, esposa?

—Claro que sí —respondo, sonriendo.

—Perfecto. Ahora, vuelve a nuestra habitación y quédate desnuda en nuestra cama. Voy a follarte bien ese coño delicioso.

Lo beso, rindiéndome aún más a él, y regreso a nuestro cuarto, haciendo lo que me ordenó. Luego, él también vuelve, cargando mis maletas, que quedan tiradas en el suelo del cuarto mientras follamos más de una vez, hasta quedar saciados de tanto placer.

Al final, dormimos abrazados, mientras siento su mano sobre mi pecho, donde está el corazón que solo sabe amarlo, aunque no sepa si algún día será correspondido.

Capítulo 27
Lindon

Meses después.

—Estás animado esta mañana, Chris —le digo al sentir la patadita del bebé en el vientre de Catherine.

Me desperté al lado de mi esposa, que aún duerme de lado, mientras mi mano reposa sobre su vientre, ya abultado con más de ocho meses. Falta muy poco para el nacimiento y no veo la hora de conocer la carita de mi hijo.

Aún no sabemos si es niño o niña, simplemente lo llamamos Chris, por nuestro acuerdo. En cuanto llegue el momento, que ya está casi más allá de la fecha prevista por el médico, lo descubriremos.

Acaricio su vientre y empiezo a hablar con el bebé.

—Chris, falta muy poco para que llegue tu hora. Vas a conocer a tu papá, que soy yo, y a tu mamá, que es muy guapa. Tiene el pelo rizado y los ojos del tono más hermoso que existe. También es un poco peleona y tiene una personalidad muy fuerte, pero eso deja claro que te protegerá de todo, igual que yo. —Paso la mano por su barriga, en una caricia—. ¿Sabías que tus abuelos son reyes? Sí, vas a nacer príncipe, como tu padre, y si eres niña, serás una bella princesa que me pondrá los pelos blancos de tantas preocupaciones.

El bebé vuelve a patear.

—Estamos ansiosos por conocerte. Ya hemos preparado tu habitación y, en cuanto llegue tu hora, compraremos lo que falta en el color adecuado.

Entonces, veo un movimiento fuerte en su vientre y Catherine se despierta.

—Ay, hijo... —se queja, acariciándose un punto que claramente está más alto.

—Buenos días, Pequeña...

—Buenos días —responde ella, intentando masajear donde le duele.

Desafortunadamente, no se puede hacer mucho ante las molestias del tramo final del embarazo.

—Lindon... —me llama, y ya sé lo que necesita.

Salgo de la cama y la ayudo a levantarse, sujetándola de la mano, mientras ella se dirige al baño. Después, empiezo a prepararme para otro día de trabajo mientras la espero.

Luego, me ducho y me visto. Pero antes de salir hacia el palacio, hablo con mi esposa.

—¿Vas a estar bien, Pequeña? —pregunto, preocupado.

Ella asiente con la cabeza, afirmando.

—Haré los ejercicios que indicó el médico y luego daré un paseo, acompañada por Selene.

—Entiendo, pero por el amor de Dios, si sientes algo...

Catherine se pone de puntillas y me besa.

—Te voy a llamar. —empieza a decir en tono pausado—. Si no consigo hablar contigo, enviaré un aviso al rey Liam. Si no me atienden, buscaré a la reina Wendy. Y en última instancia, intentaré hablar con Lucius para que te localice de alguna forma.

Finaliza su discurso repitiendo lo que le digo todas las mañanas desde que nos informaron que el parto puede suceder en cualquier momento.

Toco su rostro y dejo un beso en sus labios.

—Cuídate, Pequeña.

—Cuando regreses, nuestro hijo seguirá dentro de mí. Eso espero.

Beso su barriga.

—Si necesito viajar, haré todo lo posible por volver lo más rápido posible —informo.

—Está bien, esposo. Ahora, ve a tu trabajo.

Ella me sonríe y, tras mucho titubear, consigo ir al palacio para trabajar con mi hermano.

***

Después de una eternidad esperando a que Liam analice un documento, miro el teléfono y observo el reloj, dándome cuenta de que solo ha pasado una hora.

—¿Por qué no apartas los ojos del teléfono, Lindon? —pregunta Lucius, que está conmigo y con Liam en la sala del trono.

—No es nada —respondo, revisando por octava vez si tengo algún mensaje de Catherine.

—Ah, Lucius... —empieza Liam en tono irónico—. ¿Aún no te has dado cuenta de que otro de tus hermanos ha caído rendido al amor?

Lucius empieza a reír, mirándome. No me hizo ninguna gracia el comentario, pero debo dirigirme al que empezó con esta mierda.

—¿De qué hablas, Liam?

Liam se levanta tranquilamente de su silla, yendo hacia mí.

—Una de dos: o estás enamorado de tu mujer, o estás contando las horas para ver a una amante que te ha robado el

corazón.

Suspiro, sin paciencia.

—Si es lo segundo, me cabrearé contigo por no haberme contado nada en todo este tiempo.

—Liam, sabes muy bien que yo no nací para eso... Para esas cursilerías de...

—Sí, pero ¿qué pasó con tu regla de las cinco folladas?

—¿Es verdad eso? —pregunta Lucius—. Lo había oído, pero juraba que era mentira.

—Es cierto, Lucius —afirma Liam, bastante divertido—. Y por eso quiero saber cómo el príncipe Lindon está gestionando esas cinco folladas durante más de seis meses de matrimonio. ¿Está follando con otras o se ha rendido a la pasión con su esposa?

Me quedo en silencio unos instantes, sin decir nada, mirando a los dos.

—¿Hablas en serio...? ¿Estás engañando a Caty? —Lucius malinterpreta mi silencio.

—¿Quién es? O mejor dicho, ¿quiénes son? —Liam sigue en la misma línea.

—Joder. Caty es tan maja y guapa que... —declara mi hermano menor, molesto.

—¿Queréis parar los dos? —pregunto, irritado.

—Joder, ¿cómo voy a guardar toda esta mierda de mi mejor amiga? —pregunta Lucius.

—Lucius, ¡no es nada de eso! No me estoy follando a otra. Solo quiero a Catherine. Solo follo con ella. ¿Lo entendéis ahora, coño?

Lucius se queda asombrado por mi explosión. Liam empieza a reír.

—Y dice que no está enamorado de su esposa.

—Claro que...

—Por lo que has dicho, ya no sigues esa regla estúpida y solo te acuestas con una. ¡Admítelo de una vez, que la amas, joder!

—Liam...

—Déjame decirte algo, Lindon. Si esperas demasiado, puedes perder para siempre a la mujer que amas. Y luego no servirá de nada quejarte.

Me quedo cabizbajo, pensativo, y vuelvo a hablar con un tono más suave:

—Liam, no hay espacio para el amor en mi vida, y tú lo sabes...

Mi hermano me sujeta del brazo.

—Perdí cinco años de mi historia con Wendy y hasta hoy eso me duele. Tienes en tus manos la oportunidad de ser feliz, tener una familia, ¿y por culpa de una infeliz del pasado estás tirando todo por la borda? —Me mira fijamente—. Solo espero que abras los ojos a tiempo, hermano. O tu caída será dolorosa.

Entonces, Wendy entra en la sala con el pequeño Tyler en brazos, llorando porque se ha hecho daño con algo. Enseguida, todos los asuntos del día se cancelan y Lucius y yo quedamos liberados.

—Liam tiene razón, le gustas demasiado —dice Lucius en cuanto salimos del palacio.

—¿Qué?

—¿Caty? Ella ni lo imagina, pero desde los quince años lo sé. Ni idea de cómo empezó, pero es real... está escrito en sus ojos.

Espero que eso sea solo imaginación de Lucius, porque lo que acordamos fue solo sexo. Independientemente del hecho de que siento algo extraño y placentero cuando la tengo entre mis brazos...

Es simplemente la suma de deseo, lujuria y la enorme química que me hace quererla intensamente.

Solo con una mirada diferente basta para atraernos, besarnos y follar. El hecho de que esté embarazada no cambia nada. Claro que hay posturas que no podemos hacer, pero eso no importa. También, después de los ocho meses, hemos reducido el ritmo... Aún follo a veces, pero no con la misma intensidad de antes. Pero en sexo oral, cada vez vamos mejor.

Darle placer con mi boca y mis dedos es maravilloso. Siempre he priorizado el placer de mi pareja, pero no como lo hago ahora. No con la paciencia y atención que tengo desde que tuve a Catherine en mis brazos.

Pensando en lo que dijo Liam, jamás podría decir que no siento nada por ella. Me gusta de otras formas. Como la mujer guapa y fuerte que es mi esposa, como la tía buena que disfruta del sexo tanto como yo, y lo más importante: como la madre de mi hijo no planeado, pero muy esperado.

Sin embargo, jamás será algo más que eso.

—Me voy, y... no olvides que mañana llegan los reyes para otra boda de aniversario —informo a mi hermano menor.

—Sí. Mamá dijo que llegaría hoy para ver a Caty.

Sonrío, pensando en lo feliz que está mi madre por tener otro nieto que mimar. No le bastan los hijos de Liam y Lindsey, la reina madre quiere que todos sus hijos tengan hijos.

—Está bien. Hasta mañana, Lucius.

Sigo mi camino y tomo el coche rumbo a mi casa. A esta hora, está vacía. Catherine está en la fisioterapia que le indicó el médico. Voy a nuestra habitación, me doy una ducha relajante, descanso unos minutos en la cama y enseguida me quedo dormido, aunque aún es media mañana.

***

Despierto con el atardecer calentando mi cuerpo. Busco a Catherine, pero no está en nuestra habitación y reina un silencio muy grande en toda la casa. Salgo de la cama, apresurado, y empiezo a buscarla, algo desesperado. Ya ha pasado mucho tiempo y a esta hora debería estar haciendo ruido en alguna parte del inmueble.

—Ametista, ¿dónde está Catherine?

—Alteza, ya ha regresado —responde la mujer.

—¿Pero dónde está?

Ametista no me responde y va delante, buscando a mi esposa, mientras yo hago lo mismo dirigiéndome al exterior. Surge la idea de buscarla en el lugar más obvio y solo entonces decido ir al cuarto del bebé. Dejamos un espacio reservado para nuestro hijo en una de las estancias del segundo piso.

Creo que el antiguo duque que vivió en esta casa tuvo muchos niños y por eso mandó construir habitaciones más pequeñas, que para mí están hechas para los pequeños.

Abro la primera puerta y un alivio me invade al ver a Catherine guardando la ropita del bebé en una maleta. Como aún no sabemos el sexo del niño, nos centramos solo en colores neutros. Elegimos blanco, verde y amarillo. Mi cuñada Wendy tuvo la idea de regalarnos una prenda azul apostando, pero mi esposa la dejó aparte en una caja por si acierta. Después de ese conjunto real, empezaron a llegar vestidos y también más conjuntos azules. Lo tenemos todo guardado.

Estoy casi seguro de que es niño, y ahora falta muy poco para saber quién acertó. Pero eso no es lo importante ahora.

—¿Dónde estabas? Estaba preocupado buscándote.

—Buenas noches, Lindon. Te vi durmiendo tan tranquilo que no quise despertarte.

Ella pone la mano sobre su vientre y sonríe de un modo que la hace aún más hermosa. Olvidando mi irritación, me acerco y coloco mi mano sobre la suya. Inmediatamente, siento a nuestro bebé patear. Involuntariamente, ambos sonreímos felices por la nueva vida que viene en camino.

Tomo sus labios en un beso tierno y agradecido. Nunca planeé ser padre, pero me siento honrado de haber tenido el don de crear una vida. Todo gracias a ella.

Cuando nos separamos, ella me abraza y huelo sus preciosos rizos, dejando un beso en la cima de su cabeza, manteniéndola bien cerca de mí.

—Lindon, jamás imaginé que algún día sería tan feliz.

—Yo tampoco, Pequeña.

Las personas más importantes de mi mundo están aquí. Catherine y nuestro hijo. No necesito nada más. Solo a ellos dos y...

—Mírame —me llama, y obedezco de inmediato—. Sé que... pronto nuestro bebé estará aquí y... hoy pasé la tarde con la reina Joan, tu hermana y cuñada.

Aprieta los labios antes de continuar:

—Pero después de todo lo que escuché, siento que si no lo digo, voy a explotar, Lindon. —Sus ojos se llenan de lágrimas y los peores pensamientos cruzan mi mente.

—Catherine...

—Te amo —confiesa, llorando—. Sé que dices que jamás seremos una pareja enamorada de verdad, pero... antes de dar a luz a nuestro hijo, necesitaba decírtelo. Lindon, mi corazón es tuyo, y no empezó ahora. Desde antes de tener edad, ansiaba tu amor.

La miro, impasible, pero... no consigo decir nada.

—Intenté odiarte cuando me pediste que ocultáramos que habíamos follado, pero... después del embarazo, todo se intensificó. Tu cuidado, atención, todo eso rompió mis barreras y... creo que, de alguna forma, soy correspondida.

Recuerdo la breve conversación con Lucius más temprano y, de hecho, ella ya puso el corazón en esta historia. Ese fue su error.

—Catherine —empiezo, tocando su rostro, observándola con ternura—. Ya te había avisado desde el principio que...

—¡No sigas! —ordena, dando un paso atrás, alejándose de mí.

Bufé, molesto por tener que hacerlo, pero... el que está equivocado aquí no soy yo.

—Necesito continuar —informo, viéndola dar la espalda y mirar por la ventana—. Para mí, nada ha cambiado. Te cuido porque eres la madre de mi hijo. El sexo ocurre porque sentimos deseo y...

—No quiero oír más. ¡Vete!

—No te pongas así...

—¡Lárgate! —grita, enfadada.

Entonces, gira el rostro, enrojecido de tanto llorar por mi culpa. Eso me produce una sensación extraña y dolorosa.

—Catherine, cálmate.

Entonces, pasa a mi lado como un huracán y la sigo, viendo que entra en nuestro dormitorio.

—Escúchame...

—No quiero oír nada más de tu boca, Lindon.

—Sé que estás molesta, pero deben de ser las hormonas que...

—¿Cómo dices? ¿Te digo que te amo desde antes de tener edad y tú quieres culpar a las hormonas? —replica—. Quería odiarte,

pero soy una idiota jovencita que se quedó embarazada de un príncipe que es el rey de los imbéciles.

Va al armario y saca una maleta de mano.

—¿A dónde vas? —pregunto, alarmado.

—Bien lejos de ti —responde—. No quiero verte la cara.

Le sujeto el brazo.

—No puedes irte de aquí. ¿Has olvidado nuestro trato?

Ella sonríe con ironía.

—¿Qué trato? ¿El de las cinco folladas que tú mismo cancelaste? ¿O el que hicimos en el altar, cuando prometiste amarme y respetarme?

La suelto, sorprendido, y la veo meter algunas de sus cosas en el bolso. Claramente está molesta por mi respuesta, pero... no puedo hacer nada. Sin embargo, siento un dolor fuerte al verla así.

—Te dejaré ir si...

—No he pedido permiso —informa, enfadada.

—Catherine...

Ella se acerca a mí, señalándome con el dedo.

—Jamás volveré a acostarme en la misma cama que tú, Lindon. Después de que nazca el bebé, rogaré a mi padre que acepte nuestra separación para poder volver con mi familia a Safovia.

Entonces, el peso de sus palabras me golpea. Se va. Sé que no la amo, pero no quiero perder su presencia en mi vida.

—No hagas esto, piensa en nuestro hijo —suplico.

Sus labios se curvan en una sonrisa triste.

—Seguirás siendo su padre, pero me prometo a mí misma que jamás permitiré que un hombre vuelva a herirme como tú lo has

hecho. —Más lágrimas corren por sus ojos—. Lindon, me conquistaste tan fácilmente para luego pisotear mis sentimientos de esta forma... No quiero, y mucho menos merezco, estar casada con un hombre así.

Entonces, sale por la puerta y se va, dejándome solo con un fuerte dolor en el pecho, porque soy el motivo de su sufrimiento.

Capítulo 28
Catherine

«Para mí, nada ha cambiado. Te cuido porque eres la madre de mi hijo. El sexo ocurre porque sentimos deseo y...»

Qué doloroso es no ser correspondida. Las lágrimas lavan mi rostro de una forma en que nunca antes lloré en mi vida. Sabía que nuestro matrimonio era una farsa, pero podía jurar que él me amaba, y solo después de pasar la tarde con mi suegra, reuní el valor.

Hoy, cuando regresaba, recibí una invitación suya para ir a verla. Llegué a casa, me di una ducha, me puse un vestido bonito y fui a su encuentro. La princesa Lindsey también estaba con nosotras, al igual que la reina Wendy. Fue una tarde maravillosa, pero lo que más repitió la madre de mi marido durante el encuentro fue lo feliz que estaba de saber que su hijo había dejado la vida nocturna y se había convertido en un hombre de familia. Wendy dijo lo mismo, sobre cuánto Lindon estaba ansioso por el parto y cómo se había vuelto tan atento conmigo. Para todas, él era un hombre enamorado.

Durante algunos meses, pensé mucho en eso. En sus besos durante los eventos a los que asistíamos, en su cariño conmigo, su cuidado, protección e incluso sus celos. Todo me decía que era una forma diferente de demostrar amor, pero todo resultó ser un gran error por mi parte.

Si todo lo que hizo por mí no fue de corazón, ya no hay motivos para seguir insistiendo en ese error.

—Hemos llegado, señorita —informa el conductor.

Recojo mis cosas y llamo a la puerta de la casa que conseguí para mi tía y mi prima. Tarda unos minutos hasta que doña Inessa abre.

—Catherine, ¿qué haces en la calle a estas horas, niña?

Nuevas lágrimas brotan de mis ojos y ella abre los brazos para que la abrace.

—Querida, ¿qué te ha pasado para venir así? Vamos, entra que te voy a calentar algo.

Paso por la puerta, siendo ayudada por ella y por Ray, que también está presente. Nos sentamos en el sofá cerca de la chimenea encendida. Ellas preparan un té con galletas y, en seguida, empiezo a contar lo que ha pasado desde el instante en que me casé hasta lo ocurrido hace poco. Las lágrimas me impiden contar una parte, pero consigo decir todo lo necesario.

—¿Tuvo el valor de decirte eso? —dice mi tía, indignada.

—Ay, prima... Lo siento mucho...

—Voy a volver a Safovia —informo—, y vosotras os venís conmigo.

—Por eso Ivana no quería que supieras la verdad, Catherine...

—Tía...

—No voy a hablar de eso. Pero... no creo que sea fácil salir de aquí con un bebé de Diamantia.

—Mi hijo también es de la princesa de Safovia —le recuerdo —. Él es el padre, pero el bebé está creciendo dentro de mí.

—Lo sabemos, pero ¿recuerdas que no te gusta ser princesa? —me pregunta Ray—. La mayoría de las leyes están hechas para los hombres, no para las mujeres.

Cierro los ojos, aún llorando.

—No se atrevería a quitarme a mi bebé —afirmo.

—No lo sabemos, querida —empieza tía Inessa—. Quise evitarte todo esto, pero... las circunstancias fueron más fuertes que yo.

De nuevo, continúa con esos comentarios aleatorios que todavía no comprendo.

—Si pudiera volver atrás en el tiempo...

—¿Qué vas a hacer, Caty? —me pregunta Ray.

—No quiero dormir en la misma cama que Lindon —empiezo —. Quiero pasar la noche aquí. O quizá algunos días...

—Sabes que esta casa es tuya, puedes hacer lo que quieras —dice mi tía, ayudándome a subir las escaleras hacia una de las habitaciones de huéspedes.

Después de cenar, mientras ignoro las innumerables llamadas de Lindon, me acuesto sola en la cama, mirando la luna blanca por la ventana del cuarto donde estoy.

Entonces, mi mente recuerda los besos de Lindon y sus caricias. Le echo de menos, sin embargo, no puedo someterme a una situación en la que la única que ama soy yo. Observo la alianza de boda real, de oro amarillo con múltiples cristales, y pienso en el valor de la pieza y en lo inexistente que es su simbolismo.

¿Podría un matrimonio valer menos que el anillo? Ese es mi caso, y necesito olvidar lo antes posible que un día amé al príncipe Lindon Stell.

***

Amanece y sigo triste, aunque más dispuesta a seguir adelante. Más temprano, le dije dónde estoy, pero si Lindon aparece, no voy a dar marcha atrás en mi decisión.

Por supuesto que hablaré sobre nuestro hijo, pero jamás volveré con un hombre que solo siente deseo por mí. Sigo con mi rutina, pero nada más llegar al parque, me encuentro con él, acompañado por mi enfermera.

—¿Qué haces aquí? —pregunto.

Su pelo está despeinado y claramente no ha dormido bien. No es que eso me importe.

—Selene, déjanos un momento. Quiero hablar con mi esposa.

—Claro, Alteza.

Ella se aleja y Lindon me toma del brazo para llevarme a un lado.

—Vuelve a casa, Catherine.

—Lo haré pronto —informo, con ironía—. Solo no tomo un avión a Safovia ahora mismo porque falta muy poco para que nazca el bebé. Pero no te preocupes, volveré a mi casa, marido.

Él frunce sus ojos azules.

—Estoy seguro de que me has entendido. He dicho a mi casa. Nuestra casa. Eres mi esposa. Deberías estar en...

—¿En un matrimonio que fue solo un arreglo por un embarazo? —empiezo—. No puedo obligarte a amarme, pero jamás me obligaré a ser utilizada porque no me quieres.

—¿Quién ha dicho que no te quiero, Catherine? Te he dicho que...

—No quiero solo deseo, afecto y cariño. Quiero empezar de nuevo con un hombre que me ame de verdad. Que me quiera no solo por sexo y química, Lindon... sino alguien que no pueda vivir sin mí porque soy todo lo que necesita. Y sabemos bien que tú no eres ese hombre.

Me doy la vuelta y evito que vea las nuevas lágrimas que nublan mi rostro.

—Juraba que se reconciliarían —comenta Selene.

Le sonrío con tristeza.

—No todas las relaciones están hechas para durar.

Ella simplemente baja la cabeza. Así, continuamos nuestra caminata.

***

Después de la fisioterapia, me acompaña hasta la casa de mi tía. Pasan los días y, gracias a los cielos, Lindon deja de llamarme. Solo envía mensajes para saber del bebé y de mi estado de salud. Respondo brevemente, pero confieso que cada noche lloro pensando en él y echando de menos su calor junto a mi cuerpo.

Pasa casi una semana desde que decidí no vivir más en su casa y hasta evitar verlo. Durante esos días, varios miembros de la familia real de Diamantia vinieron a verme. Mis padres llaman todos los días para contarme las novedades y saber cómo estoy.

Confieso que tardé demasiado en decir dónde es mi nuevo hogar. En cuanto lo dije, mi madre vino a quedarse conmigo y me vigila a diario. Por supuesto, tuvo una gran discusión con Lindon y también con mi tía. La reina Madelyne consideró la casa aceptable, pero dijo que merecía estar en la mansión, con todo el lujo que mi antipático y malhumorado marido podía ofrecer.

Yo estuve en contra desde el primer instante, dije que no volvería a esa casa, y ella intentó de todas las formas entender el motivo. Solo dije que Lindon lo sabía, y como se toleran, mi madre no fue a pedir explicaciones.

En este momento, estoy yendo a la cama con mi madre a mi lado.

—Mamá, estoy bien, no necesitas acompañarme hasta la habitación.

—Lo sé, cariño, pero mamá te quiere demasiado y desea tu bienestar por encima de todo. Y el de mi nietecito también. —Ella toca mi barriga—. El primer bebé de Safovia desde tu nacimiento.

Sus ojos se llenan de lágrimas.

—Sería maravilloso que volvieras a nuestro hogar para que dieses a luz con tranquilidad. Así, como no deseas seguir casada, podríamos criar a esta linda criatura con las costumbres reales.

Tomo su mano y le digo:

—Aún tengo que pensar en el tema. Un divorcio no será fácil, mamá —comento—. Lindon no va a renunciar a su hijo y sabemos que...

Ella resopla fuerte.

—Te lo quitó de mis brazos demasiado pronto. Aún eres una niña...

—Mamá, sé lo que vas a decir, pero ya hemos hablado mucho sobre eso y estoy cansada. Recuerda que una barriga pesa, y por eso...

Ella sonríe, acariciando mi rostro.

—Está bien, mi amor. Puedes descansar, querida.

Ella besa mi rostro y, en seguida, entro en mi habitación. Pasé el día con dolor de espalda y no hay silla que ayude a encontrar una postura menos dolorosa.

Tomo una ducha relajante, porque ahora mismo ya no puedo sostenerme sola, y Lindon hacía todo lo posible por hacerme sentir más cómoda, pero en este momento, lo que más quiero es no verle la cara.

Solo pensar en él me da ganas de llorar. Me seco el rostro, pero cuando voy a secarme, la toalla cae al suelo.

Involuntariamente, me agacho y, en el mismo instante, siento agua correr por mis piernas.

—Ay, Dios mío. Se rompió la bolsa.

Me incorporo despacio y un dolor fuerte me invade el vientre. Sin embargo, necesito ayuda. Camino muy lentamente, hablándole a mi hijo hasta que abro la puerta.

—¡Mamá, tía! ¡¡¡Alguien!!!! ¡Ha llegado la hora! ¡Se me ha roto la bolsa!

Capítulo 29
Lindon

La veo alejarse para ir al encuentro de la enfermera que contraté, mientras sus palabras resuenan en mi mente:

«Alguien que no pueda vivir sin mí porque soy todo lo que necesita. Y sabemos bien que tú no eres ese hombre.»

Se suponía que todo sería solo placer y diversión, pero ¿por qué duele tanto saber que no soy, y jamás seré, lo que ella desea? Es mi esposa, pero la estoy perdiendo, y eso me destroza por dentro. Quiero tenerla conmigo, pero ¿cómo darle lo que no existe dentro de mí?

Cierro los ojos y recuerdo aquel momento en que todo cambió para mí. Cuando lo que pensé que era el mayor de los cielos fue destruido... Sin embargo, ese sentimiento que era maravilloso fue destrozado en cuestión de minutos y nunca más permití que alguien se acercara demasiado.

Entonces, mis pensamientos se interrumpen con una llamada de Liam. Estoy tan jodido por todo lo que está pasando que no quiero hablar con nadie en este momento.

Prácticamente no dormí esta noche. El olor de Catherine en las sábanas me destrozó. Siempre hice todo para que durmiéramos juntos, pero saber que por mi culpa ella no está... me cabrea completamente.

De nuevo, suena el teléfono y, furioso, respondo.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—¡Eh! ¿Qué te pasa, Lindon? Mal humor desde la mañana...

—Liam, déjame en paz. No me llames. Necesito un tiempo solo, porque para eso nací. Para no tener a nadie a mi lado.

—¡La puta que te parió! —exclama al otro lado de la línea.

—¡Adiós!

Cuelgo y regreso a casa, intentando olvidar la mierda en la que me he convertido. Realmente soy una nada que nació para estar solo.

Tomo un vaso de whisky, lo lleno más de la mitad y lo bebo de un solo trago. El alcohol baja quemando, pero no calma el dolor que siento. Vuelvo a girar la botella y repito el proceso. Aún nada. Lo hago por tercera vez, pero esta vez, antes de beber, me lo impiden.

—¡No vas a beber esta mierda, Lindon!

—¡Vete a la mierda, Liam! —exclamo, empujándolo. El vaso cae de sus manos, rodando hasta una esquina.

—¡Vamos a hablar, joder! ¿Qué mierda ha pasado para que estés así?

Le doy una sonrisa triste, limpiándome la boca con el dorso de la mano.

—Eres un hijo de puta adivino —digo, recordando nuestra conversación.

—¿De qué estás hablando?

—¡Se ha ido! —digo—. Pasó la noche fuera y... —echo la cabeza hacia atrás, sintiendo mis ojos nublarse— ya no va a volver. Quiere lo que nunca podré darle, Liam. Estoy roto...

Le oigo suspirar.

—¿Qué le dijiste?

—Ella me pidió amor. Me dijo que me ama, pero yo no...

—Tienes que olvidarte de las palabras de la hija de puta de Júlia. Esa mujer solo vino a joderte la vida y hacerte sufrir...

—Ella siempre tuvo razón. Nací para estar solo y...

—¡Mentira!

—No puedo amar a mi mujer. ¿Qué clase de marido de mierda soy? Es obvio que no va a volver...

Siento algo salado en mis labios y me doy cuenta de que son lágrimas.

—Claro que va a volver... si te disculpas, idiota.

Me da una bofetada y ni me importa.

—¡Sácate esa mierda de la cabeza, Lindon! —Me sacude—. No eres nada de lo que esa desgraciada dijo. Al contrario de esas acusaciones absurdas, eres honesto, fiel, y puedes decir que no, pero amas a tu esposa. ¿Qué hombre llora por perder a la mujer que ama si no siente nada? —Me da otra bofetada—. ¡Joder, eres un príncipe y un duque que va a ser un padre de puta madre! Así que deja esta mierda y ve tras tu mujer...

—¡Ella no quiere verme!

—Quiere un marido que muestre sus verdaderos sentimientos, no un cobarde que miente como tú has hecho.

Liam intenta golpearme de nuevo, pero detengo su puñetazo.

—¡Eso es, reacciona, joder!

Asiento con la cabeza.

—Voy a hablar con ella —afirmo.

—Eso es, pero antes, date una ducha. Ni yo quiero tocarte oliendo a whisky.

—¡Vete a la mierda, Liam!

Se marcha y, en seguida, voy a darme una ducha en mi cuarto. Sin embargo, mientras el agua caliente cae sobre mi espalda, recuerdo a la que ya no nombro.

Júlia era una mujer de belleza exótica, que me cautivó a primera vista, en uno de mis primeros viajes a Tailandia. Era

brasileña, había ganado un viaje en un sorteo y había ido al mismo lugar acompañada de una amiga.

Era poco más joven que Lucius, pero me encantó ir con Liam para conocer nuevas personas y culturas, hasta que la encontré en la playa, saliendo de las aguas cristalinas, y me enamoré a primera vista. La deseé, ella también a mí, y entonces, surgió una pasión fulminante. Le pedí a Liam que la lleváramos con nosotros, junto con su amiga, a algunos paseos, y mi hermano accedió. Fue un mes así, hasta que las dos tuvieron que irse.

Menos de dos semanas después, me llamó, pidiéndome que la encontrara en Brasil, donde vivía, y recibí la mejor noticia de todas, pero menos de cinco días después, la misma mujer que pensé amar me destrozó de una forma que me transformó por completo.

***

Conté los pasos hasta salir de casa, hasta detenerme frente al inmueble que regalé a la familia de mi esposa. Sé que ella está ahí, pregunté a los guardias y me informaron que lleva horas dentro.

Pasé un tiempo reflexionando sobre lo que hablé con Liam y... necesito hacer un último intento para recuperarla. Sé que... todavía tengo muchas cuestiones internas, pero... voy a intentar hablar con ella. Lo mucho que echo de menos tener a Catherine a mi lado es enorme. Saber que no va a aparecer para sorprenderme y que no voy a besar sus labios duele tanto como una herida abierta, y por eso decido salir de mi sitio e ir a verla.

¿Dos días después de la pelea? Sí, pero necesitaba pensar y elegir las mejores palabras para esa mujer que usa la ironía como si fuera una coma en la mayoría de sus frases. Que sabe cómo sacarme de quicio y, aun así, no sale de mi cabeza. Esa es Catherine, la hermosa princesa que es mi esposa.

Contengo la respiración, preparándome para la guerra, y luego llamo a la puerta. Tarda unos instantes sin respuesta, pero cuando voy a golpear por segunda vez, se abre y aparece doña Inessa.

—¿Usted, aquí? —dice en voz baja, y enseguida mira hacia atrás.

Acto seguido, entrecierra la puerta y me habla:

—¿Qué ha venido a hacer aquí, príncipe Lindon?

Respiro hondo.

—He venido a hablar con mi esposa, que es su sobrina adoptiva —respondo—. ¿Puede llamarla por mí?

—Ni pensarlo —responde de inmediato.

—¿Cómo dice?

—Lo que usted ha entendido —afirma—. La niña solo sabe dormir llorando por su culpa y ¿quiere que la llame para que sufra más...?

—Doña Inessa...

—No soy una loca como la reina Madelyne que intenta mantenerla en una burbuja de protección, pero una cosa que sé es que el embarazo es algo serio. Catherine está a punto de dar a luz y usted, estresándola de este modo. ¿Sabía que si su presión sube durante el parto, ella y el bebé pueden morir?

Un escalofrío recorre mi espalda.

—No puede estar hablando en serio —replico.

—Búsquelo y luego me dice. Pero también está el riesgo de que se le seque la leche y todos los daños de un parto con estrés. ¿Realmente quiere hacerle eso a su esposa? ¿Matarla junto con la criatura que aún no ha nacido?

—¡Claro que no! —afirmo, más nervioso y preocupado que antes.

—Entonces, déjela aquí y no vuelva a molestarla hasta después del nacimiento del niño. Es su hijo, y le llamaré el día del parto.

Así, completamente fuera de mis planes, pero pensando únicamente en Catherine, decido alejarme y limitarme a enviar mensajes solo preguntando por su salud, mientras los días pasan.

Ella me responde con pocas palabras, y para mí, eso ya es el mejor momento del día. Me esfuerzo por trabajar, pero me resisto mucho a viajar, y Liam se encarga de ello, enviando a Lucius a otras ciudades. Últimamente, lo noté algo raro después de regresar de Aldonora, pero no quiso contarme el motivo. Como yo ya tengo mis propios problemas, no insistí, y sabemos que si tiene algo que decir, acudirá a Alex o a Catherine.

Hablando de ella, estoy ahora mismo en la cama, sintiendo el olor de su manta mientras intento dormir desde hace horas. Sin embargo, pierdo la concentración con una llamada del número de la prima de Catherine.

Inmediatamente, me incorporo en la cama, preocupado, y atiendo la llamada.

—Príncipe Lindon, mi madre me pidió que lo llamara. Caty está en trabajo de parto. Venga rápido a estar con ella. Estamos en el hospital de Diamantia.

Sonrío emocionado y, aun así, tenso, y rápidamente me preparo para salir. La barba no está en las mejores condiciones. De hecho, yo no estoy en las mejores condiciones, pero mi hijo no va a ver eso. Así que me visto y salgo hacia el hospital.

Capítulo 30
Catherine

El médico ya me ha examinado y me ha informado que el parto tardará en llegar, pero el dolor que siento es enorme. En este momento, me estoy apoyando en el pasillo mientras camino, tal como indicó el médico.

Si hubiera sabido que el dolor era así, habría elegido la cesárea y esto ya habría terminado, pero ahora es tarde. Como había oído decir a mi tía, después de que nace es todo alegría, pero ya llevo horas esperando, y todo avanza a paso de tortuga.

Entonces, comienza una nueva contracción y me apoyo en la pared, sujetándome. Hasta que, de repente, una mano fuerte agarra la mía y me emociono al ver a Lindon parado a mi lado.

—Estoy aquí contigo, Pequeña. Te ayudaré en todo lo que pueda para traer a nuestro hijo al mundo.

Me abraza por detrás y besa mi rostro. Me aferro a su brazo, haciendo fuerza, sintiendo un dolor que me parte en dos.

—Me duele mucho, Lindon.

—¿No te pusieron anestesia? —pregunta.

No respondo, esperando que la contracción pase, y solo entonces el dolor disminuye. Memorizo la hora en el reloj y vuelvo a caminar.

—Catherine, vine lo más rápido que pude...

—Lo sé, Lindon —afirmo.

—Mi querida, me quedaré aquí mientras...

—Mientras dure el parto —completo su frase.

—No. No quiero irme de tu vida ni de la de nuestra familia.

—No empieces ahora, Lindon —me quejo, con lágrimas en los ojos.

—No quiero discutir ni pelear contigo ahora, Pequeña. Demos una tregua y...

Suspiro.

—¿Olvidar que solo tienes el título de mi marido y que eres el padre de mi hijo? Claro. —Sonrío, triste—. Mejor concentrémonos en este niño que me está desgarrando por dentro.

—No quiero ponerte nerviosa, pero cuando nuestro bebé nazca, te lo contaré todo. Te explicaré por qué dije aquello de lo que me arrepiento. Pero da una oportunidad. Si aún sientes algo por mí, por favor...

—Dame tu brazo —pido, y él me lo ofrece de inmediato, sirviéndome de apoyo.

—Vamos a entrar a tu habitación que...

—¡Cállate! —grito, en medio de un dolor intenso.

Él me abraza y toca mi espalda, en la zona lumbar, que duele demasiado.

—Princesa, ¿cómo están las contracciones? —pregunta el médico real que está siguiendo mi evolución.

—Están a menos de diez minutos —respondo.

—Entonces vamos a la camilla para ver cómo estás.

—Doctor, ¿y la medicación para su dolor? ¿Por qué no se le ha administrado? —pregunta Lindon.

—La princesa dijo que no la quería, pensando en el bebé que...

—Pero ahora sí la quiero —intervengo.

El médico suspira.

—Ahora ya ha pasado mucho tiempo, Alteza. Vamos a examinar y verificar los centímetros de dilatación.

Lindon me ayuda a caminar y hasta para eso me siento extraña. Siento algo en mis partes íntimas y decido tocar... Noto un cabello.

—¡Dios mío! —exclamo.

—¿Qué pasa? —pregunta Lindon.

—Creo... creo que sentí su cabecita —confieso, dejándolo boquiabierto.

—Doctor...

—Les oigo. Vamos directamente a la sala de parto.

Camino con cuidado para no lastimar a mi bebé. Lindon me ayuda a sentarme en la silla.

—Princesa, tenemos una buena noticia para usted. Falta muy poco para que nazca el bebé. Creo que con dos contracciones más, esta criatura nacerá.

Lindon me toma la mano y la besa.

—Estoy contigo. ¿Estás bien?

Asiento con la cabeza. Las enfermeras colocan medicación en mi brazo y empieza una nueva contracción.

—Ha llegado el momento. Empuja, falta poco.

Empiezo a empujar y siento que está saliendo.

—Un poco más —indica el médico.

—Me duele mucho —me quejo, con lágrimas en los ojos—. Lindon, te odio por haberme puesto esta criatura dentro.

—Continúa, princesa.

—Te compensaré con lo que quieras, mi amada —dice Lindon—. Solo un poco más. Por favor.

Comienza una nueva contracción y aprieto con fuerza el brazo de Lindon mientras hago fuerza. Entonces, todo termina con el fuerte llanto de un bebé.

—¡Ha nacido un niño! —anuncia el médico.

—¡Ha nacido, Pequeña! ¡Nuestro bebé ha llegado! —Él besa mis labios mientras lloro, emocionada.

—¡Tenemos un niño! —digo, llorando, y la pediatra me entrega al bebé aún cubierto de sangre.

—Eres tan hermoso, hijo mío —digo, besando su cabecita.

—Ha llegado Christopher —comenta Lindon, sujetando la manita de nuestro bebé—. Nunca imaginé que podría ser tan feliz como lo soy ahora.

Le sonrío.

—Tenemos un hijo perfecto, Lindon.

—Tú me diste un hijo perfecto, Catherine. No imaginas cuánto te agradezco por ser el padre de este niño.

Nunca imaginé decir esto, pero Lindon está llorando.

—¿Quieres sostenerlo?

Él solo asiente con la cabeza, y le entrego aquel pequeño bulto a su padre. Fueron días sin verlo, pero parece que después de nuestra última pelea, se está convirtiendo en una persona diferente. Está más emocional, de una forma que nunca había visto.

Tampoco sé si fue fruto de mi imaginación o del dolor, pero... juro que, en algún momento, me llamó mi amada.

Sin embargo, mis pensamientos se interrumpen por el médico, que me indica quedarme acostada para finalizar los procedimientos del parto. Nuestro bebé tampoco permanece en brazos de Lindon. Se lo llevan para el baño y cuidados médicos. Entonces, el cansancio comienza a vencerme y acabo quedándome dormida.

Capítulo 31
Lindon

Tengo un hijo. Me he convertido en padre de un hermoso niño de 3,2 kg y 48 centímetros, llamado Christopher Aurum Stell. Registré al pequeño horas después del nacimiento, en cuanto mi suegra asumió mi lugar al lado de Catherine, que en este momento está dormida. En realidad, me siento impaciente, esperando el momento en que la despierten para amamantar a nuestro bebé.

Por los cielos... ¡Es tan bonito! Claramente ha heredado los ojos azules de los Stell. También tiene el pelo oscuro, como el mío, pero aún no sabemos si tendrá más rasgos de su madre.

Necesito hablar con Catherine para que, tal vez, entienda por qué siempre me mantuve distante, incluso estando cerca. Por qué me negué tanto a mis sentimientos, sabiendo que ella es la mujer que amo. Que solo a su lado seré feliz.

Tiene que saber que sí, soy el hombre de sus sueños. Que no puedo dormir bien si no la tengo acostada sobre mi pecho. Que solo pienso en ella desde el primer instante en que despierto hasta el momento en que intento volver a dormir. Pero para eso, necesito tiempo.

Fue la emoción más fuerte que he sentido en mi vida: presenciar el nacimiento de mi hijo. Hasta pensé que Catherine me echaría, pero parecía que todo volvía a encajar. Yo a su lado, apoyándola, mientras sentía sus uñas clavadas en mi piel al hacer fuerza. No me importó en absoluto y me habría quedado allí horas, porque valió la pena para tener el placer de ver nacer a nuestro Chris. Dije tantas veces que sería un niño… y de hecho, acerté.

Pero el momento que jamás olvidaré fue cuando sostuve su cuerpecito tan frágil en mis brazos. Para mí, que nunca pensé en ser

padre, se convirtió en el mejor día de mi vida. Solo pensar en mi hijo me emociona.

—¿Cuál de ellos es el tuyo? —pregunta Liam, acompañado de Wendy y sus cuatro hijos.

—Aquel de azul —respondo, señalando la cunita, donde está usando el trajecito que fue regalo de Wendy.

—¡Acerté que era un niño! —celebra mi cuñada.

—Felicidades, hermano —Liam me abraza—. Ser padre es maravilloso y vas a ser uno de los mejores.

—Lindsey se va a enfadar por no tener a quién ponerle el vestido precioso que compró, pero ese niño es tan mono… —dice mi cuñada, felicitándome también.

—Por cierto, ¿dónde está ella? —pregunto.

—Viene con Ironwood —responde mi hermano—. Con tres niños pequeños en casa, no es fácil. Tengo dos pequeños y pronto lo entenderás.

—Lo creo.

Sin embargo, nuestra conversación se interrumpe cuando toman a mi hijo de la cuna.

—¿A dónde lo llevan?

—Tranquilo, Lindon. Es normal que lo cojan. A veces para cambiarle el pañal o bañarlo —explica Wendy.

—Sí, pero… voy a comprobar —digo, alejándome de ellos.

Lo colocan en otra cunita y lo llevan a la habitación, donde me encuentro con los reyes de Safovia, la señora Inessa y Raíssa.

—Ha llegado el bebé más guapo del mundo —comenta la reina, inclinándose sobre la cunita.

—Es un niño muy hermoso, hija —dice el rey—. Que los cielos den salud a esta criatura y sabiduría a sus padres.

Decir que no noté la indirecta del rey sería mentir. Sé que tiene razón, pero haré todo lo posible por recuperar a mi familia y corregir mis errores con la mujer que amo.

—¿Me permitirán sostener a mi bebé? —pregunta Catherine, al ver que todos detuvieron a la enfermera para mirar al niño.

Ellos se apartan un poco y la enfermera entrega nuestro pequeño bultito envuelto en una manta azul a Catherine, que lo observa y sonríe al verlo.

—Realmente es el bebé más lindo de todos —dice Raíssa, tomando fotos con el teléfono, que claramente le pediré.

—Sí, lo es —comenta Catherine, llorando, emocionada.

En ese momento, mis padres y mis hermanos con sus cónyuges entran en la habitación, junto con los cuatro hijos de Liam y Wendy. Al final, aparece en la puerta Stephan con Annelise, pero deciden no entrar por ahora. El único que no ha venido es Lucius, pero no tengo tiempo para buscarlo ahora, y mucho menos hay espacio para él.

—Ahora sí que está lleno esto —comento.

Mis padres me felicitan y mi madre va a ver a su nieto.

—Se parece tanto a Lindon de bebé —declara la reina Joan, emocionada.

—Joan, tienes tantos nietos y aun así quieres monopolizar a mi único nietecito —comenta mi suegra.

—Madelyne, ya entenderás que cada nieto es importante. Es un pedacito más de nosotros que quedará en la Tierra cuando ya no estemos.

Y llevarán los inusuales ojos azules de la reina Joan por otra generación más, pienso. Sin embargo, mis pensamientos se interrumpen cuando nuestro bebé empieza a llorar.

—Entiendo que todos sean de dos grandes familias reales, pero en este momento, es necesario que solo los padres del niño permanezcan, porque es el momento de la lactancia del pequeño príncipe —explica la enfermera alzando la voz.

Todos se quedan parados, y entonces, repito su pedido, pidiendo que esperen en la recepción. Solo así comienzan a salir.

—Muy feliz por ti, hermano mío —dice Lindsey, abrazándome —. ¿Cómo se llama?

—Christopher Aurum Stell —respondo—. Gracias por venir, hermana.

—Espero que seáis felices, muy felices, con el pequeño Chris.

Solo asiento con la cabeza, agradecido, y todos se retiran.

—Tranquilo, hijo. Mamá ya te va a dar de mamar —dice Catherine, nerviosa, intentando calmar al niño, que solo llora de hambre.

—Voy a ayudarte, princesa —dice la enfermera, ayudándola a ofrecer el pecho al niño.

—No quiere agarrarse. ¿Qué hago? —pregunta ella, nerviosa.

—Lo hará. Solo necesita sentir el sabor de la leche —dice la enfermera, presionando el pecho de Catherine, mientras yo me pongo nervioso al oír al niño gritar de hambre.

—Hijo, por favor... —suplicaba Catherine, lo que me angustia aún más.

Pasamos unos minutos escuchando al pequeño llorar, hasta que, de repente, consigue agarrarse al pecho y el silencio llega.

—¡Gracias a los cielos! —exclamo.

—Lo logramos. —Ella besa la cabeza del niño, haciendo unas muecas.

—Es normal que duela un poco, pero con el tiempo te acostumbrarás —dice la enfermera—. Luego volveré para ayudarte a darle el otro pecho al pequeño.

Catherine asiente con la cabeza y nos quedamos solo nosotros tres.

—Es tan perfecto y... —ella sonríe— tiene tus ojos y tu color de pelo.

—Sí. Lo vi más temprano, pero puede que herede tus rizos.

—Por lo menos eso, porque parece que he dado a luz a una copia tuya —comenta, haciéndome reír.

Le toco la pierna.

—Lo logramos, Catherine. Menos de un año después, tenemos a nuestro hijo.

Ella sonríe con tristeza.

—Sí, al menos eso.

Luego vuelve a centrar su atención en nuestro bebé, que sigue mamando.

—Catherine... Quería decirte algo —empiezo.

—¿Podemos dejarlo para cuando salga del hospital? Estoy tan cansada y...

—No, porque no quiero que vuelvas a casa de tu tía y solo tengo una oportunidad para hacerte cambiar de opinión.

Sus ojos color miel se vuelven hacia mí y su silencio es la señal que necesito para saber que está dispuesta a escucharme.

—Es una historia larga, pero... tienes que conocerla toda. Todo empezó cuando Liam decidió llevarme con él en sus viajes por el mundo...

Le cuento mi historia con Júlia hasta el punto más crítico.

—Pero... ¿qué fue lo que no funcionó? ¿Tú tampoco la amabas?

Una sonrisa triste aparece en mis labios.

—Fue la primera mujer que amé. Era joven e inmaduro, pero estaba dispuesto a todo por ella. Matrimonio, familia, hijos, pero... de repente, todo cambió cuando me dijo que estaba embarazada. Por supuesto, asumí la paternidad, pero...

Cierro los ojos, pensando en eso. Me hirió durante años. Durante mucho tiempo.

—Lindon...

—Júlia llegó a la casa en la que estábamos, furiosa, acusándome de traición, pero... te juro que no había hecho nada. Nunca supe de dónde sacó esa desconfianza, sin embargo, estaba tan convencida de que yo tenía a otra que... en su locura, fue a una clínica clandestina en su país y simplemente abortó, como si nada.

—¡Dios mío! —exclama, abrazando a nuestro bebé.

—Incluso había comprado una cuna para el niño —confieso, emocionado—. Eso me mató por dentro. Lo peor fue tener que tragarme sus palabras de que yo no servía para tener una familia y que debía quedarme solo hasta el fin de mis días.

—¡Pero eso no es verdad, Lindon! —afirma, nerviosa—. ¿Quién es esa zorra mentirosa para decir eso?

—Catherine, calma...

—¡Estoy indignada! Mató a un bebé en su vientre solo para reforzar una palabra equivocada de que nunca tendrías una familia y tú lo creíste.

Me levanto y tomo su mano, sentándome a su lado en la cama.

—No quiero que estés así, porque aquella mujer fue la primera, pero hoy veo que, a pesar de todo lo que viví, encontré a la

correcta.

Toco su rostro, viéndola sonreír.

—Liam me dio una paliza para que pudiera ver las cosas con claridad, y ahora... que ya no hay riesgo de hacerte daño a ti ni a nuestro hijo, puedo decirte la verdad que llevo atorada aquí dentro. —Suspiro—. Quiero que vuelvas a mi vida. No porque sea solo sexo, ni por deseo, ni siquiera por protección. Te quiero porque se me hace difícil respirar sin ti cerca. Porque eres la primera persona en la que pienso al abrir los ojos y también eres la dueña de la almohada que abrazo al intentar dormir, solo para sentir tu olor.

—Lindon... —dice ella, llorando.

—Déjame terminar, por favor. No consigo imaginar mi vida sin una mujer de carácter fuerte contradiciéndome en todo momento. —Reímos juntos—. La misma que no tiene pelos en la lengua y dice lo que piensa sin miedo a lo que la monarquía pueda opinar.

—Me estás haciendo llorar.

—Pero es que, aunque no entienda del todo lo que hay aquí dentro, es algo mucho mayor que cualquier cosa que haya sentido en mi vida, y es un sentimiento genuino que me confirma una única cosa: que te amo. Amo a Catherine Aurum, esa princesa fuera de lo común, mi amante ardiente y la madre de mi hijo. Solo te quiero a ti. ¿Puedes aceptar a este príncipe todo contradictorio que tiene un gran problema para expresar sentimientos, pero que desea con todas sus fuerzas pasar la vida a tu lado?

Ella frunce los labios, mirando hacia arriba, esbozando una sonrisa.

—A ver… Cuidar de un recién nacido, que ya sabemos que da trabajo, ¿y además de mi marido todo complicado? —se pregunta, y vuelve a mirarme, mordiéndose los labios—. Claro que sí, Lindon.

Un alivio me invade y la beso con pasión.

—Con cuidado, que está Chris, amor.

—Oh, hijo —le digo—. Vas a tener que acostumbrarte a estos abrazos.

Ella se ríe.

—Solo te pido que no vuelvas a herirme. No sé si lo soportaría...

—Te lo prometo con mi vida. Seré el marido que mereces, Catherine. Tú y nuestra familia sois todo lo que necesito. Te amo.

Ella me besa, pero nuestro bebé protesta, soltándose del pecho. Llamamos a la enfermera, que la ayuda a ofrecerle el otro. Sin embargo, puedo decir que, a partir de hoy, este será nuestro glorioso nuevo comienzo como familia.

Capítulo 32
Catherine

De todas las formas en las que imaginé que Lindon me diría algún día que me amaba, ninguna fue como sucedió. ¿Cómo podría imaginar que iba a explicarme sus problemas del pasado hablando de una desgraciada que tuvo el valor de hacerse un aborto solo porque pensaba que la habían traicionado?

Si algún día me cruzo con esa mujer...

En realidad, espero sinceramente que nunca aparezca. Lindon me dijo que tiene prohibida la entrada en el país, y me parece perfecto. Jamás quiero tener el disgusto de conocer a la mujer que un día conquistó el corazón de mi marido. Ya es bastante molesto lidiar con sus ex, imagínate tener que interactuar con una a la que él mismo afirmó que casi se convirtió en su esposa. Sería horrible.

—Ha llegado la hora, Pequeña —dice Lindon, ayudándome a levantar con un bebé hambriento agarrado a mi pecho.

Estuvimos dos días ingresados y hace poco el médico nos dio el alta. Por fin llegó el día en que los tres iremos a casa.

—Solo quiero que termine de mamar para que podamos marcharnos.

Él asiente, dejando un beso en mi cabeza. Luego, va a preparar nuestras cosas y recoger los regalos. Podría pedirle a algún empleado de la casa que lo hiciera, pero no quiere que nadie toque las cosas de nuestro hijo. Empezó a investigar todo con médicos y dijo que solo él y yo tocaríamos al niño, y que cualquiera que quisiera coger a Christopher tendría que desinfectarse con alcohol y estar con ropa limpia.

Por supuesto que todos se quejaron, pero yo lo ignoré por completo. No quiero pelear más con él. Y como lo que está exigiendo no me afecta, me da igual.

Me siento en una silla, acomodándome mientras admiro a mi precioso bebé. Esperé tanto por este momento, y ahora mi niño hermoso ha llegado. Sí, apostaba a que sería una niña, pero aunque perdí la apuesta, estoy completamente enamorada de mi nuevo amor: mi hijo Christopher.

Lindon se acomoda a mi lado, acariciando el piececito del bebé.

—Está dormido, feliz de la vida, con la boca en tu pecho.

Me río, sintiéndolo volver a succionar.

—Has perdido, papá. Ahora el pecho es solo mío —bromeo.

Lindon ríe.

—Es un préstamo, por tiempo determinado —responde.

Sonrío y le doy un beso casto en los labios.

—Creo que ya tiene la barriguita llena. ¿Verdad, amorcito de mamá?

Me retiro el pecho de sus labios y Lindon lo toma de mis brazos mientras me recompongo.

—Vamos a sacarte los gases para que podamos irnos a casa, campeón —dice él, levantándose.

Ahora ya no olvida poner un pañal sobre el hombro para evitar que le vuelva a pasar lo del traje. Ayer, Christopher le manchó el traje con leche y no tuvimos más remedio que reírnos.

Después de unos minutos, escuchamos el suspiro de los sueños y estamos listos para salir. Por supuesto, la familia nos espera fuera, pero como el papá es bastante protector, no nos demoramos mucho.

Confieso que me extrañó la ausencia de Lucius. Solo me mandó un mensaje felicitándonos por el bebé y diciendo que estaba resolviendo algunos asuntos, que no pudo venir. Le pedí que me lo contara después y prometió que en unos días vendría a verme. También me escribió Alex, pero como está en plena temporada de clases, dijo que vendrá cuando regrese a visitar a la familia.

—El mes que viene conocerán a mi hijo, ¿de acuerdo? —anuncia Lindon mientras me coloca delante para que yo lleve a nuestro bebé hasta el coche.

Sin chófer. Hasta con eso está exagerado. Dios mío, ya me di cuenta de que no voy a soportar este nivel de celo por mucho tiempo.

—Dámelo, Pequeña.

Hago lo que pide, viéndolo colocar a Christopher con todo el cariño del mundo en la sillita del coche. Luego, me abre la puerta y salimos rumbo a la mansión con él al volante.

—Ni siquiera imaginaba que sabías conducir —confieso.

—Claro que sé, pero aquí no hace falta. Cuando viajemos a otros países, verás mejor lo que podremos hacer por nuestra cuenta. O quizá... no tan lejos.

Un pensamiento pecaminoso se cruza en mi mente.

—No sonrías así, que ya está siendo una mierda tener que esperar 38 días para follar contigo, Catherine.

Entonces le beso los labios.

—Está bien, amor. Vamos a casa.

—Claro, mi amada Catherine.

Me deja un beso casto en los labios y luego toma el camino corto hasta la mansión del duque. Allí, somos recibidos con una fiesta. Todos están curiosos por conocer a nuestro bebé, pero aparte de Lindon y yo, solo Selene está autorizada a cuidar de nuestro hijo.

Subimos a nuestra habitación y veo mi maleta en una esquina; Lindon se encargó personalmente de recoger mis cosas en casa de mi tía. Coloco a mi bebé sobre la cama y lo protejo, haciendo una especie de cuna con varias almohadas, solo para observarlo desde un poco más lejos.

Lindon me toma por la cintura y me besa.

—Y pensar que hicimos, por accidente, a este niño precioso en una follada espectacular en un club swinger —comenta, haciéndome reír.

—Sí —respondo—. Pero creo que cuando Christopher crezca un poco, podríamos volver allí...

—Ni de coña —advierte.

—¡Podemos ir como pareja, Lindon! —insisto—. Solo por diversión, amor.

—No quiero a ningún hombre viéndote desnuda, Catherine. Solo yo.

—Vale, pero en un dark room, nadie me verá...

—¡Joder! —vuelve a protestar—. Vamos a dejar ese tema, porque en esta casa, nadie va a follar durante 38 días. Así que la solución es esta: ni yo ni mi mujer vamos a volver a un club swinger y punto final.

—¡No estoy de acuerdo con eso! —le contradigo.

Él mira hacia arriba, pidiendo ayuda al cielo. En ese mismo momento, Christopher empieza a llorar, molesto por algo.

—Te voy a convencer, marido —digo, inclinándome para ver al bebé.

—Esa es una batalla perdida, mi amada esposa.

***

Han pasado solo cinco minutos desde que me dormí cuando empiezo a oír el llanto de mi bebé.

—¿Qué ha pasado...? —pregunto y, al abrir los ojos, veo a Lindon con Chris en brazos, acostándose en la cama a mi lado y colocándolo en mi pecho para mamar.

—Duerme, amor. Yo estoy cuidando de nuestro hijo.

Quisiera dormir, pero mis pechos aún están bastante sensibles. Tiene un mes y medio y estamos completamente agotados. La idea de Lindon de que solo nosotros cuidaríamos del niño no duró ni cinco días. Bastó con que pasara casi 24 horas sin dormir para darse cuenta rápidamente de que, por más celo que tuviéramos, necesitábamos ayuda.

Entonces, surgió la cuestión de a quién llamar, y con todas las reglas del príncipe, la última chica renunció y ahora nos falta alguien por la noche para cuidar de Chris. El que está cubriendo esa baja... es él mismo.

—Necesitamos una nueva niñera, amor —comento, intentando acomodarme un poco.

—Sí. La necesitamos, Pequeña.

—Mi madre me mandó ayer el contacto de una chica que también es enfermera y podría ayudarnos.

Él lo piensa un poco.

—Dos enfermeras sería lo ideal para nosotros —comenta—. ¿Cuándo vendría?

—Mamá dijo que va a pagar el salario de la chica...

—Tu madre sabe que eso es innecesario —protesta.

—Sí, pero... conoces a la reina Madelyne. Siempre quiere que todo se haga a su manera.

—Claro. Nunca me dejará olvidar que le robé a su bebé y ahora quiere una excusa para dominar nuestra casa. Sabes que no

lo voy a permitir. Tu madre no manda aquí...

Le sonrío, sabiendo que son las dos personas que más amo en la vida, pero que, aun así, jamás se entenderán.

—Bésame, marido.

Él atiende a mi petición, dejando un beso lento en mis labios. Ya han pasado los cuarenta días y confieso que también estoy loca por volver a acostarme con mi marido, pero él trabajando todo el día, yo oliendo a leche y agotada de cuidar del bebé... No, no hay ambiente.

—Te deseo tanto, Catherine...

—Yo también, pero... estoy tan cansada.

Él se acuesta en la cama.

—Está bien. Madelyne ha ganado —declara—. Dile a tu madre que envíe a la chica para que empiece mañana por la noche —afirma—. Quiero que descanses lo máximo posible, porque quien va a dejarte exhausta seré yo.

Sonrío.

—¿Es una promesa? —pregunto.

—Por supuesto que sí.

—Cómo deseo ese momento para nosotros.

—Estoy loco por tener más que solo besos, mi amada.

Su mano se desliza hasta mi cintura, tocando mi trasero y apretándolo suavemente.

—No empieces algo que no vas a terminar, marido —le recuerdo.

—Cómo me gustaría llegar hasta el final.

Río, volviendo la vista hacia nuestro bebé, que ya está dormido y tiene la boca toda babada de leche.

—¿Puedes hacerlo eructar? —pregunto.

Él asiente, tomando al pequeño y llevándoselo. Intento esperar a que vuelva para dormir abrazada a él, pero estoy tan cansada que acabo quedándome dormida.

Capítulo 33
Lindon

Pensé que pasaría mis días marcando en la pared cuánto tiempo falta para follar con Catherine, pero con un bebé pequeño exigiendo nuestra atención, hasta perdí la cuenta. Recién anoche me di cuenta de que ya había pasado la fecha.

Nos reconciliamos y realmente amo a mi complicada y peleona esposa, pero jamás diría que estoy bien sin sexo por tanto tiempo. Hubo una noche en que intentó hacerme una mamada, pero fuimos interrumpidos por el llanto de Chris. Después de eso, no lo intentamos más.

Realmente no estamos conectando. ¿Por qué carajos nadie me contó que después del parto nos convertimos en padres y que follar como antes se vuelve mucho más complicado? Le solté esa pregunta en la cara a mi hermano y se puso a reír de mí, recordando cuando volvió a ver a su esposa —ella quedó embarazada de gemelos por segunda vez.

Como consejo, me dijo que con el tiempo las cosas vuelven a la normalidad, pero que como había pasado poco tiempo, era normal que ella se sintiera mal en muchos aspectos, principalmente por no tener el cuerpo que tenía antes del parto.

Claro que no va a volver a ser como antes, pero para mí eso no cambia nada. Sigue siendo hermosa y puedo decir que su culo creció después de dar a luz a nuestro pequeño.

Sin embargo, solo después de esperar la llegada de la nueva niñera, que claramente será vigilada por los guardias, nos quedaremos Catherine y yo, juntitos, bien lejos de aquí. Ya le avisé a Liam que voy a necesitar otro descanso. Él entendió el motivo e incluso me sugirió ir al antiguo castillo de Cristálias, que está al oeste y no muy lejos. Para una escapada romántica, será perfecto.

Como pocos van por esa zona, incluso podremos empezar nuestra diversión en paradas estratégicas.

Catherine no sabe cuál es nuestro destino y la ventaja de Cristálias es que, si surge una emergencia, estamos a poco más de una hora de distancia. Un tiempo tolerable para atender a una madre desesperada.

Al caer la tarde, recibo un mensaje de mi esposa diciendo que le gustó la nueva enfermera y que nuestras maletas ya están listas para pasar un día lejos de casa.

Estuve a punto de saltar de alegría, pero me contuve, volviendo rápidamente, besando a mi hijo, recogiendo nuestras maletas y cargando a mi esposa para viajar conmigo.

Empiezo a conducir hacia la carretera de Cristálias, pero Catherine me recuerda algo:

— Amor, ¿compraste preservativos?

— Pequeña, solo usamos una vez, pero ya sabes que no tengo nada...

— No estoy hablando de eso, Lindon —se queja—. No sé cuándo vuelve a ser mi período fértil. No hablamos con el médico sobre que yo comenzara a tomar anticonceptivos y... no quiero otro bebé ahora.

Le toco la pierna.

— Si es el caso, me saco antes de venirme. ¿Satisfecha?

— ¡Ni de coña! —afirma, haciéndome suspirar—. Lindon, no sé a dónde me estás llevando, pero vamos a volver a la civilización y a comprar preservativos.

Detengo el coche.

— ¿En serio, Catherine? —pregunto, mirándola fijamente.

— Claro, ¿acaso quieres tener otro hijo ahora? Christopher tiene apenas unos meses... Si vuelvo embarazada antes de que

cumpla un año, tendrá un hermano o hermana.

— ¡Está bien! —digo, dando media vuelta con el coche y regresando a la ciudad.

Como no habíamos avanzado mucho, paro en la primera farmacia y compro unos cinco paquetes de ocho unidades, que le lanzo al regazo. Luego, retomo el volante.

— Wow, mi marido está bien motivado —comenta, riendo.

— ¿Crees que no aguanto?

— ¿Todo esto en 24 horas? —pregunta, con esa ironía característica en su voz—. Lo que sí tengo claro es que ni siquiera vas a abrir el segundo paquete —confirma—. Amor, estamos agotados criando a un bebé de casi dos meses. Exageraste.

— Habla por ti, esposa. —Sonrío de lado.

Ella coloca tres paquetes en la guantera.

— Si llegas a necesitar uno de esos, te daré un premio — declara.

— ¿Cuál? ¿Me vas a dar el culo? Si es así, prometo ser muy cariñoso.

— No he dicho eso, pero... si aceptas que vayamos como pareja a una casa swinger, tal vez lo considere.

Y otra vez volvemos al asunto de la jodida casa swinger. Ella sabe que no quiero, pero Catherine disfruta contrariarme.

— Este camino va a ser largo —comento.

— Solo si tú quieres, esposo.

Siento su mano en mi polla y me desabrocha el pantalón.

— ¿Puedes conducir mientras te la chupo?

Trago saliva, manteniendo la vista en la carretera, y siento el calor de su boca en mi verga. Joder, esta adrenalina es demasiado

buena. Reduzco la velocidad para que tardemos en llegar al castillo. Catherine tiene una boca adictiva.

— Si me corro, voy a distraerme, Pequeña.

— Entonces detente y fóllame, esposo —dice, levantándose y besándome en la mejilla.

Inmediatamente, encosto el coche cerca de un bosque más alto y reclino el asiento del conductor para que ella tenga espacio.

— Dame un preservativo.

Ella me lo da y me lo pongo, viendo cómo se quita las bragas, quedándose solo con un vestido suelto. La llamo para que se siente encima de mí. Toco su entrada, sintiendo la lubricación, y no tardo en meterme en su coño.

— Ve despacio, amor —pide ella.

— Voy a follarte bien despacio, hasta que tu coño se acostumbre otra vez a mi verga. ¿Está bien?

Catherine asiente con la cabeza y empiezo a penetrarla suavemente, tocando su clítoris. El médico dijo que el sexo posparto es diferente y más complicado. Por eso, tendré toda la paciencia del mundo.

— Tranquila, pequeña, que voy a cuidarte muy bien, mi amada.

Sus labios cubren los míos mientras sigo metiéndola. Siento que su humedad aumenta y la acerco más a mí. Tarda un poco, pero va relajándose y adaptándose a mi tamaño.

Su expresión de dolor y miedo inicial se transforma en placer, y mi preciosa comienza a moverse con más rapidez hasta que me corro. Entonces, aún con mi polla dentro de ella, toco su punto de placer para que también llegue al clímax.

— Wow, cuánto extrañaba esto —afirma, besándome.

— Yo también, pero esto fue solo un rapidito. Espera a que lleguemos a Cristálias para que veas lo que es follar de verdad.

Ella se levanta de encima de mí. Me quito el preservativo, que no se rompió, y lo tiro a la basura del coche. Solo entonces seguimos nuestro camino.

Al llegar al castillo, los dos empleados que viven allí nos indican las habitaciones reales disponibles. Voy a la que me designan y no tarda en que la ropa desaparezca y follemos en la cama, una buena cogida con mucho sentimiento.

Después seguimos con este momento de especie de luna de miel que no tuvimos. Aprovechamos cada rincón de la habitación, dejándonos consumir por el placer. A media noche, logramos dormir completamente agotados, pero satisfechos.

Nos despertamos tarde, pero mucho más relajados que antes. Claro que acertó al decir que no usaríamos todos esos preservativos, pero no iba a admitirlo. Es un hecho que tampoco quiero otro bebé ahora, pero no estoy en contra de la idea de tener, quién sabe, otro niño que crezca con Christopher. Sé lo bueno que es tener hermanos y creo que mi hijo debería tener uno, pero la cuestión ahora es convencer a mi deliciosa esposa.

Durante la mañana, ella llamó a casa para saber de nuestro bebé y nos informaron que durmió muy bien y está tranquilo. Pasamos parte del día paseando, pero cuando llegó la mitad de la tarde, entendimos que era hora de volver a nuestra realidad como padres primerizos.

Volvimos a casa más unidos y enamorados que nunca. Paré el coche y Catherine fue primero a ver al bebé. Yo la seguí, pidiendo que dejaran las maletas dentro. Sin embargo, cuando fui a ver quién estaba con mi hijo, una ira ciega me invadió, pero tuve que contenerme al ver a Catherine saludándola y tomando al bebé en brazos.

— Hola, hijo. Mamá te echó de menos.

La mujer me mira y de inmediato me reconoce.

— Amor, esta es Juliette. La enfermera nocturna que mandó mi madre.

Tenía que ser la reina Madelyne. La observo, y la infeliz tiene el descaro de estirar la mano para saludarme.

— Majestad. —Entonces mueve los labios, diciéndome en silencio: "por favor, no digas nada todavía".

Me alejo, yendo al cuarto, y me siento nervioso: ¿le digo o no a Catherine quién es en realidad la enfermera que mandó su madre?

— Amor, quiero que nuestro hijo duerma con nosotros. ¿Está bien? Voy a buscar esa cuna de cama que nos dio Lindsey y la dejaré allí.

— Está bien, Lindon.

Ella sigue acariciando al bebé y yo estoy fuera de mí, decidiendo si hablo o no. Sin embargo, lo mejor es no mentir y...

— Lindon, por favor. Está en tu cara que no te gustó la enfermera, pero... dale unos días. Así tendremos noches tranquilas, al menos para que yo pueda descansar.

Maldita sea. Entonces, mejor descubrir qué está haciendo la infeliz de mi ex, usando un nombre falso, trabajando en mi casa.

— Está bien. Voy a intentar soportarlo un tiempo.

— Lindon...

— Me voy a dar una ducha para relajarme del viaje. Te espero con nuestro hijo en la habitación —digo, alejándome.

Necesito saber qué hace Julia aquí en Diamántia y qué conexión tiene con mi suegra en Safovia.

***

Me despierto en medio de la noche y estoy furioso por haber perdido mi paz por culpa de la presencia de la mujer que cambió toda mi historia. Me pongo ropa más cómoda, y también que no dé ideas, y bajo para hablar con Julia. Después tendré una conversación muy seria con mi suegra.

No solo por esto, sino también la voy a confrontar sobre cierta conversación que escuché sin querer entre ella y doña Inessa. Algunas cosas me resultaron extrañas, pero... prefiero no decirle nada a Catherine por ahora, con la esperanza de que no se altere más de lo que ya está, especialmente con las preocupaciones y exigencias de cuidar a un bebé tan pequeño.

Después de pasar por la habitación del bebé y la sala común, la encuentro en la cocina, lavando algo en el fregadero.

— Tu perfume sigue siendo el mismo. Imaginé que vendrías a buscarme...

— Quiero saber por qué carajos decidiste venir a mi casa y trabajar de niñera de mi hijo. Solo cruzaste la frontera porque liberé una carta en blanco para la reina de Safovia. ¡Explícate, Julia!

Ella va a la nevera y llena un vaso de agua, evitando mirarme.

— Tienes un niño muy bonito —comenta—, se parece más a ti que a la madre, que por cierto es preciosa...

— Habla de una vez, Julia —la interrumpo, impaciente.

Ella se vuelve hacia mí y noto por qué se escondía. Lleva una blusa blanca, pero con varios botones desabrochados, dejando ver su sujetador negro, casi transparente.

Sin embargo, contrario a lo que imaginó, ya no siento nada por ella. Para mí, esta mujer es solo una sombra de un pasado horrible que quiero olvidar.

— Vine porque quería disculparme —comienza, cruzando los brazos para juntar los pechos.

— Ya veo que quieres disculparte —ironizo, como lo haría mi esposa.

Joder, no debería haber salido de la cama. Si Catherine aparece aquí, va a ser complicado de explicar.

— Es cierto, Lindon...

— ¡Desaparece ahora mismo de mi casa! —ordeno.

— Sé que te casaste obligado y... tenemos una historia. Podemos empezar de nuevo y borrar el pasado que...

Se acerca y la agarro del brazo, tirando de ella hacia afuera.

— ¡Desaparece de aquí, Julia!

— Lindon, no me hagas esto. Sigo siendo la mujer que amas.

— ¡Desaparece de mi vida!

— ¿Qué está pasando aquí?

Entonces ocurre lo peor. Catherine aparece al inicio del pasillo, encontrándose con Julia sujeta por mi brazo, la blusa abierta y la infeliz llamándome por mi nombre.

— Alteza, el príncipe me agarró por la fuerza y... —empieza Julia, dejándome helado con su absurda acusación.

— ¡No me mientas en la cara, perra! —responde Catherine, mirándola con firmeza.

— Digo la verdad, Alteza.

En ese instante, Catherine le da una bofetada a Julia, dejándome sorprendido.

— Amor, cálmate... —digo.

— Lindon, suéltala y ponte detrás de mí ahora mismo. Voy a decirle unas cuantas verdades a esta infeliz que le tira la onda a un hombre casado.

Al menos, mi amada esposa no creyó las mentiras de Julia. En realidad, conociendo la personalidad de Catherine, preveo que tendré que intervenir para que no mate a Julia con sus uñas.

— ¿Estás segura de que tu nombre es Juliette? Porque no fue lo que oí hace un momento —dice, caminando hacia la mujer, que aún se cubre la cara.

— ¡Auxilio! ¡La princesa está loca!

— ¡Deja de gritar o vas a despertar a mi hijo! —responde—. Mírame como la mujer que pensaste que tu pasado jodido podría quitarle el marido.

Julia me mira, pidiendo ayuda, pero jamás iría en contra de mi esposa en una situación como esta. La infeliz me acusó de acoso sin yo haber hecho nada.

— No entiendes... —empieza mi ex.

— ¿Qué no entiendo? —pregunta Catherine—. ¿Que perdiste a un hombre rico por haber hecho una cagada y ahora intentas recuperar lo perdido? Lo entiendo, sí, pero jamás haría algo como matar a un hijo en el vientre solo para salirme con la mía.

Entonces, Julia resopla, irritada, y se acerca a mi esposa.

— Nunca serás suficiente mujer para él —declara—. Pero yo sí lo fui...

— No necesito discutir con una escoria malamada quién soy para mi marido. Si él está a mi lado es porque luchó por mí. Si tú lo perdiste, es porque no eras real. Ahora desaparece de este reino, porque no quiero verte nunca más cerca de mi familia.

— ¡Guardias! —grito, y dos de ellos aparecen—. Recojan las cosas de esta mujer y devuélvanla a Brasil, que es su tierra. No podrá volver a cruzar la frontera de Diamántia. ¿Entendido?

Ellos simplemente asienten, pero antes de que alcancen a Julia, la escuchamos gritar:

— ¡Maldita mocosa!

— ¡Ahora sí me cabreaste, vaca hija de puta!

Catherine se lanza a los golpes, dando puñetazos y bofetadas a la infeliz. Ambas se golpean, pero claramente mi esposa es más fuerte. Incluso la dejo por unos minutos que le dé su merecido, porque Julia lo merece, pero pronto la tiro hacia mí, ordenando que se la lleven.

— ¡Déjame golpearla más, Lindon! —exige.

— Ya fue suficiente, amor —le susurro al oído, dándole un beso en la mejilla—. Esto se acabó y nunca más volveremos a ver a esa infeliz.

Capítulo 34
Catherine

Todavía tengo la sangre hirviendo por la paliza que le di a esa desgraciada de Júlia. En este momento, estoy tomando una ducha para quitarme la pésima energía de esa hija de puta.

No quería encontrarme con ella, pero después de verla, me di cuenta de que no era tan extraordinaria como imaginaba; incluso me gustó cerrar esa laguna que podría darme dolor de cabeza en el futuro. Fue el primer amor de mi marido. ¿Quién quiere conocer a la mujer que conquistó por primera vez el corazón del hombre que amas? Creo que nadie.

Después de despertarme con la voz fuerte de Lindon abajo, puse a Chris en la cuna y bajé para ver qué pasaba. Había notado que no le había gustado ella, pero no imaginaba el motivo. Pensé que era por su acento o algo más común. Sin embargo, cuando pidió que alejáramos a nuestro hijo de ella, imaginé que era algo más grave, pero necesitaba disimular para saber la verdad.

Esa tal Júlia es una mujer de piel bronceada, cabello ondulado y ojos verdes. Realmente es exótica, pero no sentí amenaza en ningún momento; sin embargo, percibí que solo era admiración por haber conocido a un príncipe de verdad.

¿Acusar a Lindon de acoso? Esa mujer solo podría estar loca por pensar que le creería. Ser la esposa de un seductor reformado me dejó bien curtida. Sé perfectamente que, si él quisiera engañarme, jamás lo haría forzando a una mujer. Por eso, le di una paliza y no quiero ver su cara por aquí ni muerta.

Le habría pegado mucho más, ¿sabías? Si Lindon no me hubiera detenido… Sin embargo, hay otro punto que me está hirviendo en la cabeza, y es sobre...

— Amor, ¿te hizo daño? —me pregunta, mientras sigo bajo el agua caliente.

— Lo veré después, pero... —cierro la ducha, tomando la toalla que él me entrega— hay algo raro en esta historia de que mi madre haya enviado justo a esa mujer aquí.

— Claro que lo hay —confirma—. Pero viniendo de tu madre, es complicado.

Suspiro, pensando lo mismo.

— Parece que está intentando separarnos, Catherine. Sé que siempre ha detestado la idea de nuestro matrimonio, sin embargo...

Sus palabras se pierden en el aire. No quería pensar en eso, pero todo indica que tiene razón. No obstante, estamos lejos de la casa de mis padres.

— Lindon, creo que deberíamos ir a Safovia.

— Esperemos que amanezca y nos vamos.

Él sostiene mi rostro y me besa.

— Estoy muy agradecido de que no hayas creído en esa infeliz...

Sonrío, abrazándolo.

— Jamás lo haría. Especialmente después de haber pasado el día juntitos, escuchándote decir que me amas...

— Y cuánto amo a mi esposa, que sabe como nadie cómo volverme loco —empieza, besando mi cuello.

— Y después de toda la historia que me contaste sobre...

— No hace falta decir su nombre, porque en mi cabeza solo existe una mujer: Catherine. Mi preciosa y sexy esposa.

Me da una palmada en el trasero.

— Te amo demasiado, mi amor. Por eso, confío en el sentimiento y en la familia que estamos construyendo.

— No te merezco, mi pervertida.

Lindon me aprieta más y siento su erección.

— ¿Crees que hay tiempo para una...? —pregunto.

Él toma mis labios.

— Nos damos prisa antes de que nuestro hijo despierte.

— ¡No olvides el preservativo, Lindon! —le recuerdo.

— ¡Joder! —responde quejándose.

Me suelto de él y corro hacia la maleta para cogerlo. Él me espera, quitándose la ropa. Como estoy solo con la toalla, no tarda en que volvamos a amarnos en nuestra cama.

***

— ¡Primer vuelo en avión del bebé más hermoso del mundo! —digo, colocando a mi bebé en el asiento, acomodado en la sillita.

— Está durmiendo plácidamente, amor. Con suerte, ni lo notará —comenta él.

— Eso espero. Mamó bastante.

— Con un pecho en la boca, cualquier hombre está feliz.

Me río de su comentario y me acerco, hablando al oído:

— Pero yo sé que a mi marido le gusta otra cosa en la boca.

— No empieces, Catherine —me amenaza, sujetándome la pierna con fuerza—, o tendré que darte una lección...

— Eso espero, pero... —vuelvo a pensar en el motivo de nuestro viaje— primero tenemos algo más importante que resolver.

— Querida, vamos a descubrir cuáles son las intenciones de tu madre y después, volveremos a casa. También quiero aclarar unas dudas con la señora mi suegra.

Me abraza y deja un beso en mi cabeza.

— ¿De qué estás hablando, Lindon? —pregunto.

Lo escucho suspirar hondo.

— Amor, primero necesito preguntárselo a ella, luego te contaré, porque no quiero llenarte la cabeza con dudas que podrían no ser nada.

— Sí, pero...

— No insistas. Quiero que ella me responda. No diré nada.

Estaba por insistir, pero en ese instante, Chris abre sus ojitos azules como los de su padre, dejándome preocupada.

— Ay, no —digo bajito, mirando la sillita.

— ¿Qué pasa...? Está bien. Se ha despertado —comenta Lindon, en el mismo tono que yo, al ver que nuestro bebé mueve los piececitos.

— ¿Crees que va a llorar? Podría ser el pañal lleno.

— Tenemos que aterrizar, Catherine. No se puede cambiar el pañal durante el despegue y el vuelo no es lo suficientemente largo para hacerlo en el trayecto.

Entonces comienza el sonido del despegue. Empiezo a mover la piernita de mi bebé, intentando calmarlo, pero ya veo su boquita curvándose hacia abajo.

— Tranquilo, amor —pido, escuchando el primer llanto.

— Tenemos que cambiar el pañal rápido o este niño nos va a reventar los tímpanos con su llanto.

***

— Ya llegamos, mi amor. Todo está bien, hijo.

Lo acuno después de cambiarle el pañal, pero no sirve de nada. Se alteró mucho con el ruido del avión. Aterrizamos en Safovia, pero mi bebé está demasiado agitado, ni siquiera el pecho lo consuela.

— Dame al niño, Catherine.

Hago lo que me pide, mientras lo escucho llorar fuerte.

— Parece que le duele algo.

— Deberíamos haber traído a Selene con nosotros —recuerda Lindon—. Pero podemos llamar a alguien aquí en Safovia. Tiene que haber pediatras que puedan ver a nuestro hijo.

Las puertas se abren y pongo una manta en el hombro de Lindon, con la intención de que nuestro bebé no se enfríe, que aún llora. Él va delante y yo cojo mi bolso, siguiéndolo.

Como la entrada del palacio de Safovia está cerca, no tarda en que estemos dentro.

— ¿Qué llanto de niño es ese? —pregunta mi madre y entonces, viene corriendo hacia nosotros—. ¿Qué le ha pasado a mi nietecito?

— Mamá, está llorando mucho —digo, desesperada—. ¿Hay algún médico que pueda verlo?

— Claro, dámelo. —Toma a mi hijo de los brazos de Lindon y camina en dirección a la enfermería.

Lindon y yo la seguimos. Entonces, el médico lo examina y dice que son cólicos. Después de medicar al pequeño, finalmente se calma.

— El bebé de mi bebé ya duerme —dice ella, besando mi rostro.

Finalmente puedo respirar con tranquilidad.

— Pero ¿por qué no me avisaron de que vendrían? Me encanta recibir a mi adorada hija, pero... no imaginaba que estarían aquí.

Miro a Lindon.

— Mamá, necesitamos hablar. Usted, Lindon y yo.

En ese instante, clava los ojos en mi marido y se irrita, mirándome.

— ¡Lo que te dijo es mentira, hija mía!

— Si van a exaltarse, necesito que alguien cuide de mi hijo. Fueron horas sin saber qué tenía y no quiero que vuelva a llorar — advierte Lindon.

— Annelise —recuerdo—. Voy a buscarla para que cuide del bebé y ya vuelvo para continuar con este asunto.

Me alejo, llevando a mi hijo, y los dejo allí. Annelise se alegra de verme, pero en este momento no tengo tiempo para charlas. Solo le digo lo que ya había dicho por teléfono, lo feliz que estoy de que haya conseguido quedar embarazada y esté a punto de dar a luz al tan esperado Sebastian.

Luego, regreso a la enfermería y ya encuentro a mi madre gritándole a Lindon:

— ¡Eso no es asunto tuyo! Ya no basta con llevarte a mi hija lejos de mí, ¿y todavía quieres que me odie?

— ¿De qué estás hablando, mamá?

Se miran.

— No vinimos por ese asunto, pero Catherine merece conocer la verdad.

— ¿Lindon...? —Lo miro, con una interrogación en el aire.

— ¿Recuerdas lo que hablamos en el vuelo sobre algo que quería preguntarle a tu madre? La reina piensa que te lo conté —

explica él.

— Mamá...

— Amor, ella y tu tía esconden un gran secreto que tiene que ver con tu nacimiento —afirma él—. Creí haber entendido mal, pero es peor de lo que imaginaba. Confiesa, Madelyne.

— Yo no...

— Mamá, dime la verdad.

— Pero eso ya no importa. Tú eres mi bebé. La bebé que siempre deseé y que...

— Madelyne, ya es hora de que Catherine conozca toda la verdad. —Mi padre aparece, probablemente después de haber escuchado nuestros gritos en la enfermería—. Si tú no se lo cuentas, lo haré yo.

— ¡Adolfo, me lo prometiste...!

— Eso fue cuando aún era adolescente. Catherine es una mujer casada y madre. Merece saber la verdad.

Veo lágrimas nublar el rostro de mi madre y percibo que no es algo que me gustará saber. Mi corazón se oprime y... ya no sé si quiero esa verdad que me ofrecen.

— Mi bebé, no lo hice con maldad. Solo te deseaba tanto y...

Mi padre se acerca a mí. Mamá intenta detenerlo, pero él no se lo permite, mirándola fijamente.

— ¡Catherine va a odiarme, Adolfo! ¡No puedes darme una hija y quitármela de esta forma! —se queja mi madre.

Él no le responde y solo vuelve sus ojos hacia mí.

— Querida, lo que voy a decirte es algo impactante en tu historia, pero... es la verdad. —Traga saliva—. Como solo te encontramos después de la prueba de ADN, sabes bien que eres mi

hija, pero necesito decirte que tu madre biológica no es la reina Madelyne.

El llanto escandaloso de mi madre inunda la habitación y mi corazón duele al verla así.

— ¿Por qué, Adolfo? Parece que disfrutas haciéndome sufrir.

Mi padre no le responde y solo mantiene sus ojos fijos en mí.

— Todo esto comenzó porque Madelyne tuvo muchas dificultades para quedarse embarazada después del nacimiento de Stephan. Por eso, hicimos varios tratamientos, pero nuestra última esperanza fue contratar a Ivana, para que fuera nuestra vientre de alquiler. Sin embargo, el embrión no prosperó y... —cierra los ojos, apretando los labios— poco después, tuve un desliz con esa mujer y de ese único encuentro, tú fuiste concebida.

Mi corazón falla un latido.

— ¡Dios mío! —exclamo, llevándome las manos a los labios.

Lindon aparece, sujetándome por detrás, y me aferro a sus brazos, más impactada de lo que podría imaginar.

— ¡No quiero volver a verte la cara, Adolfo! —grita mi madre —. Acepté que hubieras dormido con otra mujer, pero dije que la bebé sería mía. ¡Solo mía!

— Amor, no se puede mantener esa mentira toda la vida de Catherine —argumenta mi padre.

— ¡Nunca te perdonaré, Adolfo! ¡Catherine Grace es mía, por todo lo que tuvimos que superar después de lo que me hiciste!

Siguen discutiendo, mientras percibo que la verdad es mucho peor de lo que imaginaba. Soy fruto de un desliz. Soy una princesa ilegítima.

— Lindon, necesito salir de aquí... —pido.

— Hija, hay algo más —dice mi padre.

— Rey Adolfo, mi esposa... —comienza Lindon.

— Sé que amas a mi hija, pero necesita saber todo. Nunca se sabe lo que puede pasar mañana. Necesito decir la verdad que me asfixia desde hace años.

Lindon me mira, pidiendo confirmación, y solo asiento con la cabeza.

— Acabe con esta historia de una vez —pido.

— Tu madre, Madelyne, quería quedarse contigo a toda costa y usó eso para que nuestro matrimonio se mantuviera. Ivana aceptó continuar el embarazo bajo un acuerdo con nosotros, pero los guardias la mantenían oculta en el palacio mientras la reina usaba una barriga falsa, disfrazando quién realmente estaba gestando al bebé real. El día de tu nacimiento, entregamos una gran suma de dinero a Ivana, pero en cuanto tu madre biológica te vio en brazos de la reina y entendió que no volvería a verte, renunció a todo, huyendo contigo y su hermana, Inessa, del palacio esa misma noche. Justo ese día, comenzamos la búsqueda de la princesa desaparecida.

— ¡Lo que hicieron es... completamente criminal! —digo, con los ojos llenos de lágrimas.

— Hoy veo que fue un error —dice mi padre—. Usé mi desliz para permitir que...

— No fue un desliz —lo corrijo—. Papá, engañaste a la reina, que... indiferente a todo, también es mi madre, y usaste tu culpa para permitir que compraran a un bebé ilegítimo de una mujer pobre —exclamo, indignada—. ¡Eso es enfermizo y criminal!

— Hija...

— ¡Pensé durante años que fui la bebé secuestrada y ahora descubro que quienes intentaron apartarme de mi verdadera madre fueron ustedes! —grito, alejándome de ellos—. Intentad imaginar

cómo está mi cabeza ahora... ¿Podéis? ¡Ni siquiera sé quién soy! —grito, nerviosa.

Stephan aparece en la puerta.

— Caty, ¿qué...?

— ¿Tú también lo sabías? ¿Que mi verdadera madre no es la reina? —pregunto.

Él solo me abraza, mientras lloro, desesperada.

— Caty, yo... nunca lo supe, pero eres y siempre serás mi hermanita.

— ¡No sé quién soy! —digo, entre lágrimas—. ¡Quiero desaparecer de aquí...!

Entonces, Stephan me lleva al coche y comenzamos a correr hacia un destino que desconozco. Miro hacia atrás y solo veo el castillo de Safovia alejándose, pero eso no es suficiente para aplacar todas las preguntas que surgen en mi mente.

Capítulo 35
Lindon

Después de haber escuchado una discusión entre doña Inessa y la reina Madelyne sobre el tipo de sangre de mi esposa, imaginé que había algo raro, pero jamás pensé que sería algo así. Que la reina orquestara una especie de secuestro de una bebé real que crecía en el vientre de la amante del rey.

Claro que fue demasiado para mi esposa y, en este momento, lo que necesita es algo de familia, y yo no podría darle las respuestas que están en su mente. Yo sé quién soy y los cuatro somos parecidos, pero si algo así me hubiera pasado, estoy seguro de que, sin lugar a dudas, necesitaría a uno de mis hermanos.

Stephan me hizo una señal antes de llevarse a Catherine y, en este momento, salgo de la sala de la enfermería, escuchando la discusión entre el rey y la reina.

— ¡Tú me quitaste a mi bebé! ¡A mi Grace! Nunca me lo perdonará.

— Madelyne, no podía guardar por más tiempo esa mentira. Sé que enviaste a la ex de su marido para que Catherine desistiera del matrimonio y regresara aquí. Perdiste el control. Cerré los ojos demasiadas veces ante tus artimañas, ¡pero no permitiría que mi hija fuera infeliz por un simple capricho tuyo!

— ¡Él me la quitó! —Señala hacia mí.

— ¡Ella nunca fue tuya, mujer! Tienes que entender que, incluso con ese acuerdo loco que hicimos hace años, Catherine es una persona con personalidad. No es una muñeca que obedece tus caprichos...

Entonces me alejo, seguro de que la reina necesita un tratamiento psicológico. Sin embargo, tengo algo más urgente que

me preocupa en este momento: mi pequeño, que está con Annelise.

Llamo a su puerta y ella me atiende. Puedo ver su vientre claramente en un estado avanzado de gestación.

— Puedes pasar —dice ella en voz baja.

Obedezco y encuentro a mi hijo durmiendo plácidamente.

— ¿Cómo fue allá abajo? Stephan bajó en cuanto escuchó los gritos de la reina.

Suspiro.

— En resumen, Catherine descubrió de la peor forma que su verdadera madre no es la reina, sino una mujer pobre llamada Ivana, que tuvo un romance con el rey. Madelyne quiso quedarse con la niña de todos modos, dándole una gran suma de dinero. La madre se arrepintió a último momento y huyó del palacio con la recién nacida.

— ¡Santo cielo! —exclama—. Debe estar destrozada. Hace pocos años descubrió que era princesa y ahora resulta que era una hija ilegítima del rey.

— Sí, y creo que por eso Stephan la llevó a dar un paseo. Mientras tanto, cuidaré de mi hijo. Por favor, no comentes con nadie lo que te he dicho y no permitas que nadie se acerque al niño. —Suspiro—. No sé cuál será el próximo paso de Catherine, pero sé que no va a empezar permitiendo que alguien, que no seamos nosotros, coja al bebé.

— ¿No crees que sería bueno traer a su tía aquí? —pregunta —. Aún hay cabos sueltos por resolver y... como la madre biológica está muerta, pero aún así dejó una hermana, solo ella debe saber el otro lado de la historia.

Lo pienso un momento y Annelise tiene razón. Entonces, envío un mensaje al aeropuerto para que la busquen y, mientras tanto, cuido de nuestro hijo.

Las horas pasan y, por suerte, Catherine dejó algunos frascos de leche en un recipiente con hielo. Pedí que los calentaran y, en cuanto nuestro pequeño despertó, tenía hambre. Me encargué de todo como aprendí, y lo volví a dormir.

— Pensé que necesitarías ayuda, pero sabes muy bien lo que haces —comenta Annelise, entrando en la habitación de Catherine, donde me encuentro ahora.

— Insistí para que solo unas pocas personas cuidaran de nuestro hijo. Por eso, aprendí a cambiar pañales, a bañarlo, a darle el biberón y hasta hacerlo eructar. —Juego con la piernita de mi hijo —. Al principio fue complicado, pero ahora puedo cuidarlo solo sin problema.

— Voy a pedirle a Catherine que te alquile para entrenar a Stephan, para cuando nazca nuestro Sebastian —comenta, admirada.

Sonrío.

— Amo ser padre de este niño y, algún día, espero tener más hijos con mi Catherine.

— Me alegra saber que sois felices. Fue complicado que os entendierais, pero me alegra que haya funcionado.

— Sí...

Entonces escucho una notificación en el teléfono.

— ¿Qué pasa? —pregunta Annelise, notando mi expresión de preocupación.

— Doña Inessa ha llegado. Por la hora, imagino que Catherine ya debe estar regresando —comento.

— Puedes dejármelo a mí —dice ella, extendiendo los brazos.

— Gracias, y lo repito: no permitas que nadie toque a nuestro bebé, salvo yo o Catherine.

— Claro, puedes irte tranquilo.

Salgo por el pasillo y voy hacia la entrada del aeropuerto para encontrarme con la señora, que ha venido sola.

— Dejé a Raíssa cuidando de la casa. Pero dime, ¿qué ha pasado con Catherine?

Suspiro antes de responder:

— El rey contó la verdad sobre el pasado de Catherine.

Su rostro palidece.

— ¿Dónde está la niña?

— Salió hace unas horas con su hermano y... estamos esperando.

Ella asiente con la cabeza.

— Ayúdame a instalarme. No puede conocer solo un lado de la historia. Hay muchas cosas que deben decirse y estoy segura de que no se ha enterado de todo.

— Por eso te llamé. Este asunto no se puede seguir postergando. Catherine está sufriendo y no puedo hacer mucho.

Ella resopla.

— Ha llegado el momento de acabar de una vez con estos dolorosos secretos. Le duela a quien le duela.

Capítulo 36
Catherine

No sé cuánto tiempo ha pasado, pero estoy tan inmersa en pensamientos que parecen no querer encajar, que ni siquiera noto cuándo Stephan reduce la velocidad.

Al comienzo del viaje, solo lloré, desahogando toda la rabia que sentí por todo y por todos. También por cómo me sentí sin rumbo al no saber realmente quién era. Durante todo ese tiempo, mi hermano simplemente me escuchó. Ahora, en este momento, solo pienso en lo injusta que fui con mi tía y mi verdadera madre.

Durante años consideré a Ivana como mi madre, pero cuando supe que era princesa, realmente cambié. Acusé a mi tía de encubrir un secuestro, incluso considerándola aún así mi madre adoptiva. Me volví una chica rebelde contra quienes realmente eran mi familia y abracé a una madre que, en realidad, casi fue mi secuestradora.

¿Y si eso hubiera pasado? ¿Cómo habría sido Grace?

— Ya llegamos —dice Stephan, saliendo del coche, y entramos en una cafetería de carretera.

— ¿Qué lugar es este? —pregunto, caminando a su lado.

— Es mi refugio cuando todo se vuelve una locura, Caty. Por eso te traje aquí.

Entramos y un señor saluda a mi hermano por su nombre. Vamos hacia una mesa en la esquina. Este lugar parece mucho a esas tiendas antiguas de batidos americanas. No había muchas en Filadelfia, pero las vi en muchísimas películas. Las mesas y los asientos son rojos, y los detalles, blancos.

Corrigiendo, el dueño se inspiró totalmente en los diseños americanos.

— Hola, Stephan. ¿Qué vais a pedir? —pregunta la camarera.

— Un batido de chocolate para mí y... —Me hace una señal.

— Fresa.

— Uno grande de fresa para ella —dice, y la mujer se aleja.

Nos quedamos mirándonos por unos minutos y las lágrimas vuelven.

— Si sigues mirándome así, voy a llorar más y querré desaparecer del mundo...

— Caty, sé que fue difícil descubrir de esa forma cómo fuiste concebida, pero... —me toma de la mano—, indiferente a todo, eres y serás para siempre mi hermanita.

Cierro los ojos, agradecida, y las lágrimas mojan mi rostro.

— Nuestra diferencia de edad no es muy grande, por eso recuerdo pocas cosas. Recuerdo a mamá con una barriga que nadie podía tocar y a una empleada suya que sí estaba embarazada...

— ¿Conociste a mi madre?

— Recuerdo que era muy amable conmigo y... tenía ojos color miel, como los tuyos —comenta, haciéndome sonreír.

— Nuestros rizos son del padre —digo.

— Sí, lo son —afirma—. Pero Caty, sé que vas a querer que tu tía también te cuente su parte de la historia. Sin embargo, indiferente a todo, mamá te ama tanto que daría el mundo por ti. Sé que estás dolida...

— Step, nunca más podré mirarla a la cara sin pensar que pudo haberme secuestrado de bebé y hecho creer a todo el reino que yo era su hija...

— Lo sé, pero aun así, tienes que entender que lo hizo por desesperación.

— ¡Eso no tiene sentido, Stephan!

— Sé que parece una locura, pero tú viste durante años lo estresados y desesperados que estuvimos Anne y yo para tener un hijo, ¿verdad? —pregunta—. Claro que no engañé a mi esposa, pero imagina saber que perdiste al último embrión disponible y, en medio de todo eso, descubrir que fuiste traicionado. Entonces, surge una esperanza por medio de un bebé de sangre real creciendo en el vientre de otra mujer. Sé que muchas desearían que la otra muriera, pero mamá no piensa así. Su deseo de tener una "bebé" era mayor y solo aprovechó la oportunidad para cumplir su sueño.

— ¡Lo que hicieron fue incorrecto! —afirmo.

— Sí, claro, ¡pero no se puede cambiar el pasado, Caty! Puede que se haya equivocado, pero usó todo el dolor de mujer traicionada para criar a la hija de la amante. No es fácil eso.

— Si intentan quitarme a mi hijo, me convierto en una leona. No puedes convencerme de que mi madre hizo bien en querer quedárselo.

— ¡Ya veremos! —afirma—. Sé que estás herida, pero acerté cuando te casaste con Lindon, ¿no? Siento que hay más detrás. Pronto lo descubrirás.

Entonces, llegan nuestros batidos y empezamos a hablar de temas más ligeros. El tiempo pasa y empiezo a sentir dolor en los pechos.

— Tenemos que volver, Stephan.

— Está bien, pero... pese a todo, soy tu hermano y el rey es tu padre. Aunque tu madre sea otra, eres y siempre serás la princesa Catherine Grace Aurum Stell, de Safovia.

— Muchas gracias por apoyarme.

***

Llegamos y ya es de noche.

— Quiero ver pronto a mi Christopher —comento.

— Pensé que estabas interesada en Lindon.

— Pero el que tiene hambre en este momento es mi bebé, no mi marido.

Él se ríe y lo abrazo.

Pensando en lo que dijo, hasta logro entender algunas cosas, pero... necesito las respuestas de mi tía. ¿Cómo era realmente mi madre y cuál fue su implicación con el rey?

Subo a mi habitación y veo a Lindon acunando al bebé.

— Amor, ¿estás mejor? —me pregunta.

— Sí, pero... debe estar hambriento —comento, tomando una muda de ropa de la maleta que traje—. Voy a darme una ducha rápida y luego lo tomo.

— Claro.

Entro al baño y, solo con sentir mi olor, el bebé empieza a llorar. Me apresuro lo más que puedo y salgo solo con el albornoz, sentándome en la cama.

— Hola, amor. Mamá está aquí —digo, colocando su boquita en mi pecho, que ya está endurecido de tanto leche. Él succiona con fuerza y hasta duele un poco cuando empieza.

— Catherine...

— Necesito hablar con mi tía, pero... después de que él termine de mamar.

— La traje desde Diamantia.

Cierro los ojos, respirando hondo.

— ¿Ella te dijo algo? —pregunto.

Él niega con la cabeza.

— Está en la habitación de huéspedes, aquí al lado. Si quieres, puedo traerla ahora.

— No quiero que Chris sienta la tensión. Podría exaltarme y eso podría alterarlo.

Él se sienta a mi lado.

— Amor, sin importar lo que se resuelva sobre tu pasado, estoy contigo para apoyarte en todo. Para mí, no importa si eres plebeya o princesa, sino que eres la mujer de mi vida.

Me da un beso.

— Muchas gracias, Lindon. No imaginas cómo está mi cabeza...

— Sí, pero yo y nuestro hijo somos tu familia. Diamantia es tu hogar y, como eres mi esposa, lo que es mío, es tuyo. Mi familia también es la tuya.

— Te amo muchísimo.

— Yo también, mi amada.

***

El tiempo pasa y, después de amamantar a mi bebé y hacerlo eructar, se duerme tranquilo. Dejé a mi pequeño con mi marido y fui a la habitación donde estaba mi tía. Esta conversación quería tenerla a solas. Necesito cerrar cuanto antes este capítulo de mi historia.

— ¡Puedes pasar, Catherine! —grita desde dentro.

Abro la puerta y la encuentro sentada en una silla, tomando un té que seguramente le fue servido por algún empleado de la casa.

— Tardaste tanto que el té se enfrió —comenta.

— No importa —respondo—, no vine por el té.

— Lo sé. Lindon me avisó que ya te contaron la verdad.

— No fue la reina, sino mi padre. Solo quiero que me digas una cosa: La verdad. No salgo de aquí sin saber qué es lo que tanto escondes.

— Siéntate, Catherine —exige.

Lo pienso por un momento y obedezco, acomodándome en la silla frente a ella. No espero nada más, solo repito lo que quiero mientras la veo respirar.

— No sé qué te han dicho, pero Ivana casi lo perdió todo por vivir aquí.

— ¿Qué quieres decir?

Ella mira hacia la ventana.

— Me equivoqué tanto, pero...

— Deja ya tus analogías sin sentido. Dime qué promesa era esa de la que hablabas. ¿Por qué hiciste lo que hiciste y vives diciendo que te arrepientes?

Ella aprieta los labios.

— Está bien. Empezaré hablándote de quién fue tu verdadera madre, la que te dio la vida: Ivana. Mi hermana menor, que se fue, pero dejó su alma en ti. También siempre fue atrevida e incontrolable. —Sus labios se curvan en una sonrisa—. Pero en esa época, habíamos pasado por una gran nevada que dejó nuestras despensas vacías. Sabes bien que ni yo ni tu madre teníamos riquezas.

Solo asiento con la cabeza.

— Tus abuelos habían fallecido y yo me volví, en cierto modo, la madre de Ivana, pero un día, cuando fuimos a trabajar como limpiadoras al palacio, la reina la vio. Tu madre, como tú, no tenía talento para la limpieza, así que la reina la eligió como

acompañante. Fue entonces cuando se comentó el problema de fertilidad de la reina. Había tenido complicaciones en el parto de su hijo y varios médicos le dijeron que no podría tener más hijos, pero aun así, pedía al cielo que le diera una hija.

Así que esta parte de la historia se confirma. La reina realmente no podía tener más hijos.

— Un día, Ivana volvió a casa y me contó que la reina había encontrado una solución para tener a su princesa, pero la necesitaba a ella. Entonces surgió la idea de un vientre de alquiler; así tendríamos dinero para vivir cómodamente el resto de nuestras vidas. Mi hermana no tenía intención de tener hijos, pero aceptó el plan de llevar al bebé real y que la reina usara una barriga falsa hasta el día del parto. Cuando eso sucediera, dirían que Ivana perdió al bebé y la reina se quedaría con la criatura. Pero el destino tenía otros planes.

— Perdió al bebé real.

Mi tía asiente.

— Según dijo el médico, fue un aborto espontáneo que hizo llorar a todos. La reina ya no tenía óvulos y eso la desesperó aún más. Entonces, en una noche inusual, en la que ella, muy involucrada en el seno de la familia, se sentía mal por haber perdido al bebé, el rey le dijo que no era culpa suya y, por casualidad, en medio de la tristeza provocada por una criatura que no sobrevivió, se involucraron.

— ¿Ivana amaba al rey? —pregunto.

— No, pero... le tenía mucho cariño. Comentó que se arrepintió profundamente de esa noche. El rey no fue su primer hombre, pero para ella era un amigo, casado con una mujer a la que apreciaba. Ivana sabía que estaba mal y él, más aún, pero ambos se lo permitieron. Al final, se sintieron peor que antes.

— Mi padre dijo que se equivocó.

— Sí, se acostó con la acompañante de su esposa y a la mañana siguiente, se lo contó todo a la reina. Ivana confirmó la historia y fue despedida. Sin embargo, nadie esperaba que de ese acto, tú fueras concebida. Tu madre intentó ocultarlo durante unos meses, pero pronto la información llegó a oídos de la reina. Lo que antes era una amistad se transformó en otra cosa.

Bebe un poco del té que hay sobre la mesa.

— La reina pasó meses llorando por haber perdido su última oportunidad y, aún más, por odiar al marido que la hirió cuando ya estaba destrozada. Todos pensaban que sería el fin de ellos, pero entonces todo cambió cuando supo que tu madre estaba embarazada de un bebé real. Después de eso, Ivana se vio obligada a permanecer en el palacio, motivada por el pacto anterior, cargando un peso extra por la culpa de haber traicionado la confianza de la reina. Le dije que el bebé no se había concebido solo, pero como tu madre no pensaba tener hijos, aceptó los nuevos términos, y todos se alegraron con la llegada de la tan esperada nueva heredera real.

— Entonces, ¿la reina hizo un anuncio? ¿Fue eso? — pregunto.

— Sí, todos supieron del nuevo heredero Aurum, y entonces mi hermana ya no pudo salir de aquí. El embarazo fue avanzando y la reina se puso radiante al saber que sería una niña. Pero, al acercarse el parto, Madelyne informó que Ivana no podría ver a la niña después del nacimiento. Tendría que tomar el dinero, irse de Safovia y no volver jamás. A pesar de ir contra el acuerdo, tu madre ya había empezado a sentir algo por ti. Como también eres madre, sabes bien lo que es tener un bebé moviéndose dentro de ti.

Bajo la mirada, pensando en cómo debió sentirse Ivana, y todo empieza a pesar en mi cabeza. Entiendo que al principio no me quería, pero los sentimientos cambian, ¿verdad? Sin embargo, aún hay puntos sin resolver.

— ¿Y mi padre? ¿Qué hizo?

Ella suspira.

— El rey sabía que la niña era suya y quería a la criatura como su princesa, como de hecho ocurrió, pero también deseaba que Ivana tuviera contacto contigo mientras crecías aquí. Siempre pensó así, incluso antes de la pérdida del primer embrión. Para tu padre, una madre subrogada también es una madre, pero la reina quería que nosotras desapareciéramos para que tú jamás supieras quién fue tu madre biológica.

— Debisteis sufrir mucho.

— Después de los últimos exámenes, tu madre quiso huir estando embarazada, pero tu padre la convenció de que lo mejor era que nacieras en un lugar más apropiado. El rey dijo que hablaría con la reina, pero es de imaginar que, tras su traición, su palabra ya no tenía el mismo peso. En una noche de luna llena, en una de estas habitaciones, naciste tú. La reina estaba exultante, pero Ivana empezó a comprender que, aunque el rey quisiera, su esposa jamás le permitiría verte de nuevo. Entonces, hizo que pareciera que la bebé estaba enferma y así logró salir del palacio contigo en brazos. Las dos huimos apresuradamente por las fronteras y te registramos en cuanto llegamos a Estados Unidos, diciendo que habías nacido durante el viaje. Como eras hija de Ivana, no hubo problema. En la madrugada en que salimos de aquí, tu madre me pidió que, si algo le sucedía, jamás reveláramos tu procedencia. Tampoco diríamos que eras una princesa, pero ciertos hechos... me obligaron a traicionar su memoria.

— ¿De quién hablas? No me dejes sin información. Quiero saberlo todo. Forma parte de mi historia.

— Pero es la parte de la historia por la que más me culpo —confiesa—. Sobre todo porque yo misma lo acerqué a nosotras. —Se seca los ojos—. Tu tío Bóris, padre de Raíssa, mi exmarido, que hoy está preso por una denuncia mía.

Me llevo la mano a la boca.

— Nunca volviste a hablar de él, pero... no imaginaba que estaba en la cárcel —afirmo.

— Después de la muerte de tu madre, creí que tendría fuerzas para cuidar de las dos niñas junto a él, pero... me equivoqué al confiar. —Se seca los ojos de nuevo—. Tú y Raíssa erais muy pequeñas para entender la dimensión del acto enfermo que vi con mis propios ojos. Si no lo hubiera denunciado y alejado de nuestras vidas, habría sido mucho peor para todas.

Recuerdo las peleas, pero jamás imaginé que fuera algo tan grave.

— Como quieres saberlo todo, te lo diré, pero te pido que aún no se lo cuentes a Raíssa. Cuando vuelva a preguntar por su padre, seré yo quien se lo diga.

— La verdad no es solo mía para divulgar, pero quiero saber a qué riesgo me enfrenté.

Ella respira hondo.

— Una de las veces que había trabajado de noche, regresé un poco más temprano y vi la puerta de tu cuarto entreabierta. Me preocupé pensando que habías salido con algún noviecito o algo así, pero... lo que encontré, en plena madrugada... —Humedece los labios—. Vi al hombre que amaba acostado a tu lado, tocándose íntimamente mientras miraba tu cuerpo dormido. Gracias al cielo, no llegó a hacerte nada, pero aquello me dio náuseas y me llenó de rabia. Tendrías unos trece o catorce años. Estabas empezando a tener forma de mujer, pero seguías siendo una niña. Por eso lo denuncié. Él dijo que solo había sido esa vez, pero ¿cómo creerle? Si lo permitía, podría haber abusado de ti o incluso de su propia hija.

Las lágrimas nublan mis ojos.

— Por eso llorabas todos los días.

Ella asiente con la cabeza.

— Él tenía más recursos, pero lo más importante era proteger a mis niñas. Pero, lamentablemente, no tuve fuerzas suficientes para mantenernos bien. La noche que te conté quién era tu padre, estaba desesperada. Había perdido otro trabajo y no era fácil encontrar uno nuevo. Las opciones para nosotras tres eran pésimas... O las dejaba en riesgo al involucrarme con el crimen para conseguir dinero, o te contaba quién era tu verdadero padre. Pero no esperaba que la reina actuara como lo hizo cuando llegamos aquí... intentando borrar por completo la memoria de tu verdadera madre. Cuando te escuché llamándola "mamá", la culpa me amargó, y por eso dejamos de entendernos. Pero para mí, siempre serás como una hija, aunque seas mi sobrina.

Me levanto, pensando en todo, y gracias a Dios, tuve una pausa... o no habría soportado. Es demasiado para cualquier persona.

— ¿Por qué no me lo contaste antes? —pregunto.

— No podía. Eras demasiado joven y bastante impulsiva. Nadie podría prever lo que harías si supieras la verdad a los quince años.

— Fui presentada como princesa... —respondo.

— Y lo eres. Puede que seas una hija ilegítima, pero el rey siempre supo que eras suya y te reconoció. Solo tu madre no era quien creías.

La miro.

— Necesito irme de este lugar. La reina Madelyne... ha sobrepasado todos los límites.

— Sí, es cierto —afirma—, pero este palacio aún será tu hogar. Ahora, casada, tu lugar es al lado del príncipe Lindon y de tu hijo. Pero piensa antes de actuar.

Se levanta y acaricia mi rostro.

— Te pareces mucho a tu madre, pero eres más fuerte que cualquier mujer Smith que haya vivido.

Conmovida, la abrazo, agradecida por haber cuidado de mí todos estos años.

— Muchas gracias por contarme todo y por cuidar de mí. No sé cuál habría sido mi destino si no hubieras estado a mi lado.

— Siempre estaré para ti, Catherine.

Ella besa mi mejilla y ahora puedo ver que realmente estoy cerrando los cabos sueltos de mi tortuoso pasado.

Capítulo 37
Lindon

Catherine pasó más de una hora con su tía y regresó llorando más que antes. Cuando supe la magnitud de los hechos, me dieron ganas de mandar a matar a su tío y darles una lección a los reyes de Safovia. Sin embargo, quien me necesita en este momento es mi esposa, que llora en mi pecho.

— Lindon, todo se volvió distinto. Está todo confuso.

— Ya te lo dije, para mí no importa quién fue tu madre, sino que tú eres mi esposa. Te amaré, pese a todo eso, Pequeña.

Le beso la cabeza.

— Esa es otra cuestión. La reina y el rey hicieron de todo para quitarle un recién nacido a su madre... Si Ivana no hubiera huido, jamás sabría quién era ella...

— Eso es verdad. Pero hay un punto que tu hermano mencionó y es cierto. Fueron actos desesperados. Eres hija del rey, no había otro niño que pudiera sustituirte, y también está el hecho de que Ivana inicialmente solo quería el dinero.

Ella asiente y luego me abraza más fuerte.

— Pero, a pesar de todo el dolor, todavía amo a mi madre reina. Lindon, ella siempre me llenó de amor desde el primer instante en que me vio. Sí... hay algo de posesión en ese sentimiento...

— Lo hay. Y hablando de eso, tu padre confirmó nuestra teoría. La reina envió a Júlia a nuestra casa porque te quería aquí y soltera.

— Lo imaginé, pero no quise dar rienda suelta a mis pensamientos —comenta.

— Gracias al cielo, no logró separarnos, pero creo que su matrimonio no resistirá este golpe —afirmo.

— No lo sé. Mis padres, aunque se equivoquen, se aman demasiado. —Suspira—. Dios, todavía los llamo mis padres...

— No vas a cambiar tu forma de pensar de un momento a otro. Hace poco dijiste que aún amas a tu madre reina posesiva, y tu padre sigue siendo tu padre.

— Todo mal hecho, pero es mi padre.

Nos quedamos en silencio unos instantes.

— Y pensar que él es el rey fuerte que exigió el pacto de honor en el acuerdo de los Tres Reinos —comento.

Acaricio su cabello rizado.

— Amor, creo que heredaste la fuerza del rey Adolfo —añado —. Pero te digo algo: sea cual sea tu decisión, estaré a tu lado.

— Lindon, necesito un tiempo, pero... ya no quiero quedarme aquí. Voy a recoger las últimas cosas que dejé atrás y nos iremos.

— Es de noche. ¿No crees que sería mejor esperar al amanecer? Especialmente por Chris.

Ella asiente con la cabeza y tira de un cuadro en la pared, revelando una caja fuerte oculta.

— ¿Qué guardas ahí? —pregunto, curioso.

— Nada importante. Seguro que te reirás de mí si lo ves — dice, tomando algunos papeles y metiéndolos en la maleta.

Me levanto de inmediato y veo nuestros nombres dentro de un corazón, al estilo adolescente.

— Qué tierno... —Leo uno de ellos—. Princesa Catherine Grace Aurum Stell.

— No te creas por eso —comenta.

— Claro que me creo —afirmo, haciéndola reír—. Era el amor de infancia de mi esposa. Eso eleva mi ego al máximo.

— Como si lo necesitaras.

La atraigo hacia mí, haciéndola caer sobre la cama.

— Soy muy feliz de estar casado con la deliciosa señora Stell.

Me da un beso casto y vuelve a revisar la caja fuerte. Saca más papeles y también una caja de joyas.

— Es un regalo de la reina —dice—, mis primeros zafiros.

— Creo que deberías llevártelos. Siempre serás una princesa de Safovia.

Ella asiente y seguimos guardando sus cosas. Pero con un bebé pequeño, es difícil hacerlo todo de una vez.

Más tarde, nos informaron que se serviría la cena. Catherine no quiso ir, pero Stephan avisó que los reyes no estarían presentes. Así que nos sentamos los dos matrimonios y doña Inessa en la mesa. Fue algo silencioso y bastante tenso; los reyes estaban encerrados en su ala y nadie podía acceder sin invitación.

— ¿Crees que lo solucionarán? —pregunto a Stephan, que está a mi lado.

— Sí —afirma—. Si resistieron a una traición y a las artimañas de mi adorada madre, podrán, pero necesitarán tiempo. Aprendí mucho de mis padres sobre resiliencia y amar pese a los errores y defectos. Claro que nunca acepté la traición del rey, pero la reina fue fuerte al perdonarlo y seguir amándolo. Cuando mi hermana desapareció, fue cuando más se unieron. Creo que tendrán fuerzas para lidiar con las consecuencias de la verdad revelada.

— Van a necesitar mucha fuerza.

— Sí, pero ya hemos llamado a ayuda profesional para asistirlos. Solo esperaré unos días para hablar con Catherine sobre el

asunto. ¿Te ha dicho qué va a hacer?

— En principio, vamos a volver a casa. Después, el tiempo dirá el camino que tomará, pero voy a apoyar la decisión de mi esposa.

— Esperamos que Safovia resista a esta enorme tormenta.

Levanto mi copa de vino.

— Brindemos por eso.

***

Han pasado tres semanas desde que regresamos de Safovia y noto que mi esposa está distinta. Más callada, ha perdido el brillo en la mirada de antes. Llego a casa y noto que aún piensa en las verdades que descubrió sobre su madre. La reina no insistió en buscarla, pero doña Inessa aparece con frecuencia para ayudarnos con Christopher.

De la tierra de los zafiros, solo supe que los reyes se fueron a un retiro y que Stephan está actuando como regente del palacio.

— Hola, amor. Ya llegué —le digo, al verla con la mirada perdida, observando el horizonte mientras amamanta a nuestro bebé.

Le beso el rostro y solo entonces me ve.

— Hola, Lindon.

— ¿En qué piensas? Has estado muy distante últimamente.

— Sí, pero... estoy bien. Solo pensativa.

— ¿Estás pensando en la reina, verdad?

Ella asiente con la cabeza.

— Sé que está equivocada en muchas cosas y que tiene esa posesividad conmigo, pero... la reina Madelyne hizo lo que muchas

no harían, y claramente me amó y aún me ama. Sí, es de una forma un poco loca y fuera de lo común, pero... tampoco soy la princesa más perfecta de todas.

Me siento a su lado.

— Te guste o no, la reina es mi suegra pesadilla —comento, haciéndola reír.

— Lindon, ¿qué mujer aceptaría con los brazos abiertos a la hija de su marido como lo hizo ella? Sé que se equivocó en muchas cosas, pero, en su forma insana, sigue siendo una de las personas que más me amó como hija. —Suspira—. No estoy menospreciando a tía Inessa, que cuidó de mí desde que mi madre biológica falleció, ni a Ivana, que me dio la vida, pero... no puedo odiarla...

Sus ojos brillan, llenos de lágrimas.

— Mi amor, vosotras dos sois una mezcla inusual que resultó bien. Tú eras la niña huérfana de madre, con una tía que te contó que eras princesa, y ella era una madre que siempre deseó tener una hija. Aunque recuerdes los hechos del pasado, la amarás siempre, como tu madre de corazón.

Ella me sonríe.

— ¿No te vas a molestar si cambio de opinión sobre eso? ¿Si decido buscar a mis padres para intentar reconciliarme?

— Jamás. Aunque tu madre me odie por haberte quitado a su bebé, lo único que quiero es ver a mi esposa feliz. Después, podemos aprovechar para hacer un viaje los tres juntos.

Ella asiente y me da un beso.

— Vamos, mi amor. —Asiente, volviendo a brillar como siempre—. Stephan me dijo que ellos se fueron a un retiro de parejas en Maldivas. Podemos disfrutar de la playa con Chris.

— Claro. Vamos a preparar todo y mañana partiremos.

— Sí, pero solo después de que el bebé más lindo del mundo llene su barriguita —digo, tocando la mejilla de mi bebé, que está bien despierto y alimentándose.

Capítulo 38
Catherine

«Ya lo hicieron hace algunos años. Es por eso que aún siguen juntos. Habla con ellos. A pesar de todo, siempre serás mi hermanita.»

Recuerdo la conversación que tuve por teléfono con mi hermano y me acerco al lugar donde están los dos, en una playa paradisíaca. No solo ellos, sino varios matrimonios de diferentes edades. En este momento, se están mirando y diciendo algo que no alcanzo a escuchar desde la distancia.

— ¿Deseas alguna información? —pregunta uno de los que creo que forman parte de la organización.

— ¿Falta mucho para que termine? —pregunto.

— Unos minutos. Este momento es muy importante para las parejas y no podemos interrumpirlos.

Asiento con la cabeza, observándolos. Me quedo mirando a los dos y, a pesar del error de mi padre, jamás podría imaginar que se aman menos. Es un sentimiento tan fuerte que nunca pensé que realmente existiera, solo en las historias románticas. Mi padre la mira con adoración y mi madre, con todo el amor del mundo.

Entonces, suena una campana y se abrazan con ternura. No son una pareja joven de portada de revista, pero son genuinos y viven un sentimiento verdadero, incluso siendo parte de una gran monarquía.

Yo también tengo eso, y realmente espero que algún día pueda estar así al lado de Lindon, cuando nuestros hijos hayan crecido y los años hayan pasado.

— Catherine, ¿eres tú, hija? —pregunta mi padre, y me acerco a ellos mientras el viento marino despeina mi cabello.

— Hola, papá. Hola, mamá. —Tomo sus manos—. Os he echado de menos.

— ¡Ay, mi bebé!

Mi madre me abraza y mi padre hace lo mismo. Las lágrimas brotan, pero ya no son de tristeza, sino de felicidad. Con todo lo que arrastra mi pasado, tengo una familia que se ama.

— Pensé que nunca más te oiría llamarme así, Catherine —solloza mi madre.

— Hija, tú y tu hermano sois nuestros tesoros más valiosos —confiesa mi padre, recordándome sus palabras de cuando aún vivía en el palacio.

— Sé que hubo muchos errores, pero no creo que sea justo sembrar dolor donde podemos plantar amor. Y yo os amo. Sin importar títulos o dinero, ustedes son mis padres.

Nos abrazamos y, enseguida, Lindon llega con nuestro bebé.

— Mirad quién está aquí —dice mi marido al acercarse.

— El nietecito precioso de la abuela —dice mi madre, tomando a nuestro hijo en brazos.

— Estoy muy feliz de que hayas perdonado nuestro pasado, hija mía —afirma mi padre—. Cometimos muchos errores, pero...

— Dejemos el pasado donde está. Tuve una madre que me amó y ahora tengo un padre, una nueva madre y una tía que está en Diamantia. Mi familia está más que completa.

Lindon me abraza.

— Y también tiene un marido que la ama con locura, y un hijo hermoso que nos quita el sueño —declara Lindon, besándome en la mejilla.

— Así es. —Me vuelvo, aún abrazada a su cuerpo—. Y yo voy a estar para siempre enamorada del príncipe de mis sueños.

— Te amo, Catherine.

— Te amo, Lindon.

Capítulo Extra
Lucius

Aquí hace uno de los calores más intensos que he sentido en mi vida, y cerca de nosotros hay una valla publicitaria con el nombre de la ciudad. Miro mi mano izquierda y veo el brillo del anillo de oro que no planeaba llevar ni de lejos tan pronto.

— Yo... voy afuera un momento y ya vuelvo —aviso, saliendo por la puerta con el móvil en la mano.

Hago la llamada y tarda un poco en responder.

— ¿¡Lucius!? ¿Dónde estás? Todos están preocupados aquí en Diamantia.

— Caty, no le digas nada a nadie todavía, pero... acabo de casarme en Las Vegas.

Epílogo 1
Catherine

Meses después.

Es una hermosa noche de luna llena mientras vamos en un coche a gran velocidad, cruzando la ciudad, muy lejos de donde vivimos.

— Todavía no puedo creer que me convenciste de venir otra vez a un lugar como este, Catherine.

Sonrío, robándole un beso en los labios.

— Pagué tu precio, mi amor. Y fue muy bien pagado.

Él suspira.

— Si hubiera imaginado que te iba a gustar tanto hacerlo por detrás, habría propuesto algo más complicado.

— ¿Tipo... una noche con dos hombres?

— ¿¡Estás loca, Catherine!?

Estallo en carcajadas al verlo tan celoso. Pero respecto al sexo, jamás imaginé que hacerlo por detrás sería tan bueno. Simplemente me encantó. Nunca había tenido un orgasmo tan intenso. Puedo decir que llegué al punto de ver todas las estrellas del cielo.

Lindon sabía muy bien lo que hacía, y por eso me gustó. Había escuchado comentarios en los tés de mi madre diciendo que era algo malo y doloroso; la cuestión es que ellas no tienen un marido como el mío, que me vuelve loca dentro de una habitación cerrada y aún me deja sedienta de más.

Claro que él se sorprendió, pero yo más aún. Y de vez en cuando, lo hacemos, pero hoy sé que tendré que comportarme o se le meterá en la cabeza que fue la última vez, y eso no es lo que quiero en absoluto.

— Vas a estar pegada a mí. ¿Entendido?

Sonrío, retocando el labial rojo y me coloco la máscara.

— Catherine...

— Mi amor, esta noche yo seré la Misteriosa Enmascarada y tú, mi Delicioso Seductor. Seremos solo nosotros, haciendo que el mundo nos envidie por lo que tenemos.

— Así que quieres el acuario, ¿eh? ¡Qué pervertida eres!

Sonrío, dejando claro que hice mi investigación. ¿Por qué no revivir nuestro primer encuentro en un entorno donde todos puedan vernos?

— ¿Entonces mi deliciosa esposa quiere que todos vean cómo te follo? —Me sujeta la pierna—. ¿Cómo gimes de placer pidiéndolo más fuerte?

Sonrío, entusiasmada.

— Te voy a dar todo lo que quieras, amor. Disfrútalo con sabiduría, de parte de tu esposa que te ama.

Entonces, el coche se detiene y salimos hacia un salón rojo y blanco donde se celebra un baile de máscaras en España, en un lugar cerrado y muy exclusivo.

Lindon entrega las entradas y entramos a un ambiente de lujo absoluto. Vestimos ropa formal, acorde al evento; Lindon lleva un traje negro muy elegante con máscara blanca, y yo un vestido blanco muy ligero, aunque largo, que me hace parecer un ángel.

Nos dirigimos a la zona de la discoteca y, como prometí, permanezco junto a mi marido todo el tiempo, incluso cuando

pedimos algo en el bar. Por supuesto, hay mujeres que lo miran y lo desean, pero este príncipe de los perversos es solo mío.

Percibo algunas miradas hacia mi cuerpo, que luce bastante sensual, pero no digo nada porque no quiero que esta noche termine antes de lo planeado. Llevamos más de un año casados y ya era hora de revivir nuestra historia seductora y ardiente.

— Una bebida roja para una enmascarada preciosa y deliciosa —dice, entregándome un sex on the beach.

— ¿Sugestivo, Delicioso Seductor?

— Solo depende de ti.

Se acerca a mí y su mano pasa por mi cintura hasta llegar a mi trasero, apretándolo con fuerza y excitándome aún más. Levanto mi mano, mirando a sus ojos, y dejo que mi uña roce lentamente su pecho firme.

— No sé qué tienes, pero en este entorno estás más sexy que nunca. Más ardiente que jamás —me susurra al oído.

Sonrío y me aferro a su cuello.

— ¿Y no vas a aprovechar la oportunidad?

Él me aparta de sí y me hace girar con su brazo, como si fuera un baile. Luego, me lleva al laberinto más erótico de todos. Nos detenemos en una de las paredes desocupadas y empezamos a besarnos. Su lengua recorre mi cuello y entonces levanto la pierna. Él la sujeta contra su cintura.

— Mi pervertida deliciosa —me susurra.

— Soy solo tuya, amor. Lista para todo lo que quieras.

Mis palabras se ven interrumpidas cuando siento sus dedos en mi braguita de encaje. La aparta a un lado y acaricia mi sexo.

— Mojadita, como me encanta. —Lleva los dedos a su boca, saboreándome. Luego, me besa con deseo.

Mis dedos alcanzan su miembro erecto dentro del pantalón. Bajo la cremallera, sintiéndolo latir en mis manos. Él cierra los ojos mientras lo toco.

— Este es un juego para dos, mi amada —dice, empujándome contra la pared y acariciando mi sexo mientras yo hago lo mismo con él.

Jugamos así un rato, pero vinimos a hacer algo diferente, aunque muy familiar para nosotros. Caminamos de la mano hasta encontrar el acuario. Vemos que dos de los cinco están en uso, pero el central parece estar esperándonos.

— Ha llegado nuestro momento —comenta, sujetándome la mano, subiendo las escaleras y abriendo la puerta de un espacio iluminado por luces rojizas, con muebles blancos. Hay una silla erótica, cadenas y varios accesorios para bondage y otras cosas que aún no conozco. Pero quién sabe, algún día…

Apenas se cierra la puerta, Lindon me besa con deseo, y solo el hecho de saber que hay personas observándonos, aumenta aún más mi excitación.

— A la cama, ahora.

Me encanta cuando se pone mandón, dando órdenes. Me hace desearlo aún más.

— Ahora, quítate la ropa para mí.

Me quito el vestido lentamente mientras él desabrocha la camisa, dejando al descubierto su pecho trabajado que tanto amo.

— ¡Todo fuera! —ordena de nuevo.

Desabrocho el sujetador y mis pechos quedan al aire. Me tumbo, quitándome las braguitas blancas que él toma de inmediato para oler.

— Ahora, recuéstate y abre bien las piernas para mí.

Curiosa, hago lo que me pide, dejando mi sexo expuesto a su mirada.

— Quiero que te toques la concha.

Bajo los dedos, acariciándome lentamente, como tantas veces lo vi hacer. Introduzco un dedo en mi canal, que está empapado, como si fuera él… y, de repente, es él quien toma el control con sus labios.

Gemidos escapan de mi boca mientras lo siento chupar cada gota de mi esencia. Me penetra con los dedos y estoy a punto de venirme. Pero, de la nada, se detiene y se coloca a mi lado, con su miembro junto a mi rostro. Ni siquiera espero su orden para comenzar a chupárselo. Siento cómo folla mi boca hasta casi hacerme jadear, pero luego me aparta, dejándome sin aliento.

— A cuatro patas, ahora.

Obedezco al instante y de inmediato, siento un azote en mi trasero, haciéndome sobresaltar.

— ¡Ay!

— No te quejes o recibirás otro. Te quiero calladita. De tu boca solo deben salir gemidos. ¿Entendido?

Solo asiento con la cabeza, comprendiendo ahora que está recreando nuestra primera vez, pero mucho más erótica.

— Qué culo más delicioso tienes —dice, y yo me inclino un poco más, enviando un mensaje silencioso de que puede hacer lo que quiera con él. Pero sé muy bien que no lo hará aquí.

Sus manos fuertes me sujetan por la cintura y sus dedos aprietan mis pechos. Luego baja lentamente, hasta tocar donde más lo deseo.

— Esta pervertida quiere polla, ¿verdad?

Rozo mi trasero contra su miembro y no tarda en penetrarme de una sola embestida, follándome fuerte y rápido,

arrancándome gemidos.

— Eso es lo que estabas pidiendo, lo sé.

Siento sus palmadas en mi trasero, pero estoy tan excitada que quiero aún más. Llego al orgasmo, y es muy intenso, mientras Lindon sigue follándome con fuerza.

Me lanza sobre la cama, mandándome a darme la vuelta y levantar las piernas para colocarlas en sus hombros. Continúa embistiéndome con fuerza mientras aprieta mis pezones. Luego, abre mis piernas sin salir de dentro de mí, follándome de pie, mientras yo permanezco acostada. Sus dedos estimulan mi clítoris hasta que me vengo, y después de tanta intensidad, lo siento correrse dentro de mí, sin aliento.

Nos miramos, y no puedo evitar sonreír por haber cumplido mi aventura sexual. Me siento en la cama, con él aún dentro de mí, y lo beso con todo el amor que le tengo.

— Te amo demasiado, Delicioso Seductor.

— Mi Misteriosa Enmascarada, estás loca... Haré lo que quieras.

Comenzamos a vestirnos y, al salir, volvemos a ser aplaudidos. Pero tras la aventura, nos dirigimos al hotel y mañana ya estaremos en casa con nuestro pequeño. Sin embargo, cuando estamos en el coche, aún embriagados por la adrenalina y el deseo de lo vivido, Lindon saca un tema de la nada.

— Amor, creo que te va a parecer raro, pero... ¿qué te parecería hacerlo de nuevo en un futuro cercano?

Sonrío, emocionada.

— Solo dime la fecha, amor. Soy eternamente tu Misteriosa Enmascarada.

Entonces, nos besamos y seguimos amándonos como eternos enamorados.

Epílogo 1
Lindon

Años después.

—¡Cumpleaños feliz! —cantamos Catherine y yo al unísono para nuestro hermoso niño.

—¡Sopla las velitas, Christopher! —dice mi suegra, Madelyne.

Nuestro hijo hace lo que le pedimos y toda la familia reunida aplaude animadamente.

—Papá, quiero un avión grandote —dice mi pequeño, estirándose en la silla.

—Tu papá verá eso, hijo —le respondo, tomándolo en brazos para que los empleados del castillo se encarguen del resto.

Toda la familia está aquí, y mi mansión incluso se ha quedado pequeña. Todos mis hermanos y sus familias. Incluso Lucius, que hizo de las suyas lejos de los ojos de la familia y sorprendió a todos, incluso a mi esposa, que es amiga suya.

Lindsey está esperando a su quinto hijo, y será su segunda niña. Por lo que escuché, el proyecto de poblar Aldonora va a cerrarse. Son muchos niños, no sé cómo lo logran. Liam y Wendy solo se dedican a sus dos pares de gemelos, y los mayores ya son casi adolescentes. Así que no hay mucho más que hacer.

Por parte de mi esposa, Stephan y Annelise lograron tener un niño muy guapo llamado Sebastian. De hecho, tiene una edad similar a la de Christopher y juegan siempre que pueden.

Sobre los reyes, no hay mucho que decir. Safovia sigue igual, pero confieso que a mi suegro le gustó la idea de entregar el trono a

Stephan antes de tiempo, igual que hizo mi padre. Quién sabe, quizás pronto haya cambios en el reino.

Pero lo más importante ahora es que ha llegado el cumpleaños número cuatro de Christopher, y es un momento de gran alegría para nosotros. Principalmente porque ahora ya no somos tres, somos un equipo de cuatro.

—¡Mamí! ¡Istophe! ¡Papá!

—Crystal está muy emocionada con el cumpleaños de su hermano mayor —dice mi amada esposa, cargando a nuestra niñita de un año, que se parece mucho a la madre. Tiene el mismo cabello rizado y una personalidad fuerte. Menos los ojos, que la reina Joan sigue perpetuando en toda la familia.

—Dece. ¡Mamí!

—Está bien, amor —dice Catherine, dejando que nuestra niña corra con los otros niños de la fiesta—. Raíssa, cuídala por mí, por favor.

—Papá, quiero jugar con Sebastian. ¿Puedo?

—Hoy es tu día, hijo. Puedes ir a jugar.

Él sale corriendo y sus rizos oscuros se notan aún más con el movimiento.

Entonces, teniendo un momento de tranquilidad, tomo a mi esposa por la cintura, atrayéndola hacia mí.

—Están creciendo tan rápido —empieza ella—. Parece que fue ayer cuando descubrí que estaba embarazada otra vez después de repetir nuestro paseo por España...

—¿Cuál de ellos? ¿El al que fui obligado o el que fui motivado?

La sonrisa pícara que más amo en el mundo se dibuja en su rostro.

—Pero no puedes negar que te encantó nuestra aventura.

—Sí, pero... después de Crystal, creo que mejor bajamos un poco la frecuencia. Vamos a tener que vigilar mucho a esa niña.

—Está bien. Pero... volviendo a hablar de ella, nuestra niña casi habla todo y tiene tanta autonomía...

—Nuestra hija salió a su madre, y eso me preocupa mucho, amor. Lo bueno es que cuando lo necesite, sabrá defenderse cuando llegue el momento.

Ella asiente con una sonrisa en los labios.

—Y Christopher. Dios mío, aún recuerdo lo complicado que fue quitarle el pecho.

Río, besando su rostro.

—Siempre te dije lo difícil que es quitarle un pecho a un hombre.

Catherine se ríe, dándome una palmada ligera en la pierna.

—Pero independientemente del tiempo, somos una familia feliz —comenta.

—Sí, pasamos por complicaciones, como cualquier pareja, pero somos felices, Pequeña.

—Muchísimo. Amo a mi príncipe complicado.

—Y yo amo a mi princesa deliciosa.

Nos besamos, pero somos interrumpidos por algo que se rompe y el llanto fuerte de Crystal. Inmediatamente, corremos a socorrer a nuestra pequeña.

Así continuamos con nuestra maravillosa vida en familia, al lado de aquella que no quería al principio, pero que después de tantos acontecimientos descubrí que no es solo la esposa con la que me vi obligado a casarme, sino la que es mi número. La que me lleva la contraria y aun así, me enciende y hace que mis días tengan el color de tenerla a mi lado.

Mi Catherine Grace Aurum Stell es irremediablemente la mujer de mi vida, y espero vivir muchos, muchísimos años junto a aquella que elegí, y a quien amaré hasta el fin de mis días.

Fin.

Agradecimientos

Qué bonito es cerrar una historia tan ardiente y maravillosa como esta. Catherine y Lindon son puro fuego en el parque. Todo el erotismo que los envuelve es increíble y seductor. Desde el primer encuentro.

Ahora, lo curioso. Una princesa perdida, sin pelos en la lengua y con su frase célebre de "¡Eso es tan Edad Media!", tenía que ser Caty. Lindon llegó con todo su historial de soltero empedernido, pero se rindió ante la princesa más complicada de todas.

Pero digamos la verdad: Caty tiene su encanto. Sin embargo, dentro de poco llegará el libro de Lucius. El último soltero de los príncipes Stell. ¡Prepárense, que se viene fuerte!

Ahora ha llegado el momento de agradecer a cada maravillosa lectora que me acompaña y lee mis historias. Ya vamos por el libro número 25, y todo esto es gracias a vosotras.

Muchísimas gracias a mis queridas compañeras Bella y Maah, que me están ayudando con ArineWord, mi "zapzap", y colaborando con ideas para seguir trayendo más historias que prendan fuego por donde pasen.

Gracias a Carla Freitas por todo el apoyo en esta historia maravillosa y nuestras notas de voz de cinco minutos hablando de libros antiguos, nuevos y los que están por venir. Sabes que tienes un lugar especial en mi corazón.

También agradezco a JR Asesoría, que me ha estado ayudando en este lanzamiento de príncipes y princesas. Muchas, muchas gracias.

Waltinho, mi lindo. Un corazoncito para ti. Gracias de verdad por el apoyo.

Y mi último agradecimiento va para mis amigas de profesión, que son las manos invisibles detrás de cada trama. Sois las piezas secretas que hacen toda la diferencia. Agradezco a Dios por teneros en mi vida. Muchísimas gracias de corazón.

¡Mil besitos!

Hasta la próxima.

Sobre La Autora

Carlla Arine, brasileña y carioca del barrio de Madureira, siempre ha estado rodeada por el mundo artístico. Comenzó en el teatro siendo aún adolescente, más tarde estudió canto, desarrolló poesías y escribió guiones. Al ver sus textos representados en escena, deseó que las personas pudieran llevar su arte consigo, a sus hogares. Así fue como nació su amor por la escritura.

Su primer libro, lanzado en 2018 en formato digital, le trajo grandes aprendizajes en su nueva carrera, así como múltiples premios en la plataforma Wattpad. Sin embargo, eso fue solo el comienzo: Carlla no ha dejado de escribir desde entonces, dando vida a nuevas historias llenas de emoción, romance y personajes inolvidables.

Actualmente vive en el interior del estado de Río de Janeiro junto a su madre y sus mascotas. Carlla sigue estudiando escritura dramática y cuenta con el apoyo constante de su familia, amigos y lectores que la acompañan en cada paso de su trayectoria como autora.

Otras Obras

Serie de la autora en portugués

ROMANCES

Série: O Chefe

Uma Namorada Para o Meu Chefe.

Um Presente do Meu (ex) Chefe

Duología de las amigas Carol y Babi

CEO's: A Disputa.

Um Contrato com o Bilionário – Casamento por Conveniência

Serie: Famosos

Grávida do Homem Errado (Livro 1)

Duología: Italianos enamorados.

Inusitado Apaixonante (novela de origem)

O Pai do Meu Bebê é um CEO Italiano (Livro 1)

O Meu Noivo de Mentira é um CEO Italiano (Livro 2)

Serie: Hermanos Castillo

O Meu Carnaval com o Magnata (Conto de Origem da Série)

A Filha Desconhecida do Famoso Sedutor (Livro 1)

A Escolhida do Playboy (Livro 2)

Série: Aquilo que nos Une

A Gente Casa no Fim do Mês, Tá? (Livro 1)

Encontrando o Amor em 30 Dias (Livro 2)

Serie: Dinastía de poder

Os Gêmeos Rejeitados Pelo Príncipe Cafajeste (Livro 1)

Apaixonada e Enganada pelo Príncipe Vingativo (Livro 2)

O Bebê do Príncipe que Nunca me Amou (Livro 3)

Grávida do Juiz que me Rejeitou (Relacionado)

Meu Melhor Presente (Spin-off de Grávida do Juiz que me Rejeitou)

Duologia Médicos Sedutores.

Inesperado Irresistível (Livro 1)

Independente

Uma Babá para os Trigêmeos do Governador

A Família Inesperada Herdada Pelo Bilionário: Livro Único

Eu e o Mar: Um conto sobre o amor, a saudade e o tempo.

Inesperado Irresistível

As Noites nas Baladas

O Filho que o Médico Desconhecia

FANTASÍAS

Serie: Hermanas Brujas

As Sete Luas. (A Origem das Irmãs Bruxas)

Independente

Asas na Tempestade

En otro idioma

En Español

Serie Dinastía Del Poder

Libro 1 – Los Gemelos Rechazados por el Príncipe Mujeriego

Libro 2 – Engañada Por El Príncipe Vengativo

Redes sociais

Página da Autora





@carllaarine.autora

Conta Nova!



Grupo de Leitores



@a_carlaarine



@carlaarine



Autora Carla Arine